
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01460676 8

MANUAL ELEMENTAL

DE

GRAMÁTICA HISTÓRICA ESPAÑOLA

MANUAL ELEMENTAL

DE

GRAMÁTICA HISTÓRICA ESPAÑOLA

POR

R. MENÉNDEZ PIDAL

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1904

Est. tip. de la Viuda é hijos de Tello, C. de San Francisco 4.

CAPITULO PRIMERO

IDEA DE LOS ELEMENTOS QUE FORMAN LA LENGUA ESPAÑOLA

1. El español entre las lenguas romances. —Al desmembrarse el Imperio romano se siguió usando el latín en gran parte de él, sobre todo en el Imperio occidental, la mayoría de cuyas provincias continuaron hablando dicha lengua á pesar de las muchas invasiones de pueblos extraños que sufrieron, y podemos decir que aun hoy día siguen hablándolo, claro es que muy alterado y de diversa manera, en cada una de esas provincias.

Los varios estados de transformación á que en esas provincias llegó el latín hablado, se llaman «lenguas romances ó neolatinas,» y son éstas, enumeradas de Oriente á Occidente: el Rumano, hablado en la antigua Dacia, ó sea en Rumania y parte de Rusia y Hungría, y al S. del Danubio en parte de Macedonia y Albania; el Ladino ó Reto-romano, hablado en la antigua Retia, esto es, en parte de Suiza, Italia y Austria; el Italiano, hablado en Italia; el Francés y Provenzal, hablados en la antigua Galia, y el Catalán, Castellano y Gallego-Portugués, hablados en la antigua Hispania. El castellano, por servir de instrumento á una literatura más importante que la de las otras regiones

de España: por ser la lengua de un pueblo que realizó un plan histórico más vasto y expansivo, y en fin, por haber absorbido en sí otros dos romances principales hablados en la Península (el Leonés y el Navarro-Aragonés), recibe el nombre de LENGUA ESPAÑOLA por antonomasia. Se propagó á la América, viniendo á ser de las lenguas romances la que logró más difusión, pues la hablan como unos 60 millones de hombres, mientras el francés es hablado por 50 y el italiano por 30.

Todas estas lenguas son una continuación moderna del Latín; pero no del LATÍN LITERARIO, *escrito* por Cicerón, Horacio y los demás autores clásicos, que tenía mucho de convencional y artificioso, sino del LATÍN VULGAR, *hablado* al descuido, sin preocupación literaria, por los legionarios, colonos, magistrados y demás conquistadores que se establecían en las provincias ganadas, los cuales, gracias á su poderío político, á su talento administrativo y á su superior cultura, romanizaban rápidamente las razas sometidas y les hacían ir olvidando su idioma nativo, que no podía menos de resultar pobre é insuficiente para las complejas necesidades de la nueva vida que la colonización traía consigo. Además, aparte de la mayor perfección del latín, esta lengua se presentaba con otra superioridad respecto de los idiomas indígenas; eran éstos tantos y tan variados en un territorio como, por ejemplo, el de España, que la imposición de la unidad en el latín, aunque molestara cariños y vanidades patrióticas, resultaba cómoda y útil para el comercio y la cultura general. Felizmente los idiomas nacionales se olvidaron casi

del todo, de tal modo, que apenas en el Español se descubren restos cada vez más dudosos.

2. El latín vulgar.—El fondo primitivo del idioma español, su elemento esencial, es únicamente el latín vulgar. Este no debe confundirse con el latín que se escribía en la decadencia del Imperio romano, ni menos con el *bajo latín* que se usaba en la Edad Media, pues estos dos, aunque difieran á veces mucho del latín de Cicerón ó de Virgilio, siempre están más próximos del latín clásico que del vulgar. El latín vulgar no se diferencia del clásico por la fecha, pues es tan antiguo, y más, que el latín literario; vivió siempre al lado de él, aunque no siempre igualmente divorciado.

Es cosa bastante difícil el estudio del latín vulgar, pues nunca se escribió deliberadamente: el cantero más rudo, al grabar un letrero, se proponía escribir la lengua clásica; sólo en los escritos menos literarios, como inscripciones ó diplomas, se escapan, gracias á la incultura del escribiente, algunas formas vulgares. Pero fuera de estos escasos restos, la ciencia se tiene que valer principalmente para su conocimiento de la restitución hipotética de las formas vulgares, en vista de la comparación de los idiomas neolatinos, pues claro es que un fenómeno que se encuentra á la vez en todos ó en muchos de esos idiomas, provendrá del latín hablado comunmente antes de la completa disgregación dialectal del Imperio romano; si en vez del clásico **acuĕre**, hallamos en español *aguzar*, en portugués *aguçar*, en provenzal *agusar*, en francés *aiguiser*, en italiano *aguzzare*, etc., podemos asegurar con toda lógica que en

el latín vulgar hablado en todos estos países se decía *acutiare, derivado de acutus, participio del clásico acuere (1). Por igual razonamiento se llega á concluir que la ĕ latina acentuada se pronunciaba con sonido abierto (v. adelante § 8) que produjo el diptongo *ie* (v. § 10) en el latín vulgar de una extensa zona del territorio romanizado; porque en vez del clásico fĕrus, se dice en español é italiano *fiero,* en provenzal y francés *fier,* en rumano *fiara,* etcétera, y en vez del clásico pĕdem, se dice en italiano *piede,* en francés *pied,* en español y retorromano *pie,* etc. En casi todas las lenguas romances hallamos ille, sirviendo de artículo, como en español *el padre,* italiano *il padre,* francés *le père*, etc.; bien podemos asegurar que tal artículo era de uso común en el latín vulgar antes de la disgregación del Imperio. Este latín vulgar se distinguía principalmente en la tendencia á expresar por perífrasis lo que en latín clásico se expresaba por una síntesis gramatical; el artículo y las preposiciones sustituían á la declinación clásica de diversas terminaciones, y en vez del genitivo plural sintétito cervorum, decía el vulgar: de illos cervos; el comparativo sintético, v. g., grandiores, se perdió también y se sustituyó por la perífrasis magis grandes; la terminación pasiva, v. g., amabantur, se olvidó

(1) Estas formas como *acutiare, que la ciencia induce de la comparación, y que, por muy seguras que sean, siempre son hipotéticas, se suelen marcar con asterisco, y así se hará en el resto de este Manual. También se marcarán con asterisco las formas hipotéticas del español que se suponga que existieron.

para expresar la idea pasiva con el rodeo erant amatos, etc., etc.

Al lado de estos fenómenos generales del latín vulgar, cada región tenía sus particularidades idiomáticas: así, mientras todos los romances conocían el clásico căva (italiano y reto-romano *cava*, provenzal *caus*, etc.), en España se usaba el dialectalismo * cŏva, de donde el portugués *cova* y el español *cueva* (v. § 13); mientras todos los romances conocían el clásico nōdus (italiano *nodo*, rumano *nod*, provenzal *notz*, etc.), en nuestra Península se decía nūdus, acaso siguiendo la pronunciación de oscos y sabinos, por lo cual el español dice *nudo* y el catalán *nu*. Estas diferencias eran sin duda escasas en la pronunciación y en la sintaxis, salvo en el vocabulario; como vemos que hoy pasa en diversas provincias de España, que más que por la pronunciación ó la construcción se diferencian entre sí por el uso preferente de tales ó cuales vocablos y acepciones; los vocablos de uso preferente en el latín vulgar español son los que forman el vocabulario especial que distingue nuestra lengua de las hermanas neolatinas. Por ejemplo: Plinio menciona una palabra usada especialmente en España, donde, según él, á las paredes las llamaban formaceos, y esta voz se conserva todavía en la Península y no en otros países neolatinos, llamándose en español moderno *hormazo* á la pared de piedra seca.

Cuando el Imperio romano se desmembró constituyéndose las naciones bárbaras, cesaron las relaciones íntimas entre las antiguas provincias, ahora ocupadas por suevos, visigodos, francos, borgoño-

nes, ostrogodos, etc.; con esto, las diferencias regionales, en un principio escasas, se aumentaron considerablemente y cada vez divergió más el latín vulgar hablado en España del hablado en Francia ó en Italia; pero como esta divergencia se fué acentuando por lenta evolución, no hay un momento preciso en que se pueda decir que nacieron los idiomas modernos.

Los hispano-romanos bajo el dominio visigodo continuaron hablando latín, y aun por efecto de su mayor ilustración impusieron su lengua á los conquistadores.

Difícil es también llegar á conocer el habla usual en la época visigótica, pues tampoco nos quedan monumentos escritos en este lenguaje corriente; entonces no se escribía sino el bajo latín, última degeneración del latín clásico, y cosa muy distinta del latín entonces hablado. Sólo en este bajo latín hay algunos rastros del habla familiar, y los eruditos de entonces no dejaron de apuntar algunos términos vulgares. San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, nos da bastantes noticias del vocabulario español de la más antigua Edad Media; él, por ejemplo, nos da á conocer el nombre de la lechuga silvestre, de hoja dentada, en forma de sierra, llamada serralia, de donde deriva el español *cerraja* y el portugués *serralha;* ó el nombre del establo de bueyes, bostar, que nosotros decimos hoy igualmente *bostar* y los portugueses *bostal,* así como otros términos usados después sólo en nuestra Península y no en los otros países latinos.

Dada la escasez de estos testimonios escritos, se

puede decir que sólo disponemos de una fuente copiosa de conocimiento para el estudio del latín español en esta época prehistórica, falta de documentos: y es la comparación del español más tardío, del español escrito, á partir del siglo XII, con el latín clásico. Por ejemplo: nos es fácil descubrir que ese latín vulgar jamás escrito prolongaba con un sufijo muchas voces clásicas, y por longăno longanōnis, decía *longanicia, de donde el español *longaniza,* catalán *llangonissa;* en vez del clásico ilex ilicem, usaba el derivado *ilicina, de donde el español *encina* (v. § 54 *b*), y en Alto Aragón *lecina;* junto á calcaneum, usaba *calcaneare, de donde el español *calcañar,* portugués *calcanhar;* en vez de anethum, se decía *anethulum, de donde se deriva *eneldo* (v. § 57 $_3$). Esta tendencia es del latín vulgar general, que en vez de miscĕre, decía *misculare, *mezclar,* ital. *mescolare,* etc.; en vez de spes, decía *sperantia, *esperanza,* fr. *esperance,* etc.; estos incrementos vulgares de las voces clásicas son importantísimos, porque sin ellos es imposible explicar las lenguas romances.

También se puede observar el cambio total del vocablo; el clásico vespertilio (que se perpetuó en Italia, *vipistrello, pipistrello*) se usó muy poco en España, quizá sólo en Asturias (donde aún se dice *esperteyo,* por **vesperteyo*), mientras en el resto de la Península se usaron otros nombres, especialmente mure caecu, de donde el portugués *morcego,* español *murciego* ó *murcieg-alo, murciélago.* El nombre de la mustela, conservado en otros romances, y también en Ribagorza *(mustrela)*, Asturias y León

(*m u s t e l - e l l a, *mustuliella*, *mostolilla*), fué sustituído en el hispano-romano por un diminutivo de commater, *commatercula, de donde *comadreja*.

Hay que advertir también acepciones propias del latín vulgar de España; por ejemplo: serra para el latín clásico y para los romances en general, significa la sierra del carpintero; pero los hispano-romanos llamaron así también por metáfora á la cadena de montañas, el perfil de cuyas crestas semeja al instrumento citado, y de ahí el español *sierra*, portugués *serra*, en la acepción de cordillera.

Este idioma hispano-romano, continuado en evolución espontánea, es el mismo que apareció ya francamente divorciado del latín en el Poema del Cid; el mismo que perfeccionó Alfonso el Sabio; y substancialmente el mismo que escribió Cervantes.

3. El latín clásico y los cultismos del idioma español.—Pero si el latín vulgar explica perfectamente la parte más grande y castiza de la lengua española, no puede explicarla toda. Gran porción de nuestro idioma, como de todos los romances, procede del latín literario.

Desde luego se comprende que el latín vulgar no podía vivir en completo divorcio del latín clásico ó escrito, pues éste, como superior en ideas y en perfección, tuvo que influir continuamente sobre aquél, lo mismo en tiempos de la República y el Imperio romanos, que en el período de orígenes de las lenguas neolatinas; estas voces literarias introducidas en el habla vulgar en período tan antiguo, siguieron generalmente en su desarrollo igual proceso que las voces populares. Pero, además, después de la prime-

ra edad de las lenguas romances, los pueblos nuevos formados sobre las ruínas del Imperio jamás dejaron de estudiar los autores clásicos; sobre todo se generalizó su estudio con el Renacimiento, en los siglos XV y XVI, y desde entonces no ha cesado el torrente invasor de palabras del latín escrito en el habla vulgar. Estas voces literarias de introducción más tardía en el idioma, tomadas de los libros cuando el latín clásico era ya una lengua muerta, son las que llamaremos en adelante voces cultas, y conviene distinguirlas siempre en todo estudio histórico, pues tienen un desarrollo distinto de las voces estrictamente populares: mientras éstas son producto de una evolución incesante y espontánea desde los períodos más antiguos, las palabras cultas son introducidas cuando esa evolución popular estaba muy adelantada en su camino, y, por lo tanto, no participan de aquella compleja serie de cambios que en su evolución sufrieron las voces primitivas del idioma. Buen ejemplo de cómo las voces cultas apenas sufrieron modificaciones, nos lo ofrecen cualquiera de las muchas palabras latinas que, después de haber sido usadas y transformadas por el vulgo, fueron segunda vez incorporadas al idioma por los literatos; el vulgo hispano-romano usaba el diminutivo artĭcŭlus en el sentido concreto de artus ó nudillo del dedo, y de ahí se derivó el vocablo popular *artejo,* según las leyes esenciales del castellano (v. § 11_1 y 57_2); pero más tarde los eruditos volvieron á tomar la voz, no de la pronunciación, sino de los libros, y la ĭ se conservó como *i*, y conservaron la ŭ postónica, contra el § 26, es decir,

conservaron toda la palabra tal como la veían escrita, sin la menor alteración: *artículo*. La misma diferencia se puede notar entre el vulgar *heñir* de fĭngĕre y el culto *fingir*, pues éste no cumple con la ley de la ĭ enunciada en el § 18$_1$, ni con la del grupo *ng* del § 47$_3$, y sólo modificó la voz latina en la terminación, pasando el verbo de la conjugación en *-er* á la en *-ir*. Intacto también queda el culto *sexto, sexta* de sĕxtus sin cumplir la evolución indicada en el § 10$_1$ respecto de la ĕ, ni la del § 51$_2$, respecto del grupo *xt*, mientras el popular *siesta* sufrió todos esos cambios. Igual observación cabe hacer respecto del culto *círculo* y el popular *cercha* (§ 61$_2$), del culto *cátedra* y el popular *cadera* (§ 6$_1$ y 40 nota); y adviértase de paso, en cuanto á la acepción, que en los casos citados, en que un mismo tipo latino produjo una voz en boca del pueblo y otra en los escritos de los eruditos, la voz popular tiene una significación más concreta y material, mientras la culta la tiene más general, elevada ó metafórica.

Pero las voces cultas, aunque apenas sufren alteración alguna en su paso al español, no pueden pasar intactas; y daremos aquí una idea de sus mudanzas para no volvernos á ocupar en ellas: se ha notado el cambio de conjugación de fingere en *fingir*, y esto es muy corriente: regĕre, *regir; recurrir*, de recŭrrere (popular *recorrer*, pues según el § 20 la ŭ suena *o*); restituĕre, *restituir*, etc. Otras terminaciones de voces cultas se asimilaron á las populares, quedando intacto el cuerpo de la palabra: así -tatem se asimiló á la terminación popular *-dad*, y

de amabilitatem se dijo *amabilidad;* continuitatem, *continuidad.* Y aun aparte estos cambios más sencillos que sufren casi todas las voces cultas, sufren otros más profundos aquellos cultismos que se introdujeron desde muy remotos tiempos en el romance; por ejemplo: tĭtulum debió ser importado por los doctos en fecha muy antigua, cuando aún había de regir la ley de la pérdida de la vocal postónica interna, § 26 ₁, y se llegó á pronunciar **titlo* y luego **tidle, tilde;* pero que, á pesar de estos cambios bastante profundos, la voz no es popular, lo prueba la vocal acentuada: si tĭtulum no hubiera ingresado en la evolución popular ya tarde; si perteneciera al caudal primitivo de la lengua, su *i* breve acentuada hubiera sonado *e,* § 11 ₁, como hallamos TETLU escrito en una inscripción española; pero este TETLU vulgar usado un tiempo por los hispanoromanos, çayó luego en olvido (que á haberse conservado hubiera producido en romance **tejo,* como *viejo* y *almeja,* citados en el § 57 ₃) y los letrados tuvieron que importarlo de nuevo tomándolo de los libros y no de la pronunciación, por lo que la ĭ se mantuvo como *i.* En igual caso que *tilde* están las otras voces que podemos llamar semicultas, v. g., *cabildo* (§ 11 ₁ nota), *molde, rolde* (§ 13 ₁ nota), *regla* (§ 57 ₂ nota), *natío* que perdió la *v* de natīvum como las voces populares, § 43 ₂; pero mantiene la *t* contra el § 40, y á haber sido enteramente popular, hubiera resultado **nadío.*

En el estudio histórico del idioma hay que conceder muy distinta importancia á estas dos clases de voces. Como las populares hoy usadas son la última

fase evolutiva de las que componían el idioma latino vivo, merecen, por su complicado desarrollo y por formar el fondo más rico del español y su herencia patrimonial, una atención preferente; las voces cultas, en cambio, por la pobreza de su desarrollo, no ofrecen un interés tan grande para el estudio, y no hablaremos de ellas sino por nota.

4. OTROS ELEMENTOS DEL ESPAÑOL EXTRAÑOS AL LATÍN.—Además de los elementos latinos, entraron á formar parte del idioma español otros extraños y en muy diversos tiempos. Ya en el período del latín vulgar, esto es, antes de la clara aparición de los romances, se incorporaron elementos de las lenguas indígenas de España y elementos germánicos que participan, por lo tanto, de la misma evolución que las palabras vulgares; los elementos incorporados al idioma después de su período prehistórico, participan de esa mayor inmutabilidad que hemos señalado como característica de las voces cultas.

1] La influencia de las lenguas ibéricas, que salvo el vasco, perecieron con la romanización de España, es muy escasa y dudosa. Hay voces que parecen indígenas, como *páramo,* tan peculiar de nuestra topografía, que aparece por primera vez en la inscripción votiva de una ara de Diana hallada en León, en que Tulio ofrece á la diosa la cornamenta de los ciervos que cazó IN PARAMI AEQUORE, en la llanura del páramo, en la paramera; pero aún se abrigan dudas que ésta sea voz ibérica. Se duda también, con mucha razón, de *vega*, de *nava* y de casi todas, y apenas si se tiene por segura alguna como *izquierdo,* análogo al vasco ezquerra, ó las de

sufijo *-rro,* como *pizarra, becerro, cazurro, guijarro,* vasco eguijarria.

2] Parece que los elementos germánicos del español no proceden, en general, de la dominación visigoda en la Península, como pudiera creerse; el número de los invasores era demasiado escaso para influir gran cosa, y además los visigodos, antes de llegar á España, habían vivido dos siglos en íntimo contacto con los romanos, ora como aliados, ora como enemigos en la Dacia, en la Mesia, en Italia misma y en Galia, así que estaban muy penetrados de la cultura romana. El centenar escaso de palabras germánicas que emplea el español es, en su mayoría, de introducción más antigua: se incorporaron al latín vulgar antes de la desmembración del Imperio, y por eso se encuentran, no sólo en el español, sino también en todos los otros romances. Allá en los castros y en las colonias de las orillas del Rhin y del Danubio, el legionario romano vivía en continuo roce con los guerreros germanos que trataba, ya como adversarios, ya como auxiliares, y de este trato había de resultar una jerga fronteriza, de la cual pasaron al latín vulgar general gran porción de las 300 voces germanas comunes á las diversas lenguas romances, como *tirar, tocar, ardido* = osado, *falda,* etc. Vegecio, ya en la segunda mitad del siglo IV, latiniza una, burgus: «castellum parvullum quem burgum vocant.» La mayoría de las voces de este origen son militares, como *guerra, tregua, guarda, robar, ganar, albergar, guiar, guarecer, guarnecer;* el vestuario y armamento de los bárbaros sustituyó, en parte, al de los romanos imponiendo los

nombres de *yelmo, guante, cofia, dardo, espuela, brida, estribo;* también hay algunos nombres de instituciones políticas, como *bando, sayón,* y referentes á la vida y costumbres señoriales, *jaca, esparver, jerifalte, galardón, arpa, danzar, orgullo, aleve, escarnio, guisar, escanciar, rostir,* etc., etc.

3] La estancia de los conquistadores de lengua árabe en España durante ocho siglos no podía menos de dejar profunda huella entre los cristianos. Las relaciones políticas y matrimoniales entre las familias soberanas de ambas religiones empezaron ya en los primeros tiempos de la Reconquista, y el trato guerrero y comercial de ambos pueblos no cesó jamás. Alrededor de las huestes cristiana y mora que en la frontera vivían en continuo trato, había una turba de *enaciados* que hablaban las dos lenguas, gente de mala fama que hacía el oficio de mandaderos y correos entre los dos pueblos y servían de espías y prácticos al ejército que mejor les pagaba; y sin que constituyera una profesión como la de éstos, había también muchedumbre de *moros latinados* ó *ladinos*, que sabían romance, y *cristianos algaraviados*, que sabían árabe; los conquistadores nos hicieron admirar su organización guerrera y nos enseñaron á proteger bien la hueste con *atalayas,* á enviar delante de ella *algaradas*, á guiarla con buenos *adalides,* prácticos en el terreno; á ordenar bien la *zaga* del ejército; también mirábamos como modelo sus *alcázares, adarves, almenas* y la buena custodia que sabían mantener los *alcaides*. Pero no sólo en la guerra, sino que en la cultura general eran superiores los moros á los cristianos durante la época

de esplendor del califato, así que en las instituciones jurídicas y sociales nos parecían muchas cosas mejores, y por eso nos impusieron los nombres de *alcalde*, *alguacil*, *zalmedina*, *almojarife*, *albacea*, etc. En esta época de florecimiento el comercio moro nos obligaba á comprar en *almacenes*, *alhóndigas*, *almonedas;* todo se pesaba y medía á lo morisco por *quilates*, *adarmes*, *arrobas*, *quintales*, *azumbres*, *almudes*, *cahíces*, *fanegas*, y hasta la molienda del pan se pagaba en *maquilas*. Y cuando la decadencia postró á los invasores, aún nos daban oficiales y artistas diestros: de ahí los nombres de oficio *alfajeme*, *alfayate*, *albardero*, *alfarero*, *albéitar*, y sus *albañiles* ó *alarifes* construían las *alcobas* de nuestras casas, *zaguanes*, *azoteas*, *alcantarillas*, etc. Los moriscos ganaron fama de buenos hortelanos: de ahí los nombres de plantas y frutas como *albaricoque*, *albérchigo*, *acelga*, *algarroba*, *altramuz;* de su perfecto sistema de riegos hemos tomado *acequia*, *aljibe*, *alberca*, *albufera*, *noria*, *azuda*. Continuar estas listas sería hacer el resumen de lo mucho que nuestra cultura debe á la de los árabes.

4] Lo que el español tomó de otros idiomas extranjeros, fué ya en época más tardía y, por lo tanto, fué menos importante que lo que tomó de germanos y árabes, pues ya el idioma había terminado su período de mayor evolución y era menos accesible á influencias externas. El francés fué la lengua que más influyó; en el siglo XIII y XIV era muy conocida la literatura francesa en España; en el XV nuestros caballeros admiraban la cortesía y lujo francés, y es sabido cuánto libro de la nación vecina se lee entre

nosotros desde el siglo XVIII; así los galicismos podemos dividirlos en dos principales épocas: unos muy viejos, anteriores al siglo XVI, como *paje*, *jardín*, *trinchar*, *manjar*, *bajel*, *sargento* (anticuado *sergente*), *jaula*, (fr. *geôle*, de caveola, que dió en castizo español *gayola)*, *forja*, *reproche*, etc.; y otros modernos, como *petimetre* (por pisaverde), *coqueta* (algo como casquivana, presumida), *bufete* (por escritorio ó estudio), *charretera*, *ficha*, *corsé* (por cotilla), *tupé* (por copete), *hotel* (por fonda); sin contar otras voces menos arraigadas, como *parterre* (por terrero), *silueta* (por perfil ó sombra), *soirée* (por sarao ó serano), *toilette* (por tocado), *avalancha* (por alud), *couplet* (por copla ó tonadilla), *pot-pourri* (por revoltillo ó cajón de sastre), que ininteligibles para la mayoría del pueblo iletrado, y anatematizadas por los puristas, llegarán probablemente á olvidarse, como se han olvidado ya cientos de palabras que usaban los galicistas del siglo XVIII, tales como *remarcable* (por notable), *surtout* (por sobretodo), *chimia* (por química), *coclicó* (fr. *coquelicot*, por amapola), *laqué* (fr. *laquais*), etc.; un idioma, como un cuerpo sano, tiene facultad de eliminar las substancias extrañas no asimiladas é inútiles. Después del francés, el italiano es la lengua que más enriqueció el español; explican esto la cultura superior italiana del Renacimiento y nuestra larga dominación allá; términos de industrias y artes: *fachada*, *escorzo*, *carroza*, *medalla*, *soneto*, *terceto*, *piano*, *barcarola*, etc.; milicia: *escopeta*, *baqueta*, *centinela*, *alerta*, *bisoño*, *parapeto*, etc.; comercio: *banca*, *fragata*, *galeaza*, *piloto;* diversos: *estropear*, *aspaviento*, *saltimbanqui*, *charlatán*, *espada-*

chín, sofión, gaceta. Del alemán y el inglés son pocas las voces introducidas en el español.

5] Más interesantes para el estudio histórico son las palabras que el español tomó de otras lenguas modernas de la Península. Del gallego-portugués tomó palabras desde muy antiguo, pues la poesía lírica en lengua gallega fué cultivada por los poetas castellanos en los siglos XIII á XV; y viceversa los poetas portugueses de los siglos XVI y XVII escribían en castellano; por ej., son gallegas ó portuguesas de origen *morriña, macho* (contracción de mulacho), *follada, sarao* (cuya forma castellana *serano* se usa en Sanabria), *chubasco, achantarse, vigía, chumacera, payo* (contracción de Pelayo, tomado como nombre rústico), *Lisboa* (en vez del anticuado Lisbona), *portugués* (en vez del anticuado portugalés). Del catalán ó valenciano, *retor, paella* (en vez del castellano padilla); *pleita* de plecta (que en cast. hubiera dado *plecha, § 50 ₁); *seo, nao* (§ 76 n. 2); *capicúa* (voz que aunque no está en el Diccionario se usa entre los jugadores de dominó para indicar una jugada). También las otras hablas de España más afines al castellano y que se fundieron al fin con él para formar la lengua literaria, dieron á ésta muchísimas palabras; pero son difíciles de reconocer, pues como estos dialectos afines tienen la mayoría de sus leyes fonéticas comunes con el castellano, no llevan sus palabras sello de evolución especial. Por ejemplo: el vallesoletano Cristóbal de Villalón tiene por voces de las montañas, propias de los que no saben castellano, las de *masera* por artesa, ó *peñera* por cedazo, y en efecto, esas dos son voces muy usadas en Astu-

rias y León, pero que para su derivación de massa, *massaria, y de penna, *pennaria, siguieron iguales leyes que las del castellano, las mismas que expondremos en los capítulos II y III de este Manual (§ 9$_2$ para la terminación *era*, § 49$_1$ y $_3$ para la doble *ss* y *nn*). Los casos en que siguen leyes fonéticas algo diferentes son raros; podemos creer leonesas la voz *cobra*, *cobre*, «reata,» de copula, pues en leonés los grupos cuya segunda consonante es una *l* la truecan en *r* contra el § 39$_2$, 48, 57$_1$, y dice: *brando, prata, niebra, puebro, sigro;* también es leonesa *nalga* (§ 60$_3$); y podemos asegurar que es aragonés el sustantivo *fuellar*, de *fŏliare (por foliaceus, derivado de fŏlia), pues este dialecto diptonga la ŏ aun cuando le siga una yod, y dice *nueite* por noche, *huey* por hoy, contra el § 13$_3$, y en vez de la *j* castellana usa la *ll* en *fuella* por hoja, *ovella* por oveja, etc.; son de origen andaluz *jamelgo, jaca, jalear, cañajelga,* por revelar una pronunciación andaluza de la *f* etimológica, que se opone á la ley general del § 38$_2$.

6] En fin, el descubrimiento y colonización de América puso al español en contacto con la muchedumbre de lenguas del Nuevo Mundo. Claro es que por su inferior desarrollo respecto del español y por su mucha variedad, las lenguas americanas no pudieron resistir la invasión de la española. Esta se propagó con relativa facilidad, pero sin destruir por completo los idiomas indígenas, y claro es que los productos naturales, la fauna, los utensilios y las costumbres de las tierras recién descubiertas influyeron demasiado profundamente en el comercio

y la vida, no sólo de España, sino de Europa entera, para que no se importaran con los objetos multitud de nombres americanos. El primer pueblo con que tropezaron los descubridores fué el de los caribes del mar de las Antillas, y esto explica el que á pesar de su barbarie, superior á la de otras razas americanas, ellos hayan enseñado á los españoles muchos de sus vocablos, que no fueron después sustituídos por los propios de pueblos más cultos, como los aztecas y los incas; de origen caribe son las primeras voces americanas que circularon en España, y las más arraigadas como *canoa* (ya acogida por Nebrija en su Diccionario en 1493), *huracán*, *sabána*, *cacique*, *maíz*, *ceiba*, *colibrí*, *guacamayo*, *nigua*. Méjico, por la gran importancia que los aztecas tenían en la época del descubrimiento, dió también muchas voces: *tomate*, *chocolate*, *cacahuete*, *cacao*, *aguacate*, *jícara*, *petaca*, *petate*. Más palabras dió el quichua hablado en el Imperio inca; los destructores de este Imperio tomaron allí gran porción de nombres, como *cóndor*, *jaguar*, *alpaca*, *vicuña*, *loro*, *pampa*, *chacra*, *papa*, *puna*, y las propagaron por toda América y por España. Estas son las tres principales procedencias de los americanismos; las demás tribus indígenas menudas no estaban en condiciones de influir, y alguna familia muy importante, como la guaraní, que se extendía desde el Plata al Orinoco, fué explorada ya demasiado tarde para imponer muchos nombres de uso general.

No podemos estudiar despacio todos estos elementos que contribuyeron á la formación del vocabulario español; sólo será objeto de nuestra atención prefe-

rente el elemento más abundante, más viejo, el que nos puede ofrecer la evolución más rica: el del latín vulgar ó hablado, que forma, por decirlo así, el patrimonio hereditario de nuestro idioma, prescindiendo de las ganancias ó acrecentamientos posteriores. A él consagraremos el resto de este Manual. Por medio de nota, y sólo á título de contraste con el elemento vulgar, se harán algunas observaciones sobre las palabras tomadas por los eruditos del latín escrito.

CAPITULO II

LAS VOCALES

Para estudiar históricamente el idioma español es preciso empezar por conocer la historia de los sonidos que forman sus palabras, qué cambios sufrieron desde la época latina hasta hoy día. Este estudio de los sonidos se llama Fonética, y se divide en estudio de las Vocales y de las Consonantes.

La vocal es la vibración de las cuerdas vocales, sin que la columna de aire que produce esa vibración halle en su salida obstáculo mayor, ni por contacto ni por estrechamiento suficiente de las partes del tubo formado por la garganta, lengua y labios. En el estado de reposo de la lengua y labios se produce la *a*. Las otras vocales se dividen en dos series. La serie anterior se pronuncia elevando la mitad anterior de la lengua, para lo cual se baja la mitad posterior; así se produce con menor ó mayor elevación la *e* y la *i*. La serie posterior se pronuncia elevando la lengua en la mitad posterior, para lo cual se baja y se retira en la parte anterior; los labios ayudan cerrándose y adelantándose; dos grados de estos movimientos producen la *o* y la *u*.

Todos los cambios que sufrieron las vocales latinas á través del tiempo hasta producir las vocales españolas, se subordinan principalmente al acento de

la palabra en que figuran; cada vocal tiene una historia bastante diferente según que está acentuada ó inacentuada, así que es necesario decir antes, á modo de preliminar, algo acerca de la Acentuación.

ACENTUACIÓN

5. ACENTO CLÁSICO CONSERVADO EN ROMANCE. —El acento se mantiene inalterable desde el tiempo de Plauto, de Horacio, de Prudencio, hasta el de Cervantes y hasta el nuestro, informando, como un alma, á la palabra y asegurando su identidad substancial á pesar de los cambios más profundos que los demás elementos de la palabra puedan sufrir: marītum, *marído;* quīndĕcim, *quínce;* pŏpŭlum, *pué-blo;* comitem, *cónde;* comitātum, *condádo;* *trĕmulo, *tiémblo;* *tremulare, *temblár;* circĭnum, *cércen* (así acentúan los clásicos y Zorrilla, y no *cercén,* como escriben los Diccionarios por error). Sólo es preciso hacer una advertencia respecto al acento de las voces que tienen una vocal larga por posición: el latín coloca el acento en la sílaba penúltima cuando ésta es larga, sea por naturaleza ó por posición (v. g.: virtūtem, *virtúd;* sagitta, *saéta*), y lo coloca en la antepenúltima, cuando la penúltima es breve y no larga ni por naturaleza ni por posición (arbŏrem, *árbol*); es decir, que la cantidad por naturaleza de una sílaba larga por posición no influye nada en el acento clásico y vulgar de una palabra, y sólo influye en el sonido de esa vocal, según el § 8; por ejemplo: en sagitta, para la cuestión del acento no nos importa nada conocer la cantidad por na-

turaleza de la penúltima, pues nos basta saber que es larga por posición para colocar sobre ella el acento; pero para el sonido de dicha vocal sí nos importa conocer su naturaleza, pues sabiendo que es breve, deduciremos el derivado español *saéta* (§ 10 ₁); mientras que, si fuera larga, hubiera producido **saíta* (§ 11). Otro ejemplo: para la acentuación de caepulla, medulla, no necesitamos enterarnos de la naturaleza de la penúltima, ya que es larga por posición, y diremos caepúlla, medúlla; verdad es que hoy es corriente la acentuación disparatada de la voz culta *médula* que se introdujo en el español muy tarde, al lado de la correcta *medúla* usada por Cervantes, Calderón, etc.; pero no hagamos caso de esta voz culta; el derivado popular no se pudo equivocar tan groseramente, y dijo *cebólla*, *meóllo*, guardando la longitud por posición en cuanto al acento, pero observando la cantidad por naturaleza para el sonido, pues siendo en ambas voces breve la ŭ, la pronunció *ó* (§ 13 ₁), que á haber sido larga, hubiera dicho **cebulla*, **meullo* (§ 14).

6. ALGUNAS DIFERENCIAS ENTRE EL ACENTO CLÁSICO Y VULGAR.—1] Por el párrafo anterior vemos que el latín no consentía dejar sin el acento la sílaba penúltima cuando estaba en posición; el latín clásico empero, no acentuaba necesariamente la penúltima cuando estaba en lo que se llama «positio debilis,» ó sea la producida por una explosiva (§ 33 ₁) seguida de la líquida *r* (por ejemplo: pătrem, cuya ă sólo entre los poetas se contaba alguna vez como larga por posición), pues este grupo de explosiva + *r* no producía posición; el latín clásico podía acentuar ín-

tĕgrum, ténĕbrae; pero el latín vulgar generalizó el principio del párrafo anterior aun al caso de la «positio debilis,» y no consintió tampoco dejar inacentuada la vocal que precedía al grupo de explosiva + *r* y así acentuó ĭntégrum, de donde *entéro;* tenébrae, de donde *tinieblas;* cathédra, de donde *cadera* (en el sentido de asiento ó caja del cuerpo: aragonés, *cadiera,* silla); son cultas las formas *íntegro* y *cátedra*.

2] El latín vulgar forma diptongos con los grupos de vocales en hiato: de modo que si el acento clásico cae sobre la vocal más obscura, lo transporta sobre la más clara para hacer posible el diptongo; las vocales van en este orden de claro á obscuro *a, o, e, u, i,* § 8. El latín clásico acentúa filíŏlum, pero el vulgar filiólum, de donde *hijuélo;* clásico putéŏlum, vulgar puteólum, *pozuélo*; clásico taléŏlam, vulgar taleólam, *tajuela;* de varus, postilla, se sacó el diminutivo *varíŏla, *varióla, *viruela;* clásico mulíĕrem, vulgar muliérem, *mujér;* paríĕtem pariétem, *paréd.* En época posterior se observó también esta dislocación del acento: en español antiguo se acentuaba *reína,* regína, *vaína,* vagína, *béodo* (§ 60 1), *Díos*, Déus, *víuda*, vídua; y hoy acentúa *réina*, *váina*, *beódo*, *Diós*, *viúda* [1].

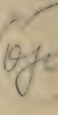
3] En los verbos compuestos con un prefijo, el acento clásico se rige también por la cantidad de la penúltima vocal: ré-cĭto, de donde en español *rézo;*

[1] La ley de la acentuación de la vocal más clara la generaliza más el habla popular de varias regiones de España y América acentuando *máiz*, *ráiz*, *bául*, *páis*, *máestro*, etc.

cól-lŏcat, *cuelga;* cóm-pŭtat, *cuénta;* pero la tendencia á acentuar no el prefijo, sino el elemento principal, es tan natural que ya la hallamos hasta en los derivados cultos *recíto*, *colóco*, *compúta*. El latín vulgar en muchos casos disloca de igual modo el acento, y en vez de rénĕgo, dijo renégo, de donde vienen *reniego;* en vez de rénŏvo dijo renóvo, de donde *renuévo;* por rétĭnet dijo reténet, de donde *retiéne*, etc. [1].

CLASE DE VOCALES.

7. VOCALES LARGAS Y BREVES DEL LATÍN CLÁSICO.—El latín clásico distinguía diez vocales ā ă ē ĕ ī ĭ ō ŏ ū ŭ; es decir, cada una de las cinco fundamentales podía ser «larga» ó «breve,» según se pronunciaba en una unidad de tiempo ó en dos. Esta «cantidad de la vocal» la marcan los Diccionarios; pero al hojear cualquiera de éstos, se advertirá que no señala cantidad á las vocales que van seguidas de un grupo de dos ó más consonantes, pues la sílaba cerrada por una consonante agrupada con otra, es siempre «larga por *posición;*» con esta frase dan á entender los gramáticos que la sílaba es larga por una *suposición* ó convencionalismo, que esto quieren



[1] Las voces cultas dislocan el acento fuera de los tres casos señalados en este párrafo, con confusiones extrañas que no hallaremos en las voces populares; hoy se dice por muchos *orgía*, cuando lo correcto es *órgia;* y se dice *parásito*, *hipógrifo*, *epígrama*, *telégrama*, *intérvalo*, debiéndose acentuar todas en la penúltima; *gemído* va también contra el acento clásico gémĭtus.

decir al decir «longa positione,» y no como generalmente se cree: larga por *colocación*. Permítasenos insistir algo sobre esto, pues las confusiones á que esta «posición» suele dar lugar, viciarían radicalmente el estudio de la fonética en que vamos á entrar y la harían á cada paso ininteligible; nótese, pues, que en inter, por ejemplo, si bien la sílaba in- es larga «por posición,» la vocal *i* podía ser independiente larga ó breve «por naturaleza,» y en efecto es breve. Esta posición ó suposición de que toda vocal ante un grupo de consonantes es larga tiene su aplicación principal en la métrica, aunque no en la de todos los tiempos: así en la métrica arcáica de Plauto se cuentan como breves ĭnter, ŭnde, sagĭtta, ĭlle, fenĕstra, y ya veremos cómo confirma esta medida la fonética de los idiomas romances. Además de la métrica arcáica, nos podemos convencer de la cantidad de las sílabas que en la métrica clásica eran «largas por posición,» ayudándonos de la etimología de las palabras; nada más evidente que en cóllŏco, la sílaba col-, larga por posición, tenía la ŏ breve por naturaleza, pues es la misma ŭ de cŭm; y de igual modo el participio mortuus, tendrá la misma ŏ que el presente mŏrior; ó viceversa, el presente cresco tendrá la misma ē que el participio crētum. Otro testimonio nos lo proporciona la gramática comparada; septem tiene su primera *e* breve, como breve es la vocal en el griego ἑπτά y en el sánscrito săptan, y en igual caso está octo, comparado con el griego ὀκτώ y sanscrito ăshtau. El conocimiento en todo caso de la cantidad de las vocales, ora estén ó no ante dos conso-

nantes, es de absoluta necesidad para el estudio de la fonética histórica; se hallará marcada en el Diccionario latino romance de Gustavo Körting (*Lateinisch-romanisches Würterbuch*, 2.ª edic., 1901).

8. Vocales abiertas y cerradas del latín vulgar.—La diferencia de cantidad del latín clásico fué en el latín vulgar diferencia de calidad: no distinguió dos *e*, ó dos *o*, por su duración, sino por su sonido ó timbre; las vocales largas del latín clásico se pronunciaron en el latín vulgar más obscuras ó cerradas que las breves, que eran más claras ó abiertas. Se llama abierta ó clara la vocal que se pronuncia con mayor anchura del tubo sonoro formado por la lengua y el cielo de la boca; la *a* es la vocal más clara, y la *i* la más obscura; metiendo un dedo en la boca y pronunciando la serie *a*, *e*, *i*, se notará cómo se va estrechando el canal formado por la lengua y el paladar. Las vocales van en este orden de abiertas á cerradas *a o e u i*. Además cada vocal de estas cinco puede tener sus grados; aunque la escritura corriente no nota, por ejemplo, más que una *e*, claro es que tiene varios matices y podemos distinguir sobre todo una abierta (E*mbajada*) y otra cerrada (*am*É), que en las gramáticas se señalan con una coma y un punto suscritos e̦ ẹ o̦ ọ; la o̦ abierta tiene algo de *a*, la ọ cerrada tiene algo de *u*, la e̦ abierta tiene algo de *a*, la ẹ cerrada tiene algo de *i*. Esto sentado, tenemos que las diez vocales clásicas ă ā, ĕ ē, ĭ ī, ŏ ō, ŭ ū, habían de ser en latín vulgar a̦ ạ, e̦ ẹ, i̦ ị, o̦ ọ, u̦ ụ; pero adviértase que las dos a̦ ạ se confundieron desde luego en un mismo sonido; que la ẹ cerrada (mezclada de *i*) y la i̦ abierta (mezclada de *e*) se

confundieron luego en ẹ; y que igualmente la ọ (mezclada de *u*) y la ų (mezclada de *o*) se confundieron también en ọ. Después de estos cambios, el latín vulgar tuvo en vez de las diez vocales del latín clásico, sólo siete, á saber: a (= ă ā), ę (= ĕ), ẹ (= ē ĭ), i (= ī), ǫ (= ŏ), ọ (= ō ŭ), u (= ū). De este estado de cosas procede el idioma español que (fijándonos sólo en la sílaba acentuada) diptonga la ę ǫ y conserva las demás: a, ẹ, i, ọ, u. El diptongo *ae* se asimila á la ĕ, y el diptongo *oe* á la ē. Consérvese en la memoria los ejemplos del siguiente resumen:

Cantidad clásica.	Sonido teórico.	Sonido en el latín vulgar.	Sonido en español (sílaba acentuada).	Ejemplos.
ă	ą	a	a	lătus, *lado*.
ā	ạ			grānum, *grano*.
ĕ ae	ę	ę	ié	tĕrra, *tierra;* caelum, *cielo*
ē oe	ẹ	ẹ	e	rētem, *red;* foedum, *feo*.
ĭ	į			cĭbum, *cebo*.
ī	ị	i	i	fīcum, *higo*.
ŏ	ǫ	ǫ	ué	nŏva, *nueva*.
ō au	ọ	ọ	o	leōnem, *leon;* aurum, *oro*.
ŭ	ų			bŭcca, *boca*.
ū	ụ	u	u	ūnum, *uno*.

En sílaba átona veremos que estas siete vocales se redujeron á cinco ó á tres.

Veamos ahora más al pormenor la suerte de cada una de las siete vocales acentuadas. Son el elemento más fijo de la palabra que nunca pueden desaparecer por ser el soporte del acento, elemento esencial del vocablo; pero sufren cambios muy profundos y más variados que las vocales inacentuadas.

VOCALES ACENTUADAS EN PARTICULAR

9. ā ă DEL LATÍN CLÁSICO, *a* DEL VULGAR; SE CONSERVA EN GENERAL.—1) La *a* larga ó breve se conserva: prātum, *prado;* ad-grātum, *agrado;* grātia, *gracia;* ānnum, *año;* mătrem, *madre;* mănum, *mano;* pătrem, *padre.*

2) Pero si le sigue una *i*, se mezcla con ella y producen ambas el sonido *e;* por ejemplo: laicus, *lego*. Esta *i* puede proceder de la sílaba siguiente y haberse atraído á formar sílaba con la *a* (§ 53 ₂): sapiat, *saipat, *sepa;* capiat, *quepa;* bāsĭum, *baisu, *beso;* cerāsĭum, *cerezo;* caldarĭum, *caldairu, *caldero;* căballārĭum, *caballero;* sartāgĭne, *sartaine, *sartén;* plantāgĭne, *llantén;* farrāgĭne, *herrén*. Adviértase de ahora para siempre que la *e* postónica en hiato se equipara enteramente á la *i:* cāsĕum, casiu, *caisu, *queso;* glārĕa, *glera*. Otras veces la *i* que mezclada con la *a* produce *e*, proviene de una consonante gutural (§ 50 ₁ y ₂), agrupada con otra consonante: lactem, se pronunció en una época prehistórica laite, *laitie, *leche* (nótese que hoy el pueblo, cuando quiere pronunciar

voces cultas como *recto*, vocaliza también la *c* y dice *reito* ó *reuto*); factum, *hecho;* tractum, *trecho;* verbactum, *barbecho;* claro es que igual cambio sufre la *c* agrupada en la *x:* taxum, *tejo;* mataxa, *madeja;* fraxĭnum, *fresno;* axem, *eje* [1].

3] Otras veces la *a* se mezcla con una *u* siguiente y ambas se transforman en *o:* aurum, *oro* (véase § 14 1). La *u* puede venir atraída de la sílaba siguiente: así el perfecto de habeo, habui, se pronunció *haubi, que dió en castellano antiguo *hobe* y hoy *hube;* lo mismo el perfecto de sapio fué en vez de sapivi, sapui, de donde *saupi, *sope, supe.* La *u* procede también á veces de vocalización de una *l* agrupada: talpa, *taupa, *topo;* alterum, *autro, *otro;* saltum (bosque), *soto;* calcem, *cauce, *coz;* falcem, *hoz;* no es constante esta evolución, pues al lado de esas palabras hallamos altum, *alto;* saltum (brinco), *salto;* *calcea (por calceus), *calza*, etc.

10. ĕ ó ae DEL LATÍN CLÁSICO, ę DEL VULGAR, SE DIPTONGA EN *ie* ROMANCE EN GENERAL.—1] La ĕ se diptonga en *ie* generalmente: mĕtum, *miedo;* pĕtram, *piedra;* vĕnit, *viene;* nĕbula, *niebla;* sĕptem, *siete;* dĕcem, *diez;* pĕdem, *pie;* ĕquam, *yegua;* gĕnerum, *yerno.* Lo mismo sucede con el diptongo *ae:* caecum, *ciego;* caelum (coelum es ortografía falsa), *cielo;* quaero, *quiero;* graecum *griego* [2].

[1] Son voces cultas *pacto*, *acto*, *intacto*. *laxo*, *Práxedes* y otras por el estilo, en que la *a* permanece inalterada.

[2] No diptonga en las voces cultas como prĕces, *pre-*

2] El diptongo *ié*, por medio de una dislocación del acento, íe, se redujo posteriormente á *i* en algunos casos, como saeculum, ant. esp. *sieglo*, moderno *siglo;* vĕsperam, ant. *viespera*, mod. *víspera;* mĕspilum, ant. *niespera*, mod. *níspero;* y en todas las palabras terminadas en -ĕllu, -ĕlla, que desde el siglo XIV cambiaron la terminación *iello* en *illo:* castĕllum, *castiello, castillo;* cultĕllum, *cuchiello, cuchillo;* scutĕlla, *escudiella, escudilla;* sella, *siella, silla*, etc. Se reduce también á *i* cuando está en hiato: Dĕus, ant. *Dieos, Díos*, mod. *Diós;* mĕum, *mío;* judaeus, *judío*.

3] No se diptonga la ĕ cuando le sigue una gutural agrupada con otra consonante: sex, ó sea secs, *seis;* pĕctĭnem, *peine;* lĕctum, *lecho;* pĕctum, *pecho;* intégrum (§ 6 ₁), *entero*. Igual sucede cuando el grupo de la gutural se formó posteriormente por pérdida de una vocal latina (§ 26 ₁): spĕcŭlum, spĕclum, *espejo*. Tampoco se diptonga cuando en la sílaba siguiente hay ī; por ejemplo: venī, *ven* (imperativo). El caso de una *i* en hiato en la sílaba siguiente, impide la diptongación en prĕtium, *precio;* mĕdium, *medio;* materia, *madera;* nótese que ego venio es *yo vengo;* pero en desapareciendo ese hiato, tenemos ya el diptongo: vĕnis, *vienes*. En caso análogo están las voces que sólo en romance ofrecen hiato, como grĕgem, *grey*.



11. ē Ĭ Ó OE DEL LATÍN CLÁSICO, ẹ DEL LATÍN

ces, cĕntrum, *centro;* tĕmplum, *templo* (el popular *tiemplo* es anticuado); sĕptimum, *séptimo* (el popular *sietmo* es anticuado); gentem, *gente* (el pop. *yente* anticuado).

VULGAR, SUENA *e* EN GENERAL.—1] Tanto ē como ĭ, oe, se confunden en español en *e* generalmente: aliēnum, *ajeno;* plēnum, *lleno;* acētum, *acedo;* dēbĭta, *deuda;*—cĭppum, *cepo;* vĭttam, *veta;* consĭlium, *consejo;* nĭgrum, *negro;* sĭgna, *seña;* ĭnter, *entre;* ĭlle, *el;* fĭdem, *fe* [1];—foedum, *feo.*

2] La ẹ del latín vulgar se reduce á *i* cuando en la sílaba siguiente hay una yod, ó sea una *i* ó *e* en hiato (v. § 9 ₂): cēreum, *cirio;* vindēmia, *vendimia;* sepiam, *jibia;* vĭtreum, *vidrio.* Lo mismo sucede cuando en la sílaba siguiente hay ī; por ejemplo: en los perfectos vēnī, *vine;* fēcī, *hice;* en los pronombres tĭbī, *tí;* sĭbī, *sí;* en el numeral vīgĭntī, ant. *veínte*, mod. *véinte* (comp. § 18 ₂).

12. Ī DEL LATÍN CLÁSICO, i DEL VULGAR; SE CONSERVA EN ESPAÑOL COMO *i.*—Permanece inalterable siempre: vītem, *vid;* fīlium, *hijo;* lītĭgat, *lidia;* līmpĭdus, *limpio;* scrīptum, *escrito;* astīlem, *astil.*

13. Ŏ DEL LATÍN CLÁSICO, ǫ DEL VULGAR, SE DIPTONGA GENERALMENTE EN *ue*, EN ROMANCE.—1] La ŏ se diptongó primitivamente en *uó*, y luego en *ue* (como la ĕ en *ie*): rotam, *rueda;* bonum, *bueno;* jocum, *juego;* novem, *nueve;* ŏrphănum, *huérfano;* hospitem, *huésped;* cŏlloco, *cuelgo;* mŏrtuum, *muerto;* mŏrsum, *almuerzo* [2].

[1] En las voces de origen culto, la *i* breve se interpreta como *i:* librum, *libro;* dignum, *digno*, *indino;* continuum, *continuo*, etc. Son cultismos muy antiguos, y por lo tanto, han sufrido alguna evolución en su sílaba postónica: titulum, *tilde;* capitulum, *cabildo.*

[2] Las voces cultas no diptongan: fŏssam, *fosa* (el de-

2] El diptongo *ue* puede reducirse á *e* (como el *ie* se reduce á *i*): flòccum, *flueco* y *fleco;* stŏrea, **estuera* y *estera;* frŏntem, ant. *fruente* y mod. *frente;* Borŏviam, ant. *Burueba* y mod. *Bureba;* *còlŏbram (por cŏlŭbra) (§ 6 ₁), ant. *culuebra*, mod. *culebra*.

3] No se diptonga la ŏ por causas parecidas á las que impiden la diptongación de la ĕ (§ 10 ₃): cuando le sigue una gutural agrupada con otra consonante que se transforman en un sonido palatal como *ch* ó *j* (la *j* era antes palatal § 35 ₃); ŏcto, *ocho;* nŏctem, *noche;* bis-cŏctum, *bizcocho;* *cŏxum (en vez de coxo,-onem), *cojo*. Lo mismo sucede cuando la agrupación de la gutural es efecto de la pérdida de una vocal: ŏcŭlum, *ŏclu, *ojo*. Tampoco se diptonga la ŏ cuando en la sílaba siguiente hay una yod que produce una consonante palatal *y* ó *j* en contacto con la ŏ: pŏdium, *poyo;* hŏdie, *hoy;* fŏveam, *hoya;* folia, *hoja;* de-spŏlium (de, spoliare), *despojo;* en aragonés diptonga (§ 4 ₅).

14. ō ŭ, au DEL LATÍN CLÁSICO, ọ DEL LATÍN VULGAR; SUENA *o*, GENERALMENTE EN ROMANCE.— 1] Ejemplos de *o* en español: tōtum, *todo;* dōnum, *don;* rōbŏrem, *roble;* nōminem, *nombre;* —lŭtum, *lodo*, de-ŭnde, *donde;* cŭbitum, *codo;* rĕcŭpĕro, *recobro* [1].—El diptongo *au* es también *o:*

rivado popular es ***huesa***); cŏmputum, ***cómputo*** (el podular es ***cuento***); ŏrganum, ***órgano;*** nŏtam, ***nota***, etc. Son cultas muy antiguas y que han sufrido alguna evolución en cuanto á su sílaba postónica: mŏdulum, ***molde;*** rotulum, ***rolde.***

[1] La u breve en las voces cultas subsiste como *u:* pur-

maurum, *moro;* taurum, *toro;* paucum, *poco;* caulem, *col* [1].

2] La ọ del latín vulgar se reduce á veces á *u* (como la ẹ á *i*, § 11 ₂), cuando le sigue un grupo de consonantes, de las cuales la primera es una gutural ó *l*, que se transformó en palatal: lŭctam, *lucha;* trŭctam, *trucha;* pŭltem, *puches;* mŭltum, *mucho;* auscŭltat, ant. *ascucha*, mod. *escucha;* pŭgnum, *puño* (en autŭmnum, *otoño*, no hay la consonante gutural que hemos dicho). Lo mismo sucede cuando en la sílaba siguiente hay una yod que produce una consonante palatal *ñ:* cŭneum, *cuño*.

3] La ọ combinada con una *i* en hiato, atraída de la sílaba siguiente (§ 53 ₂), produce el diptongo *ue:* augŭrĭum, ant. *agoiro*, que por intermedio de **agóero,* pasó luego al mod. *agüéro;* salem-mŭriam, ant. *salmoira*, mod. *salmuera;* Dōrium, ant. *Doiro*, mod. *Duero;* verecŭndia, ant. *vergoina*, *vergoinza*, mod. *vergüenza;* cicōnia, *cigüeña*. En este caso están los derivados con el sufijo -ōneum, como el derivado de risum, *risōnĕum, **risoinio, risueño, pedigüeño,* etc., y los derivados del sufijo -tọrium, como coopertōrĭam, *cobertoira, cober-*

puram, *púrpura* (el pop. *porpola* es ant.); numerum, *número* (arcáico *nombre*); mundum, *mundo* (el adjetivo mundus dió el derivado popular *mondo*); crucem, *cruz;* bulla, *bula* ó *bulda* (junto al popular *bolla*, que tiene sentido bien diferente); lucrum, *lucro* (junto al popular *logro*).

[1] Son cultos *claustro, cáustico, encausto, áureo, fauce* (popular *hoz*).

tuera y *cobertera* (§ 13 ₂); de *ad-biberare (por adbibere) se dijo *adbiberatorium, -*doiro*, -*duero*, *abrevadero*. Compárese á éstos el perfecto fŭit, que en dialecto asturiano es *fói*, en castellano antiguo *fóe* y luego *fué*.

15. ū DEL LATÍN CLÁSICO, *u* DEL VULGAR; SE CONSERVA *u* EN ESPAÑOL.— Permanece siempre inalterable: acūtum, *agudo;* mūscŭlum, *muslo;* cūpam, *cuba* (*copa* no deriva de éste, sino de *cŭppa, véase § 45); sūcĭdum, *sucio;* nūbilum, *nublo;* lūcum, *Lugo*.

VOCALES ÁTONAS EN GENERAL

16.—IDEA DE SU NATURALEZA Y DESARROLLO. —Pasemos á examinar ahora las vocales inacentuadas. Las acentuadas no sólo se mantienen siempre, sino que, aun por la energía especial con que se las articula, hemos visto que se refuerzan, ora desenvolviendo una vocal accesoria, esto es, diptongándose (§ 10 ₁ y 13 ₁), ora atrayendo hacia sí la vocal de la sílaba vecina (§ 9 ₂, ₃ y 14 ₃). Lejos de estos refuerzos, las vocales inacentuadas no sólo son menos persistentes, ya que muy á menudo se borran y desaparecen por completo (§ 22, 24, 26, 28 ₃ y 29 ₂), sino que, aun cuando subsisten, tienen un sonido más apagado y confuso que las acentuadas, de modo que, en vez de las siete vocales que hallamos en la sílaba tónica (§ 8), hallamos sólo cinco átonas: **a**, **e**, **i**, **o**, **u**, pues fuera del énfasis del acento la ẹ y la ę se confundieron, así como la ọ y la ǫ, y siendo finales, se redujeron sólo á tres: *a e o*.

Fuera del acento no difieren tanto entre sí las dos vocales anteriores *e i* (v. pág. 21) ni las dos posteriores *o u*. Esto permitía, aun en el siglo XVI, vacilaciones en el lenguaje literario, que ya no eran posibles respecto de las vocales acentuadas; así había todavía entonces personas leídas que decían *vanedad, envernar, escrebir, abondar, roido, rofian, cobrir*, si bien las formas actuales ya prevalecían en personas de mejor gusto, como, por ejemplo, Juan de Valdés, que desecha las variedades apuntadas.

La vocal *a* es tan resistente que, aun átona, se conserva en todas las partes de la palabra en que se halla (v. § 17, 23, 25, 27; pero véase, no obstante, § 22).

La suerte de las otras vocales átonas está determinada por la resultante de dos condiciones: 1.ª, su colocación respecto del acento; 2.ª, su colocación en el comienzo, medio ó fin de la palabra; la posición inicial es la más firme, la que da más resistencia á las vocales, la que más las asemeja á la acentuada; sigue luego la final; la vocal menos resistente es la medial, que se pierde frecuentemente. Estudiaremos, pues, aparte la vocal inicial de la palabra, la protónica interna, la postónica interna y la final.

VOCAL INICIAL

17. āă DEL LATÍN CLÁSICO, *a* DEL VULGAR; SE CONSERVA.—1] Permanece generalmente *ānnŭcŭlum (derivado de annus), *añojo;* ănte nātum, *alnado;* ănte-ŏcŭlum, *antojo;* *ămīcĭta-

tem (por amicitia), *amistad;* pānāriam, *panera;* căpĭstrum, *cabestro;* bāllistam, *ballesta;* *pānneŏlum (otro diminutivo, en vez de pānnŭlus), *pañuelo.*

2] Como la *a* tónica, la inicial se hace *e* mezclada con una *i* atraída de la sílaba siguiente: basiare, *baisare, *besar;* variŏlam (§ 6 $_2$), *vairola, ant. *veruela,* mod. *viruela;* mansionem, masionem (§ 47 $_3$), maisone, dió en español *mesón*, tenido sin motivo por voz venida del francés maison. La *i* que se mezcla con la *a* puede proceder de una gutural agrupada: lactucam, *lechuga;* jactare, *echar;* maxillam, *mejilla;* *taxonem, *tejón* [1].

3] La *a* inicial se puede mezclar con *u*, como la tónica, y convertirse en *o:* habuimus, ant. *hobimos,* mod. *hubimos;* altarium, *otero* (v. § 9 $_3$).

4] Pero como nunca es tan fija la evolución de las vocales átonas, aun siendo iniciales, la *a* se cambia en *e* en otros varios casos, además de los comunes con la posición tónica, y sin influencia, como en éstos, de los sonidos vecinos, sino sólo por confusión de *a* y *e*, menos distintas que cuando son acentuadas (comp. § 18 $_3$). Así, abscondere, que en esp. antiguo era *asconder*, díjose después *esconder*, y a(u)scultare (§ 66 $_1$) fué antiguamente *ascuchar*

[1] Son cultas voces como *jactarse*, *maxilar*, *taxativo*, etc., y aun lo son algunas que perdieron la *c*, como *tratar*, de tractare, cuyo derivado popular es *trechar*, usado en algunas provincias en el sentido de prensar y secar los pescados, ó *trecheo*, en el sentido de acarreo.

y luego *escuchar;* asparragum, *espárrago;* y si en estas palabras, que en varios romances llevan *e-* inicial, debió influir la confusión con el prefijo ex- (§ 71), no puede alegarse esta confusión en otras muchas voces; el nombre de la planta olorosa anēthum salió, en romance, de su diminutivo *anēthŭlum, y se dijo *aneldo* y *eneldo;* de latus se derivó ad-lataneus, «cosa que está al lado de otra,» y de ahí el ant. *aladaño,* mod. *aledaño.*

18. ē ae DEL LATÍN CLÁSICO, ę DEL VULGAR, Y ē ĭ DEL CLÁSICO, ẹ DEL VULGAR; SE CONFUNDEN EN *e* ROMANCE.—1] Los dos sonidos ę ẹ del latín vulgar se confunde fuera del acento en uno solo: lĕgumĭne (por legumen), *legumbre;* sĕniorem, *señor;* praeconem, *pregon;* saecularem, *seglar;* mēnsurare, *mesurar;* sēcurum, *seguro;* plĭcare, *llegar;* pĭscare, *pescar* [1].

2] Se reduce la *e* inicial á *i* por influencia de una yod siguiente (comp. § 11 ₂): unas veces la yod está en la palabra latina solamente, v. gr.: cērĕŏla (§ 6 ₂), que produjo *ciruela* y no *ceruela;* otras veces la yod se desarrolló solamente en romance por efecto de una diptongación, v. gr.: gĕnĕsta, *hiniesta;* caementum, *cimiento;* tenĕbra (§ 6 ₁), *tinieblas;* fĕrventem, *hirviente.* Nótese en la conjugación *sin-*

[1] En voces cultas la *i* breve se pronuncia siempre como *i:* vigiliam, *vigilia;* dictatum, *dictado* (el popular es *dechado*); minutum, *minuto* (el popular es *menudo*); tributum, *tributo* (el popular es *treudo* ó el anticuado *trebudo*); vigorem, *vigor;* vitiare, *viciar* (el popular es *avezar*); *historia* (anticuado *estoria*); *inclinar*, etc.

tieron, *sintiese*, *sintiera*, frente á *sentir*, *sentimos*, *sentiría*, etc.

3] El carácter más incoloro de la vocal átona se muestra bien en el cambio de la *e* inicial en *a*, cosa inaudita respecto de la tónica: bĭlancem, dió *balanza;* sĭlvaticum, dió *salvaje;* aeramen, dió *alambre* (ya en latín vulgar aramen por asimilación, § 65); verrere, dió *barrer;* *versura (formado del participio versum, de verrere, «barrer») dió *basura;* vĕrvactum, *barbecho;* ervilia, *arveja;* vĕrbascum, *verbasco* y *varbasco;* circellum, *cercillo* y *zarcillo;* vĕrr(es) + accum, *verraco* y *varraco;* *lēmicaneam (derivado de lēma), *lagaña*, junto á *legaña*. Nótese que la mayoría de estos casos sufren el cambio por la influencia de una *r* vecina.

4] Otro cambio extraño á la tónica sufre la *e* inicial convirtiéndose en *o:* *aerīgine (por aerūgine, § 71) dió *orín;* episcopum dió *obispo;* ērucam, *oruga;* de mĭxt-encum (de mĭxta, *mesta*, «reunion ó mixtión de ganaderos»), salió el anticuado *mestengo*, *mestenco* y luego *mostrenco*, «cosa perteneciente á la mesta de los ganaderos» y «cosa poseída en común, ó que no tiene dueño conocido.»

19. ī DEL LATÍN CLÁSICO, *i* DEL VULGAR; SE CONSERVA *i* EN ROMANCE.—La ī se conserva inalterable como cuando tónica: līmitare, *lindar;* rīpariam, *ribera;* cīvitatem, *ciudad;* hībernum, *ivierno*.

20. ŏ DEL LATÍN CLÁSICO, ọ DEL VULGAR, Y ōŭ au DEL CLÁSICO, ọ DEL VULGAR; SE CONFUNDEN EN *o* ROMANCE.—1] Los dos sonidos ǫ y ọ del latín vulgar se confunden, cuando están fuera del acento,

en uno solo: *cŏriamen (derivado de corium), *corambre;* *dŏmĭniare (por dominare), *domeñar;* nōminare, *nombrar;* ōrationem, *oración;* sŭperbiam, *soberbia;* *cŭpĭditiam (por cupidĭtas), *codicia;* sŭspecta, *sospecha* [1]; pausare, *posar;* *aurundum, (hinchado por el viento, de aura), *orondo;* auriculam, *oreja;* *rav(i)danum (de ravidus, «gris»), *raudanu, ant. *rodano*, mod. *roano* [2].

2] La reducción de la *o* inicial á *u* es más frecuente que la *e* á *i* y en condiciones menos claras; quizá obedecen á la palatal siguiente en cŏgnatum, *cuñado;* muliérem (§ 6 ₂), *mujer;* tŏrcŭlare, *trujal;* cŏchleare, ant. *cuchar*, mod. *cuchara;* por una yod siguiente se explican: tōnsionem, *tusón;* cŏriandrum, *culantro;* dormiamus, *durmamos* (frente á dormimus, *dormimos*), *muráis* (frente á *morís*). Hay una porción de casos inexplicados: pollīcarem, *pulgar* (vulgar *pólgar*); lŏcalem, *lugar* (ant. *logal*); jŏcare, *jugar* (ant. *jogar*); rŭgitum, *ruido* (anticuado *roído*); lŏcellum, *lucillo;* cŏlŏbra (§ 13 ₂), *culebra;* etc.

3] Lo mismo que la *e* inicial, la *o* se puede cambiar en *a* (§ 18 ₃): nŏvaculam, *navaja;* *lŭmbrīcŭlam (de lumbricum), *lambrija;* cŏlostrum, *calostro;* *sŭb-fumare, *sahumar;* *sŭb-bŭllire, *zabullir;* *sŭb-fŭndare, *zahondar.*

[1] Las voces cultas conservan siempre la u breve como *u:* lucrare, *lucrar* (popular *lograr*); duplicare, *duplicar* (popular *doblegar*); etc.

[2] Las vocales cultas conservan el *au: audaz, aumento, aurífero, tauromaquia, caución*, etc.

4] Se puede también cambiar la *o* en *e* (comp. § 18 $_4$): formosum, *hermoso;* rotundum, *redondo;* *post-auriculum, *pestorejo;* obscurum, *escuro*, junto á *oscuro;* horŏlogium, *reloj*.

21. ū DEL LATÍN CLÁSICO, *u* DEL VULGAR; SE CONSERVA *u* EN ROMANCE.—Ejemplos de la conservación: dūrĭtiam, *dureza;* scūtellam, *escudilla;* lūctare, *luchar;* jūdicium, *juicio*.

22. PÉRDIDA DE LA VOCAL INICIAL.—Aunque la vocal inicial es la más resistente de las átonas, alguna vez sucede que se pierde: abrotonum, da *abrótano* y *brótano;* *accipitrarium (de accipiter) da *acetrero* y *cetrero;* apotheca da el ant. *abdega* y el mod. *bodega;* ĕleemosyna da el anticuado *almosna* y el mod. *limosna;* ĕpithema, *bizma;* Emerita, *Mérida;* Aemilianus, *Millán* (nombre semiculto según el § 53 $_6$); hōrologium, *reloj;* abscessionem (con el sentido de abscessus, tumor), **cicion*, *chichón* (§ 37 $_2$ *c*).

VOCAL PROTÓNICA INTERNA

23. LA VOCAL a CONSERVADA SIEMPRE.—La a permanece: paradisum, *paraíso;* mirabilia, *maravilla;* calamĕllum, *caramillo;* canna·ferula, *cañaherla*. Se puede decir que esta ley no tiene excepciones (á no ser en voces exóticas); *comprar* no se deriva del clásico comp(a)rare, sino de comp(e)rare, forma del latín vulgar.

24. TODAS LAS OTRAS VOCALES DESAPARECEN.—1] Ya en el latín vulgar se perdía la protónica en-

tre *r* y otra consonante: *cerbellaria (por cerebellare), *cervillera;* vergundia (por verēcundia), *vergüenza;* virdiarium (por viridiarium), *verjel*. En romance se generalizó la pérdida de la protónica á todas las palabras, entre cualesquiera consonantes: pipĕrata, *pebrada;* itĕrare, *edrar;* catēnatum, *candado;* ante-natum, *alnado* (es semiculto *entenado*); solĭdatam, *soldada;* decĭmare, *dezmar;* septimanam, ant. *sedmana*, mod. *semana;* comĭtatum, *condado;* *tempŏranum (por temporaneum), *temprano;* honōrare, *honrar;* repŭtare, ant. *reptar*, mod. *retar;* *consūturam (por sūtūra, del participio consūtum: de consuo, «coser»), *costura* [1].

2] En el caso en que haya dos protónicas internas, se pierde la más próxima al acento: vicīnĭtatem, *vecindad;* ingĕnĕrare, *engendrar;* recŭpĕrare, *recobrar;* comunicare, *comulgar;* *disrēnĭcare (de renes), *derrengar;* *at-testĭfĭcare (por testificari), *atestiguar;* *pellĭcĭcare (de pellis), *pellizcar* [2]. La razón es que además del acento principal de una palabra hay uno secundario

[1] Las voces cultas conservan la protónica: colorare, *colorar* (popular *corlar*); luminariam, *luminaria* (popular *lumbrera*); collocare, *colocar* (pop. *colgar*); *literato* (pop. *letrado*), *pectoral* (pop. *petral*), *secular* (popular *seglar*), *roborar* (pop. *robrar* y *roblar*), *labórar* (popular *labrar*), *temperar* (pop. *templar*), *limitar* (pop. *lindar*), *masticar* (pop. *mascar*), *vindicar* (pop. *vengar*), *adjudicar* (pop. *juzgar*).

[2] Cultas conservan la doble protónica: *episcopal*, *fidelidad* (popular anticuado *fieldad*), *recuperar*, etc.

que hiere las sílabas pares á partir de la tónica: hu-mìlitáte, y la sílaba que se halla entre los dos acentos se pierde: *humildad*. Como voz culta pasó sìngulàritátem intacto al castellano: *singularidad;* pero como popular perdió las vocales entre acentos en el asturiano *señardá*, «pena de soledad ó añoranza.»

3] La protónica interna se conserva á veces cuando en otras formas del mismo vocablo tiene distinta posición respecto del acento: así, dolōrosum se dijo *doloroso*, y no **dorloso*, porque se tuvo presente á *dolor*, en que la segunda *o* va acentuada, y por lo tanto se conserva; y hospĭtatum, se dijo *hospedado*, y no **hosdado*, recordando á *huésped*, en que también se conserva la *e;* en igual caso están *coronado*, *saludador*, etc..... También se conserva por pérdida de una consonante sonora intervocálica (§§ 42 y 43): co(g)itare, *cuidar;* fumigare, *humear*.

VOCAL POSTÓNICA INTERNA

25. LA *a* SE CONSERVA SIEMPRE.—Lo mismo que protónica: orphănum, *huérfano;* sabanum, *sábana;* raphănum, *rábano;* tympănum, *témpano;* anătem, *ánade;* asparăgum, *espárrago*.

26. TODAS LAS OTRAS VOCALES DESAPARECEN [1].

[1] Las voces cultas conservan la postónica: *físico*, *médico, clérigo*, *trípode*, *víspera*, *áncora* (pop. *ancla*), *ánima* (pop. *alma*), *décimo* (pop. *diezmo*), *famélico* (pop. *jamelgo*), *pólipo* (pop. *pulpo*), *ínsula* (pop. *isla*), *rápido* (popular *raudo*).

—Lo mismo que en la sílaba protónica.—1] Ya los autores clásicos latinos decían caldus al lado de calidus, *caldo;* y Plauto usa domnus por dominus, *dueño.* El latín vulgar decía auric(u)la, *oreja;* oc(u)lum, *ojo;* vir(i)dis, *verde;* pos(i)tum, *puesto;* pop(u)lum, *pueblo;* el romance generalizó la pérdida entre cualesquiera consonantes: erĕmun, *yermo;* quindĕcim, *quince;* duodĕcim, *doce;* semĭtam, *senda;* cŭbĭtum, *codo;* episcŏpum, *obispo;* lepŏrem, *liebre;* saeculum, *siglo;* ungulam, *uña.*

2] La postónica interna se conserva algunas veces; el caso más corriente es cuando la pérdida de la final vino á hacer imposible la de la protónica arbor(em), *árbol;* hospĭt(em), *huésped;* ordĭnem, *orden;* circĭn(um), *cércen;* cespĭtem, *césped.* Otro caso notable es cuando se pierde la cons. sonora (§§ 42 y 43) postónica: tepi(d)um, *tibio;* limpi(d)um, *limpio;* suci(d)um, *sucio;* liti(g)at, *lidia.*

VOCAL FINAL

27. a LATINA.—Se conserva siempre: armam, *arma;* dubitas, *dudas;* cantant, *cantan;* amat, *ama.*

28. ĕ, ē ĭ, ī LATINAS.—1] Si en la posición átona inicial y medial hallamos confundidas la ẹ y la ẹ acentuadas, ahora en la final hallamos que también la ī se confundió en el sonido de *e;* tres sonidos diferentes en la sílaba tónica, dos en la átona general, se reducen á uno solo en la final: patrem, *padre;*

d(e)undĕ, *donde;* legĭt, *lee;* Jovĭs, *jueves;* fecī, *hice;* venī, *vine;* dixī, *dije;* illīs, *les.*

2] La *-e* se hace *-i* cuando queda en hiato: re(g)em, *rey;* bo(v)em, *buey;* ho(dj)e, *hoy;* y no sólo en el caso en que la pérdida de la consonante, origen del hiato, sea muy antiguo, sino aun cuando es reciente, por ejemplo amatis, ant. *amades*, mod. *amais*, *cogeis*, etc., [1].

3] La *e* final se pierde siempre tras *t, d, s, c* (= *z*), *r, n, l* y alguna vez tras *ll;* pero nótese que se pierde solamente cuando en latín esta vocal final no lleva consonante después de sí (á no ser la *m* del acusativo que no se pronunciaba ya en latín), por ejemplo: venī, *ven;* pero venit, *viene;* parem (subjuntivo de parare), *pare;* parem (acus. de par), *par;* pares (plural), *pares;* paret (subj.), *pare.* Ejemplos de *d t:* mercedem, *merced;* litem, *lid;* en adjetivo muy usado se perdió la *e* tras *nd*: grandem, *grande*, y antic. *grand*, mod. *gran;* ejemplos de *s:* mensem (§ 47 ₃) *mes;* reverse, (§ 47 ₁), *revés;* tra(ns)verse, *través* (no de transversum, que dió *travieso*); de *c* (= *z*): pacem, *paz;* de *r:* mare, *mar;* de *n:* rationem, *razón;* de *l:* regalem, *real;* tras *ll* se pierde en mille, *mil;* ille, *el;* vallem, *val* (junto á *valle*); pellem, *piel*, pero no en *calle*, *fuelle*, etc.

29. ŏ, ō ŭ, ū LATINAS.—1] Los tres sonidos di-

[1] Son cultas todas las otras voces con *i* final, como *metrópoli*, *Corpuscristi*, *palmacristi*, *diocesi* y *diócesis*, *crisi* y *crisis*, *análisis*, *síntesis*, *génesis*, *raquis*, *pelvis*, *bronquitis.*

ferentes de la sílaba tónica ǫ ọ y u se confunden en la átona en dos *o* y *u*, según vimos en los §§ 20 y 21; ahora en la sílaba final no aparece sino uno solo, *o* [1]: citŏ, *cedo;* lego, *leo;* quando, *cuando;* tempŭs, *tiempo;* vinŭm, *vino;* sensūs (acusat. plur.), *sesos;* fructūs, *frutos.*

2] Rara vez la *o* final se trueca en *e* y esa *e*, cuando le preceden las consonantes dichas en el § 28 ₃, se pierde: colaphum, *golpe;* sīlvatĭcum, *salvaje;* viaticum, *viaje;* ministerium, *menester;* batillum, *badil;* viridiarium, *verjel;* voces cultas angelum, *ángel;* apostolum, *apóstol;* nótense las dobles formas de adjetivos *primero* y *primer*, *prostrero* y *-er*, *tercero* y *-er*, *uno* y *un*, *alguno* y *-un*, *bueno* y *buen*, *malo* y *mal*, *ciento* y *cien*, *santo* y *san;* además los adverbios secundum, ant. *segund*, moderno *según*, y *muy* (§ 47 ₂).

VOCALES EN HIATO

30. Hiato de origen latino.—1] Pocas veces se conservan el hiato contando las dos vocales por dos sílabas: leonem, *león*; creare, *criar*.

2] Predomina la tendencia á destruir el hiato, ora contando las dos vocales por una sílaba: equa, *yegua* (otros ejs. en los §§ 52 ₁, 53 ₁); Joannes, *Juan;* pĭĕtatem, *piedad* (en el siglo XIII aún se pronunciaba *pi-edad*); cereum, *cirio*, etc. (§ 11 ₂); cŏā-gulum, *cuajo;* ora perdiéndose una de las dos vo-

[1] La *u* sólo aparece en voces cultas: *tribu, espíritu, ímpetu, angelus, Nicodemus.*

cales, como ya en latín vulgar d(u)odecim, *doce;* mort(u)um, *muerto*[1]; coactum, *cacho;* corĭācea, *coraza;* corĭandrum, *culantro;* *corĭāmine (derivado de corium, *cuero*), *corambre;* ostream, *ostra.* También se destruye atrayéndose una de las vocales á la sílaba anterior: basium baisum, *beso,* etc.; habui, *hube* (§ 9 ₂ y ₃); muriam, *sal-muera;* etc. (§ 14 ₃); variolam, *viruela,* etc. (§ 17 ₂). Muy importante es también la supresión del hiato por combinarse una de las vocales con la consonante próxima: di-ŭr-nalem se pronunció dior-nale, djornal, *jornal;* *diurnatam, *jornada;* este caso se estudiará al hablar de las consonantes (§ 53 ₃ á ₇).

31. Hiato de origen romance.—Cuando el hiato no es latino, sino que se originó en romance por la pérdida de una consonante, se dan los dos mismos casos.

1] El más raro es el de la conservación de las dos sílabas: legére (por légere), *leer;* credére (por crédere), *creer;* audire, *oir;* ligare, *liar;* crudelem, *cruel.*

2] Lo corriente es que las dos vocales se reduzcan á una sola sílaba: *a)* Si son vocales iguales se funden en una sola, ya á partir de los siglos XIII y XIV: así, videre hacía antiguamente *veer,* pero ya al fin de la Edad Media se decía *ver,* pues el uso frecuente de este verbo impuso la simplificación, mientras el ape-

[1] Las voces cultas conservan más las vocales latinas, si bien pronunciadas como diptongo: *perpetuo, continuo* (junto á *contino*), *inicuo* (ant. *inico*), *espiritual* (ant. *espirital*).

nas usado *proveer* conservó hasta hoy mismo su hiato; por este ejemplo se ve que la reducción depende en gran parte del mayor ó menor empleo de las palabras, que parece como que se desgastan con el uso. En el siglo XIII se decía todavía s e d e r e, *seer*, y se empezaba á decir *ser;* de *i m p e d ĕ s c ĕ r e (incoativo de i m p e d i r e), se decía *empeecer*, y se empezaba á decir *empecer;* de p e d e s se decía *piees*, y también *pies*. —*b*). Claro es que tratándose de vocales iguales la reducción á una sílaba había de ser muy temprana; más tardía es en el caso de vocales desiguales; éstas pasan á formar diptongo. Aun en el siglo XVI se pronunciaba *santi-ago* en cuatro sílabas: S a n c t e J a c o b e (vocativo usado como grito de guerra que en el siglo XIII se pronunciaba *santi Yague*), y *ju-icio*, j u d i c i u m, en tres sílabas, aun en tiempo de Lope de Vega; r e g a l e m se dijo *re-al*, y hoy predomina *real* monosílabo, pero el menos usado l e g a l e m, se pronuncia todavía corrientemente *le-al* [1]. Si para hacer posible el diptongo (que siempre ha de llevar acentuada la vocal más clara), es preciso dislocar el acento etimológico, se disloca: *reína* se hizo *réina*, y *Díos*, *Diós* (véase § 6 $_2$).

[1] En el habla vulgar, desde Asturias á Andalucía y desde Méjico á Buenos Aires la tendencia á formar diptongos con vocales en hiato es más general que en la lengua literaria, y se dice ***pior*** (por ***peor***), ***tiatro*** (por ***teatro***), ***train***, ***cain*** (por ***traen***, ***caen***), ***golpiar*** (por ***golpear***). Se avanza más, suprimiendo una de las dos vocales: Santa Teresa decía ***an*** (por ***aun***), y en Buenos Aires se dice ***ande*** (por ***aonde***, ***adonde***), ***deseso*** (por ***deseoso***), etc.; en Asturias, por ***real*** se dice ***rial*** y ***ral***, etc.

CAPITULO III

LAS CONSONANTES

Si la columna de aire que hace vibrar las cuerdas vocales, en vez de hallar el paso franco á través de la boca, halla una estrechez ó un contacto de los órganos exteriores á la glotis (velo del paladar, lengua, paladar, dientes, labios), entonces en vez de producirse una vocal sola, se producen una vocal y una consonante.

CLASICACIÓN DE LAS CONSONANTES

32. CLASIFICACIÓN POR EL LUGAR DE LA ARTICULACIÓN.—La estrechez ó contacto de los órganos puede efectuarse de cuatro maneras principales:

1] Con los labios, «consonantes LABIALES», como la *p*. Pueden distinguirse para más precisión las «bilabiales» como la *p*, de las «labio-dentales» como la *f;* esta distinción es necesaria para no confundir la *v* que pronuncian los valencianos de la *v* y *b* castellanas.

2] Con los dientes, «consonantes DENTALES» como la *t*. Pueden distinguirse entre otras subclases la que se pronuncia con el ápice ó punta de la lengua contra los dientes, «linguo-dentales ó apical supradental» como la *t*, y las que se producen con la punta de la lengua entre los dientes «interdentales» como nuestra *z*.

3] Con el paladar, «consonantes PALATALES». La *ll* nuestra, con la lengua que choca contra el cielo de

la boca. La *ch* española es un sonido compuesto de una explosiva *t*, seguido de una fricativa *y* sorda; no es, pues, puramente palatal, sino palatal-dental.

4] Con el velo del paladar ó la garganta, «consonantes VELARIAS Ó GUTURALES» como la *k*, con la raíz de la lengua que choca contra el velo movible del paladar (cuando la sigue vocal posterior) ó contra la parte inmediata del paladar óseo (cuando la sigue vocal anterior).

33. CLASIFICACIÓN POR EL MODO DE LA ARTICULACIÓN.—Cada una de estas clases de articulación se puede verificar de diversas maneras:

1] Con expulsión ora repentina, ora prolongada de la columna de aire.—Cuando por la boca y por las narices se impide un momento por completo la salida del aire, entonces se produce una consonante EXPLOSIVA Ó PLOSIVA; el aire, detenido por el contacto de los órganos factores del sonido, se expulsa con una separación repentina de los mismos: por ejemplo, la *p*.—Si en vez de una expulsión repentina de la columna de aire, ésta no deja nunca de hallar paso al exterior, aunque no francamente, sino comprimida con cierto roce, produce entonces una vibración continuada (y no momentánea como la efectuada por la ruptura súbita del contacto de las explosivas), y éstas se llaman consonantes CONTINUAS. Pero así como la explosión no puede ser más que de una clase, la vibración continuada puede producirse por varias maneras: unas veces los órganos factores de la consonante cierran completamente la boca, como para las explosivas, pero el aire busca la salida continua por las narices y se produce una consonante continua

NASAL como la *m;* otras veces los órganos factores, en vez de establecer un contacto perfecto que interrumpa la salida del aire, producen sólo una estrechez ó canal, por el cual sale el aire con cierta fricción, y por esto se llama continua FRICATIVA á la *f* y sus análogas; otras veces los órganos factores de la consonante interrumpen completamente la salida del aire por un sitio, pero lo dejan escapar por otro: así se produce la continua LÍQUIDA que, según dejan escapar el aire por el centro de la lengua adherida al paladar ó por un lado, se llaman centrales como la *r* ó laterales como la *l.*

2] Con vibración de las cuerdas vocales superiores, ó sin ella, tanto las consonantes explosivas como las continuas pueden producirse de dos maneras: ó bien con una aproximación previa de las cuerdas vocales que producen una especie de zumbido ó vibración de parte de la columna de aire que se escapa por las narices y precede á la articulación de la consonante, la cual entonces es SONORA como la *b;* ó bien sin este zumbido previo, y entonces la consonante es SORDA como la *p.* Esta importantísima diferencia se puede apreciar materialmente de varios modos. Como la vibración que precede á las sonoras se produce gracias á parte de aire que se deja escapar por las narices, tapando éstas se estropea la pronunciación de las consonantes sonoras, mientras que no se afecta á la de las sordas; por ejemplo: con las narices bien oprimidas hacia la parte ósea, pronúnciense las dos sílabas *to* y *do:* la primera saldrá limpia; la segunda sólo con grande esfuerzo se podrá pronunciar de una manera artificial y desusa-

da. Pronúnciense ambas sílabas con un contacto muy prolongado de la lengua y velo del paladar *ttto dddo*, y se notará el rumor ó zumbido previo de la sonora *g* tapando los oídos, ó se advertirá una ligera trepidación poniendo la mano sobre la parte central de la cabeza.

34. CLASES DE CONSONANTES LATINAS. — He aquí el cuadro de las consonantes latinas:

	EXPLOSIVAS		CONTINUAS				
			nasales	fricativas		laterales	vibrantes
	sordas	sonoras	sonoras	sordas	sonoras	sonoras	
Labiales...	p	b	m	f	v		
Dentales..	t	d	n	s		l	r
Guturales.	c	g	ṅ	h	j		

Nótese en las explosivas, que la *c* ante vocal anterior *e i* (§ 32 $_4$), y á veces *que*, *qui*, se asibiló en época antigua, pero incierta (unos creen que en tiempo del latín vulgar, antes del fin del siglo III de Cristo, y otros creen que mucho más tarde, hacia el siglo VII ó aun VIII); y centum dejó de pronunciarse kentum para decirse algo así como sentum; la *g* ante *e i* se confundió con la *j*. Respecto de las nasales, la gutural *ṅ* es la que se pronuncia ante explosiva gutural, v. gr., anguis, como en español *anguila*. De las fricativas la *h* era una aspiración faríngea sorda (articulada en lo más hondo de la garganta) y dejó de pronunciarse ya en latín; de modo

que en romance no tiene valor alguno, y no lo tuvo nunca la *h* nuestra cuando es recuerdo ortográfico de la escritura clásica, por ejemplo en *hombre*. La fricativa sonora *j* sonaba, no sólo en jam, jocum, sino en corjum, casjum, por caseum (§ 9$_{2}$).

35. Clases de consonantes españolas.— La pronunciación española no fué, naturalmente, siempre la misma; podemos distinguir dos períodos principales, separados por el siglo XVI; en éste y en principios del XVII se efectuaron importantes cambios que dieron por resultado la pronunciación moderna. He aquí el cuadro de todas las consonantes; en él incluyo entre paréntesis ( ) las consonantes que hoy han desaparecido (*x j h*) ó sólo existen accidentalmente (*b s z*), y entre llaves [ ] las consonantes modernas que no existían antiguamente [*j*]:

	EXPLOSIVAS		CONTINUAS				
			nasales	fricativas		laterales	vibrantes
	sordas	sonoras	sonoras	sordas	sonoras	sonoras	
Labiales. .	p	(b)	m	f	v		
Dentales. .	t	d	n	s ç *escrita hoy* c ó z	(s) (z)	l	r
Palatales. .	ch		ñ	(x)	(j) y	ll	
Guturales.	c	g	ṅ	[j] (h)			

Obsérvese que la diferencia entre *b* y *v* que marca la ortografía apenas existe en la pronunciación:

igual se pronuncian *tuvo* y *tubo;* si alguna diferencia se hace á veces, consiste sólo en el énfasis mayor ó menor: así que en inicial de palabra ó de sílaba solemos pronunciar *b* explosiva, como en *basta, nombre;* pero entre vocales usamos siempre la fricativa *v* y no la explosiva *b*, v. gr., *Córdoba*, *acaba*, que se pronuncian *cordova*, *acava*, con *v* fricativa; pero adviértase que esta fricativa no es labiodental como la pronuncian los valencianos (y algunos castellanos por afectación), sino bilabial, dejando escapar el aire continuo entre los dos labios ligeramente aproximados, sin cerrarse del todo; pues si la oclusión es completa se pronuncia la *b*, que es muy rara en nuestra pronunciación moderna.

Bien se ve en el cuadro precedente que las diferencias esenciales entre los sonidos del español antiguo y el moderno se reducen á las fricativas. La lengua antigua distinguía tres pares de sorda y sonora que la lengua moderna confunde, por haber perdido las sonoras; distinguía además la *b* de la *v*, y hoy se perdió la *b* casi totalmente.

1] La lengua antigua distinguía una *s* sorda (que generalmente escribía doble: *viniesse*, *passar*, ó sencilla tras consonante: *mensage*), de una *s* sonora (que se escribía sencilla: *casa*). El español moderno perdió la *s* sonora, análoga á la *s* sonora del francés, y conservó únicamente la sorda que emplea en todos los casos; entiéndase esto rigurosamente de la *s* intervocálica, pues por excepción hay *s* sonora en castellano moderno cuando va agrupada con otra consonante sonora, como en *sesmo, mismo, desde, sesgo, fisgar, fresno,* y esto por contagio de la consonan-

te inmediata, sin que intervenga la etimología.

2] La lengua antigua distinguía también la pronunciación de la *ç* sorda y de la *z* sonora, cuya pronunciación podría representarse por t^z y d^z: *plaça*, *hazer*. Ambos sonidos se confundieron á partir del siglo XVII en uno solo sordo, perdiéndose el sonoro; por más que la ortografía moderna distingue la *c* y la *z*, las distingue sólo para usar una ante *a o u*, y otra ante *i e*, sin atender nada á la ortografía antigua etimológica, como lo evidencia el hecho de que las dos palabras apuntadas las escribe precisamente al revés de como antes se escribían y pronunciaban: *plaza*, *hacer;* ambas consonantes las pronuncia igualmente, con *z* actual, que probablemente es igual á la *ç* antigua. Es decir que hoy sólo existe un sonido sordo representado ora por *c* ora por *z;* aunque por excepción (como sucede con la *s*) se pronuncia sonoro por contagio de una consonante sonora siguiente: *brizna, haz-lo, portazgo.*

3] La lengua antigua y clásica distinguía la *x* sorda de la *jg* sonora: *dixe* se pronunciaba con sonido diferente que *hijo* ó *coger;* el sonido de la *x* y el de la *j* era respectivamente muy parecido á la *ch* y *gj* francesas de *chambre, jour.* Hoy ambas fricativas han desaparecido y han sido sustituídas por un sonido único, el de la *j* actual, desconocida á la lengua antigua; hoy se pronuncian con igual sonido *dije* que *hijo.*

4] La lengua antigua distinguía una *b* explosiva sonora y una *v* fricativa sonora; la *b* procedía de p latina: recipio, *recibo;* y la *v* de b ó v latinas: amabam, *amava;* caballum, *cavallo;* avem, *ave.* Ha-

cia el siglo XVI se confundieron ambos sonidos, subsistiendo sólo el fricativo *v*, que se escribió ora *v*, ora *b*, para amoldar artificialmente las palabras á la ortografía latina, y entonces se introdujo la costumbre de escribir *amaba* y *caballo* de modo distinto que *ave*. (Véanse adelante los §§ 41_1 y 43_2).

5] La lengua del siglo XV y XVI poseía además una *h* aspirada en *hacer, humo, holgar*, etc., que hoy es completamente muda en la lengua literaria; sólo en dialectos como en el Oriente de Asturias, en Andalucía ó en América, se conserva la aspiración confundida con la *j*, y se pronuncia *jacer*, *jumera, jolgorio, juerga* (por *huelga*), etc. (v. § 38_1).

Por estas diferencias de la pronunciación antigua y moderna se comprenderá cuán arbitrario es, y cuánto daña á los estudios históricos del idioma, el afán de los editores de hoy por reformar la ortografía de los autores antiguos, amoldándola á las últimas reglas académicas; este afán procede de la equivocada creencia de que antiguamente se pronunciaba igual que hoy, y que si se escribía de distinto modo era porque no había ortografía fija, lo cual es muy inexacto hasta el siglo XVI; aun respecto de los autores que vivieron en un período de transición prosódica, como es el siglo XVII, conviene respetar escrupulosamente su ortografía, pues la inseguridad y vacilación que en ella muestran sirve para estudiar los cambios de pronunciación en su lucha por encontrar una ortografía adecuada.

36. IDEA GENERAL DEL DESARROLLO DE LAS CONSONANTES.—Las consonantes, aunque muchas más en número que las vocales, no tienen una his-

toria más complicada que éstas: cada vocal por sí tiene una historia aparte, mientras todas las consonantes explosivas sordas *p, t, k,* se agrupan en una común evolución, lo mismo que las explosivas sonoras *b, d, g*, ó las fricativas, etc. Nótese también que la vida de las consonantes no depende apenas del acento; se puede decir que éste no influye nada, mientras que á las vocales la condición de acentuadas ó no acentuadas les da un doble desarrollo que exige una doble historia. Toda la evolución de las consonantes se determina por su modo de articulación (§ 33), por su condición de simple, doble ó agrupada con otra consonante, y por su posición, ora inicial, ora interior, ora final de palabra.

Las consonantes simples son las que más cambios sufren; las dobles se simplifican, y por lo demás quedan inalterables; las agrupadas tienden á confundirse en su sonido simple.

La posición inicial da á las consonantes una resistencia quizá superior á la de las vocales; la posición interior hace que las consonantes simples pronunciadas con más energía se debiliten, y que las pronunciadas con menos energía estén expuestas á perderse; las consonantes finales latinas desaparecen, de modo que en español no hay más consonantes finales de palabra que las que quedaron después finales por pérdida de una vocal (§ 28 $_3$, 29 $_2$).

CONSONANTES INICIALES

37. LAS CONSONANTES INICIALES SIMPLES SE CONSERVAN EN GENERAL INALTERABLES.—1] Ejem-

plos de la conservación: Explosivas: pectĭnem, *peine;* *pĕdĭcum (por pĕdĭca), *piezgo;* badium, *bayo;* balneum, *baño;* taedam, *tea;* tegŭlam, *teja;* digĭtum, *dedo;* domĭtum, *duendo;* cocturarium, *cochurero;* cognatum, *cuñado;* gallicum, *galgo;* gaudium, *gozo.* Nasales: mutilum, *mocho;* mŏllem, *muelle;* nebula, *niebla;* navigium, *navío.* Fricativas: viridem, *verde;* viaticum, *viaje;* summarium, *somero;* somnum, *sueño;* ciconia, *cigüeña;* circellum, *cercillo* y *zarcillo.* Líquidas: *lactem (nuevo acusativo, por lac), *leche;* lutea, *loza;* radicem, *raíz;* retem (femenino y no rete neutro), *red.*

2] Sólo hay que hacer observaciones respecto de las fricativas, y en primer lugar respecto de las que se conservan:

a) Recuérdese que hoy las iniciales *verde, viaje*, etc., se pronuncian igual que la de *bayo, baño*, etc., pues la distinción entre la *b* y *v* se borró ya en el siglo XVI, conservándose después sólo en la ortografía (§ 35_4); y cuando la etimología no fué recordada se tendió á usar siempre la *b*, por ejemplo: en verrere, *barrer;* *versura, *basura;* vermiculum, *bermejo;* vota (plural de votum), *boda;* «panem votivum,» *bodigo;* vervactum, *barbecho;* etcétera.

b) La *s* alguna vez se muda en *j:* saponem, *jabón;* sucum, *jugo;* sepia, *jibia.* Todas estas palabras se escribieron antes con *x* y proceden de la pronunciación de los moriscos, que toda *s* pronunciaban *x* «xean llevadox todox extox.»—También se muda en *c* (asibilada) ó *z* (moderna): setaceum,

cedazo; serare, *cerrar;* subbullire, *zabullir;* subfundare, *zahondar;* *subsuprare (volver lo de abajo arriba), *zozobrar;* soccum, *zueco;* saburra, *zahorra.* Estas son palabras procedentes de alguna región Andaluza, que cecea toda *s.*

c) Nótese respecto de la *c* asibilada, que antiguamente, en algunas regiones, no debía ser fricativa sencilla, sino probablemente africada, ó sea, mezcla de explosiva y fricativa que no representariamos por un signo simple t^z sino doble *tz* ó *ts;* así que pudo muy bien mudarse entonces en la dento-palatal *ch* (compuesta de la explosiva *t,* más la fricativa *ch* francesa), como vemos en algunos casos: ciccum, *chico;* *cicĕrum (por cicera), *chícharo;* cīmĭcem, *chinche.* Este es un cambio bastante moderno, como lo prueba el que lo sufren palabras semicultas, como cistella, *chistera,* «cesta de pescador» (el popular es *cestilla);* schisma, *cisma, chisme;* y lo sufren además las *c* procedentes de *s*, v. g., *subputeare (derivado de puteus), *zapuzar* y *chapuzar;* soccŭlum, *zoclo* y *choclo;* sub-potare, *chapodar.*

38. Algunas consonantes simples que se han perdido en comienzo de palabra.—También aquí únicamente las fricativas ofrecen materia de observación, como en el § 37 ₂.

1] La *h* no se pronunciaba ya en latín, de modo que en romance no tuvo representación ninguna; en la antigua ortografía, más fonética que la de hoy, se escribía *ombre, onor, eredero,* etc.; luego los escritores eruditos fueron introduciendo el uso de la *h* en estas palabras para imitar la ortografía latina. La *h* que se escribía en el siglo XV representaba un ver-

dadero sonido y se empleaba sólo en vez de una *f* latina, v. gr., *hazer*, facere; *hijo*, filium (v. el número siguiente y § 35 $_5$).

2] La *f* se conservó hasta el siglo XIV y luego empezó á sustituirse por la *h*, que era verdadera aspirada en los siglos XV y XVI; modernamente se escribe todavía, pero ya no tiene sonido ninguno: fabulare, ant. *fablar*, siglo XV *hablar*, mod. *ablar* (escrito con *h* muda); folia, ant. *foja*, mod. *hoja;* follicare (respirar anhelosamente con ruido como de un fuelle) *folgar* (su sentido primitivo «descansar de la fatiga»), *holgar;* factum, *fecho, hecho*. La aspiración del siglo XV se conserva en forma de *j* en algunas partes (v. § 35 $_5$), y la lengua literaria acogió algunas voces de estas regiones como *jamelgo*, de famelicum; *jaca* por *haca; jalear*, derivado de la interjección *hala!; caña-jelga* por *caña-herla*, de canna-ferula. La *f* de la Edad Media se conservó en la lengua literaria sólo ante el diptongo *ue,* y á veces ante el *ie* y en otras circunstancias mal definidas: follem, *fuelle;* fortem, *fuerte;* fontem, *fuente;* focum, *fuego;* ferum, *fiero* (frente á ferrum, *hierro;* fiel, *hiel*); foedum, *feo;* fundum, *fondo* (junto á *hondo*); fidem, *fe*.

3] La *ge gi j* se conserva con el mismo sonido *y* del latín vulgar, sólo ante vocal anterior *(a e i)* y acentuada [1]: jacet, *yace;* gĕnerum, *yerno;* gĕmma, *yema;* gĕlu, *yelo* (escrito por la Academia *hielo*); gўpsum, *yeso;* ante vocal posterior se ve sólo en jugum, *yugo*. Fuera de este caso ante vocal pos-

[1] Son cultos *género* y *gente*.

terior, sea acentuada ó no, la fricativa se ensordeció en *j:* judex, *juez;* jŏcum, *juego;* Jŏvis, *jueves;* justum, *justo;* jurat, *jura;* junium, *junio;* jūlius, *julio;* junctum, *junto;* juvenem, *joven;* juncum, *junco;* judicium, *juicio;* judaeum, *judío.* Ante vocal anterior átona se pierde la fricativa (descártese la *h* que inútilmente introdujo la ortografía moderna en muchos casos): januarium, *enero;* jactare, *echar;* *jajunium (por jejunium), *ayuno;* germanum, ant. *ermano* (mod. con la *h* inútil *hermano*); *genuculos (por geniculum), ant. *inojos* (mod. *hinojos*); genĕstam, *hiniesta;* *jenipĕrum (por juniperum), *enebro;* gelare, ant. *elar* (mod. *helar*); *gemellicium (por gemellus), ant. *emellizo*, mod. *mellizo;* Geloira, *Elvira;* gĭngīva, *encía* [1]; ante vocal posterior se pierde sólo en jungere, *uncir.*

39. Consonantes iniciales agrupadas. — 1] Los grupos compuestos de una consonante seguida de *r* se conservan en general: *praegnare, *preñar;* prātŭm, *prado;* bracchium, *brazo;* bracam, *braga;* tribulum, *trillo;* tructa, *trucha;* draconem, *dragón;* credo, *creo;* crudelem, *cruel* (en el caso de *cr* abundan las excepciones, ora de metátesis, crepare, anticuado *crebar*, moderno

[1] La única excepción popular es *jamás*, jam magis (mientras el simple *ya*, jam, es regular). Son cultos *gentil*, *gigante*, *Jesús*, *giba; jacinto*, hyacinthus; *gemir* (el popular es anticuado *emer*); *gemido* con dislocación del acento, § 6, nota (el popular es anticuado: *yemdo*, en el cual la *y* no representa la *g*, pues se perdió, sino la *i* del diptongo *ie* de gĕmitum).

quebrar; ora de pérdida de la *r*, cremare, anticuado *cremar*, moderno *quemar;* ora de cambio en *gr*, cretam, *greda;* crassum, *graso*); graculum, *grajo;* graecum, *griego*; gregem, *grey;* fraxinum, *fresno;* *frontaria, *frontera*.

2] El grupo de consonante seguida de *l* vacila, y unas veces se conserva como en plangĕre, *plañir;* plateam, *plaza;* plumam, *pluma;* plumbum, *plomo;* blĭtum, *bledo;* blandum, *blando;* claviculam, *clavija;* clamorem, *clamor;* clarum, *claro;* gloriam, *gloria;* floccum, *fleco;* florem, *flor*. Otras veces la consonante inicial se asimila á la siguiente y producen la palatal *ll:* plantam dió *llanta* junto á *planta;* plĭcare dió *llegar* junto á *plegar;* plenum, *lleno;* pluviam, *lluvia;* plantăgĭne, *llantén;* la raíz onomatopéica cloc- dió *llueca* junto á *clueca;* clamare dió *llamar;* clavem, *llave;* clausam, *llosa;* flammam, *llama*. Si la primera consonante es la sonora *g*, aún puede haber un tercer representante con *l* inicial, como de glaream tenemos *glera, llera* y *lera* (que de este último modo se dice en Santander); glandula, *landre;* glandem, antic. *lande*, «bellota»; *glironem (en vez de glirem), *lirón;* glattire, *latir;* y añádase el caso de la sorda *f:* flaccĭdum, *lacio*.

3] A la *s*- líquida, ó sea á la *s* inicial seguida de otra consonante, se le anteponía una *i* ó una *e* ya en el latín vulgar; en las inscripciones se halla escrito istare, ispatium, ispiritum, Estephanus, etc., y por eso en español se dice *estar, espacio, espíritu*, y de scamnum salió *escaño;* scribo, *escribo;*

*smaragdam (por smaragdus), *esmeralda;* speculum, *espejo* [1].

4] El grupo *qu-*, es decir, la gutural *c* seguida de la fricativa labial *v* (que podíamos representar *cw-*), pierde su fricativa, ora en la escritura y pronunciación: quattuordecim, *catorce;* *qualania (derivado de qualis), *calaña;* *quassicare (derivado del participio quassus de quatĕre), *cascar,* ora se pierde en la pronunciación aunque se siga escribiendo la *u* por seguir *e ó i:* quaero, *quiero;* quem, *quien;* quingenti, *quinientos;* quindecim, *quince;* quinionem, *quiñón* [2]. Sólo se exceptúa el caso de quá- quó- acentuados, que éstos conservan la *u:* qualem, *cual;* quattuor, *cuatro;* quadrum, *cuadro;* quando, *cuando;* comp. coagulum, *cuajo;* de quó- no hay más ejemplo que quomodo, que antiguamente fué *cuomo*, luego *cuemo* y también *como*, forma esta última que prevaleció y en la cual quo- se miró como átono, porque las partículas pueden pasar como enclíticas muchas veces; caso igual ofrece quasi, que mirado como tónico dió *cuasi,* y como átono *casi*. Para *cinco* y *cincuenta* v. § 66 $_2$.

[1] En voces cultas *sc-* se hace también *c*, como en sceptrum, *cetro;* scienciam, *ciencia;* schisma, *cisma, chisme* (§ 37 $_{2c}$). Otras veces se antepone la *e*, como en *escena*, *escénico* (anticuado *cena*, *cénico*). También spasmum, *pasmo*, frente á *espasmo*, parece culto.

[2] Son cultas las palabras que conservan la *u*, como qualitatem, *cualidad* (el popular es *calidad*); quadrupedum, *cuadrúpedo;* quaterni, *cuaderno;* questionem, *cuestión; cuodlibeto*, etc.

40. Las explosivas sordas latinas entre vocales se convierten en sonoras [1].—La *p* se hace *b* (que claro es que en la lengua antigua no se pronunciaba fricativa sonora como la *v* (§ 35_4 y comp. § 41): cepullam, *cebolla;* lupum, *lobo;* adripam, *arriba;* apiculam, *abeja;* trīpĕdem, *trébede.* La *t* se debilita en *d:* vitam, *vida;* metum, *miedo;* cretam, *greda;* rotam, *rueda.* La *c* se hace *g:* securum, *seguro;* secat, *siega;* apotecam, *bodega;* cucullam, *cogulla;* ciconiam, *cigüeña;* *vessicam (por vesicam), *vejiga;* focaciam, *hogaza;* lactucam, *lechuga.* No es excepción, como pudiera creerse, el hallar la *ce ci* latinas representadas por la fricativa sorda *c* moderna: dicit, *dice;* facis, *haces;* vicinum, *vecino;* pues antiguamente todo ce ci latino se escribía en español con *z*, que era sonora, y no con *c*, que era sorda: *dize, hazes, vezino;* racemum, *razimo;* placere, *plazer*, y

[1] Son cultas las palabras que conservan las sordas intervocálicas, por ejemplo, la *p: capítulo* (semi-popular *cabildo); epístola, ocupar, insípido;* la *t: cátedra* (popular *cadêra), voto* (anticuado *vodo), votivo* (anticuado *vodivo*, luego *bodigo,* se sobrentiende panem votivum), *rotundo* (pop. *redondo), minuto* (pop. *menudo),* metallum, *metal* (comp. el popular italiano *medaglia,* de donde nuestro *medalla), plátano* (el popular es el nombre de lugar *Pradanos);* la *c: pacato* (pop. *pagado), cicuta, fecundo, sofocar* (comp. el popular *ahogar), delicado* (pop. *delgado);* de sabucum los letrados dijeron *sabuco* y luego *saúco,* mientras el pueblo dijo *sabugo.*

sólo en el siglo XVII se pronunció sorda (v. § 35 $_{2}$). La *c* fricativa se cambia en *ch* menos veces que inicial (§ 37 $_{2c}$), por ejemplo: furnaceus, *hornazo* y *hornacho;* *ciceru'm (por ciceram), *chícharo;* *cappaceum (de cappa), *capazo* y *capacho*.

41. Las explosivas sonoras ó se conservan ó desaparecen.

1] La *b* intervocálica subsiste, pero confundida con la *v* ya en latín vulgar (§ 43 $_{2}$); así en castellano antiguo siempre se escribía *v*, á diferencia de la derivada de *p* que se escribía *b*, v. gr.: superbiam, *sobervia*, con dos clases de *b v* que se confundieron en el siglo XVI-XVII (§ 35 $_{4}$).

2] La *d* se conserva en sudare, *sudar;* nidum, *nido;* nudum, *des-nudo;* pero se pierde en credit, *cree;* foedum, *feo;* pedes, anticuado *piees*, moderno *pies;* videt, anticuado *vee* (comp. *pro-vee*), moderno *ve;* tēdam, *tea;* laudat, *loa;* audire, *oir;* *dis-af-fiduciare (derivado de fīdūcĭa), anticuado *des-a-fiuciar*, moderno *desahuciar;* medullam, *meollo;* limpidum, *limpio;* tepidum, *tibio;* flaccidum, *lacio;* lucidum, *lucio;* roscidus, *rucio*.

3] La *g* se conserva en a(u)gurium, *agüero;* A(u)gustum, *agosto;* legumen, (§ 62 $_{2}$), *legumbre;* plagam, *llaga;* castigare, *castigar;* negare, *negar;* navigare, *navegar;* pero se pierde en rumigare, *rumiar;* ligare, *liar;* litigare, *lidiar;* fumigare, *humear;* legalem, *leal;* regalem, *real*. Sólo van aquí ejemplos de *ga go;* para *ge gi* véase § 43.

42. Las fricativas sordas se hacen sono-

RAS.—1] La *s* permanece siempre, pero debilitada en la sonora *-s-* del castellano antiguo, que luego se ensordeció otra vez (§ 35 ₂): causam, *cosa;* fusum, *huso;* thesaurum, *tesoro;* pausare, *posar*.

2] La *f* se debilita igualmente en la sonora *v* ó *b:* Stephanum, antiguo *Estevan*, ortografiado á la moderna *Esteban;* Christophorum, *Cristóbal;* raphanum, ant. *ravano*, ortogr. moderna *rábano;* cŏphĭnum, *cuévano;* aquĭfŏl(ĭ)um, *acebo;* trĭfŏl(ĭ)um, *trébol*. Sólo cuando la *f* está en voces latinas compuestas, cuyos elementos componentes aprecia ó siente todavía el romance, se trata la *f* como inicial, y, por lo tanto, se pierde (§ 38 ₂): subfumare, *sahumar;* defensa, *dehesa* [1].

3] Para *ce ci*, español ant. *ze zi*, véase § 40.

43. Las fricativas sonoras intervocálicas vacilan de igual modo que las explosivas sonoras.—1] La *j*, así como la *ge gi*, suenan *y:* pagensem, *payés;* legendam, *leyenda;* majorem, *mayor;* *jajunare (por jejunare), *ayunar;* majum, *mayo* [2]; esta *y* se pierde generalmente: nigellum, *niel;* magistrum, antic. *mayestro*, mod. *maestro;* sĭgĭllum, anticuado *seyello*, *seello*, moderno *sello;* sexagĭnta, anticuado *sesaenta*, moderno *sesenta;* rugitum, *ruido;* sagittam, *saeta;* vaginam, *vaina* (§ 6 ₂); pejorem, *peor;* *me-

[1] Ant. también *devesa*. Son cultas *profesar*, *profundo*, *edificio*, *elefante*, *refundir*, *referir*.

[2] La *j* y *g* latinas suenan como *j* castellana sólo en voces cultas como *rugido* (popular *ruido*), *sagitario* (popular *saetero*), *vigilar* (popular *velar*), *magisterio*, *mágico*, *majestad*.

jare (por mejĕre), *mear;* co(g)itare, *cuidar.*

2] La *v* y la *b*, que intervocálica se confundió con la *v* ya en latín vulgar, se conservan como fricativa *v*, aunque se escriba hoy día *b* en muchos casos (§ 35): bibĕre, ortografía antigua *bever,* moderna *beber*, igual que vivĕre, ortografía antigua *bivir* (§ 37 ,), moderna *vivir;* probare, ortogr. ant. *provar,* mod. *probar;* hibernum, *ivierno* é *invierno;* lavare, *lavar;* novam, *nueva;* pavonem, *pavón;* aviŏlum, *abuelo* (ortogr. ant. *avuelo*). Se pierde en sabŭrra, *zahorra*, *sorra;* sabucum, *sabuco, saúco;* tributum, *treudo;* *sub-undare, *sondar;* rĭvum, *río*, y sobre todo en la terminación -īvus, por ejemplo: aestīvum, *estío;* gĭgīvam, *encía,* *lixīvam (por lixiviam), *lejía.*

44. Las nasales y líquidas permanecen.—1] *m:* fumum, *humo;* ramum, *ramo;* 2] *n:* lunam, *luna;* honorem, *honor;* donare, *donar;* bonum, *bueno;* 3] *l:* dolorem, *dolor;* malum, *malo;* pilum, *pelo;* 4] *r:* pariculum, *parejo;* ferum, *fiero;* maurum, *moro.*

Consonantes interiores dobles

45. Las explosivas dobles se hacen simples y luego quedan inalterables.—Labiales: cappam (no capam), *capa;* cippum, *cepo;* *cŭppam, *copa* (pero cūpam, *cuba*); gibbam, *giba;* abbatem, *abad.* Dentales: guttam, *gota;* mittere, *meter;* cattum (no catum, comp. it. gatto), *gato;* *in-addit, anticuado *enade*, moderno

añade. Guturales: buccam, *boca;* peccatum, *pecado;* siccum, *seco;* vaccam, *vaca.*

46. LAS CONTINUAS DOBLES TAMBIÉN SE SIMPLIFICAN, PERO Á VECES CON ALGUNA ALTERACIÓN.—1] Quedan inalterables: la *m:* flammam, *llama;* gemmam, *yema;* *assummare (derivado de summum), *asomar;* la *s:* sessum, *sieso;* grossum, *grueso;* massam, *masa;* passum, *paso;* crassum, *graso* (nótese sólo que en castellano antiguo ésta *s* sorda se escribía *ss* aunque en la pronunciación era un sonido simple, para diferenciarla de la *s* de *casa*, etc., que era sonora, § 35 ₁).

2] La *rr* latina se pronuncia en español distinta de la *r,* pues se pronuncia con una vibración más prolongada: carrum, *carro* (pero carum, *caro*); ferrum, *hierro;* turrem, *torre;* terram, *tierra.*

3] La *ll* y la *nn* se palatalizan en las españolas *ll* y *ñ:* vallem, *valle;* caballum, *caballo;* bellum, *bello;* pullum, *pollo;* medullam, *meollo;* cannam, *caña;* grunnire, *gruñir;* pannum, *paño* [1].

CONSONANTES INTERIORES AGRUPADAS

47. LOS GRUPOS CUYA PRIMERA CONSONANTE ES UNA CONTINUA, SE CONSERVAN INTACTOS CON CIERTAS EXCEPCIONES; la continua permanece como final

[1] En voces cultas se pronuncia *l* ó *ñ* ó *n-n:* illustrem, *ilustre;* collegium, *colegio*, *colega*, *bula* (el popular es *bolla*), *anales* (el popular es *añal*), *inocente*, *innovar*, *connivencia*, *connatural*.

de sílaba, y la consonante siguiente no se altera tampoco como inicial, semejantemente al § 37.

1] Ejemplos de *r* + *consonante:* serpentem, *serpiente;* barbam, *barba;* portam, *puerta;* chordam, *cuerda;* arcum, *arco;* virgam, *verga;* formicam, *hormiga;* tornare, *tornar;* servum, *siervo.* Se exceptúan *rgi*, que dió *rz:* spargĕre, *esparzer*; argilla, *arzilla*, comp. 3, *ng;* y *rs* que se asimiló antiguamente en *ss*, y desde el siglo XVII se escribió *s:* transversum, ant. *traviesso*, mod. *travieso;* ursum, ant. *osso*, mod. *oso;* reversare, *revesar;* *versuram (de versum, participio de verrere), *basura* [1].

2] Ejemplos de *l* + *consonante:* vulpecula, *vulpeja;* albam, *alba;* altum, *alto;* saltum, *salto;* caldum, *caldo;* sulcum, *sulco* (y *surco*); dulcem, *dulce;* algam, *alga;* ulmum, *olmo;* falsum, *falso;* *pulvum (por pulverem), *polvo.* Una excepción importante forma la vocalización de la *l*, que ocurre á veces en circunstancias mal definidas, cuando está precedida de *a* ó *u* y seguida de consonante sorda; ejemplos de *al-* vocalizado en *au-*, y luego en *o:* saltum, *soto*, y demás citados (§ 9 $_3$); altarium, *otero* (§ 17 $_3$); ejemplos de *-ult-* convertido en *-uit-*: vulturem, *buitre*, y luego, cuando *-uit-* está ante vocal, se convirtió en *-uch-* (§ 50 $_1$): multum, anticuado *muito* (ó *muit*, moderno *muy*), y luego *mucho;* pultes, *puches* *ascultat (por auscultat), antiguo *ascucha*, moderno *escucha;* cultellum, *cuchillo.*

[1] Voces cultas: *persona*, *verso* (ant. *viesso*), *curso* (pop. *coso*, ant. *cosso*).

3] Ejemplos de *nasal* + *consonante:* lampădam, *lámpara;* tempus, *tiempo;* ambos, *ambos;* cambiare, *cambiar;* plantam, *llanta;* fundum, *hondo;* mancum, *manco;* longum, *luengo;* invidiam, *envidia;* anserem, *ánsar.* Las excepciones son aquí numerosas, y más populares que la conservación del grupo, respecto de *mb, mn, ng* con *g* fricativa, y *ns.* Hay asimilación en *mb*, que se hace **mm, m,* por ejemplo: lumbum, *lomo;* palumbum, *palomo;* antiguamente se decía con más regularidad *amos, camiar,* etc. Parecida asimilación hay en *mn, *nn, ñ:* domnum, *dueño;* somnum, *sueño;* scamnum, *escaño*[1]. En *ng*, con *g* fricativa, se produjo el mismo resultado que en *nj* (§ 34 y 53_5): plangere, *plañir;* *ringere (por ringi), *reñir*[2]; ó resultó *nz:* jungĕre, *uñir* y *uncir;* *ringĕlla, *renzilla;* gingiva, *encía;* frangĕre, ant. *frañer* y *francer.* En latín vulgar ya *ns* se reducía á *s*, así el derivado popular de pensare es *pesar*, y de sensum, *seso;* mansionem, *meson;* consuere, *coser;* defensam, *dehesa;* ansam, *asa.*

4] Ejemplos de *s* + *consonante:* vespam, *avispa;* despectum, *despecho;* testum, *tiesto;* cristam, *cresta;* muscam, *mosca;* a(u)scultat, *escucha;* floresco, anticuado *floresco*, luego *florezco;* florescis, anticuado *floresces,* moderno *floreces;* baptismum, *bautismo.*

5] Un caso análogo á los cuatro enumerados, es el del diptongo *au* que hace el efecto de una conso-

[1] Son cultas: *columna, solemne, omnipotente.*

[2] Consérvase *nge* y *ngi* en voces cultas, *ángel, longitud,*

nante continua, para impedir el paso á sonora de la sorda siguiente: paucum, *poco;* aucam, *oca;* cautum, *coto;* autumnum, *otoño;* fautum (favorecido, protegido), *hoto;* *saupi (§ 9 3), *sope supe.* Las excepciones son raras: *pobre* no debe provenir de pauperem, sino de la pronunciación *poperem que los gramáticos latinos señalan como rústica antigua, por más que no se haya generalizado si no en plena Edad Media.

48. Las consonantes seguidas de *l* ó *r* sufren igual suerte que si fuesen intervocálicas.—Las explosivas sordas se hacen sonoras (comp. § 40), duplare, *doblar;* aprilem, *abril;* patrem, *padre;* eclesiam (forma que se halla en algunos autores é inscripciones en vez de ecclesiam), *iglesia;* macrum, *magro*[1].—Las explosivas sonoras se conservan ó desaparecen (comp. § 41): oblatam, *oblada;* februarium, *febrero;* quadrum, *cuadro,* frente á quadraginta, *cuarenta;* cathedra, *cadera;* nigrum, *negro,* frente á pigritiam, *pereza;* integrum, *entero.*—Las fricativas sordas se hacen sonoras (comp. § 42 2): africum, *ábrego* (pronúnciase *avrego*).

49. En el grupo de labial seguida de dental se asimila la labial y desaparece después.—Ya en los primeros tiempos del Imperio romano ipse era pronunciado isse, de donde el español antiguo *esse,* moderno *ese;* gypsum, anticuado *yesso,* moderno *yeso;* septem, **siette* (comp. ital. sette),

[1] Voces cultas: *duplicar* (pop. *doblegar*), *petrificar, demacrado, eclesiástico, sacramento* (antic. *sagramiento*).

siete; scripturam (ital. scrittura), *escritura;* aptare, **attar, atar;* captare, *catar;* subtilem, *sutil* [1]. Para *mn* asimilada en *nn* = *ñ*, v. § 47 [3].

50. El grupo de gutural y dental produce un sonido palatal.—1] *-ct-* por intermedio de *-it-* produce la palatal sorda *ch* [2]: factum, aragonés antiguo *feito*, cast. *hecho;* lactem aragonés ant. *leit*, cast. *leche;* tectum, *techo;* coactum (forzado, doblado), *cacho* adjetivo, y *gacho;* lectum, *lecho;* jactare, *echar*.

2] La *-cs-*, ó sea *-x-*, por intermedio de *-is-* dió la palatal sorda del español antiguo *x* (§ 35 [3]), convertida en el español moderno en la gutural sorda *j:* taxum, anticuado *texo*, moderno *tejo* (§ 9 [2]); maxillam, anticuado *mexiella*, moderno *mejilla;* dixisti, *dijiste;* adduxi, *aduje;* exemplum, *ejemplo* [3].

3] La *-gn-* por intermedio de *-in-* se hace *-ñ-* [4]: signa, *seña;* im-pignus, *empeño;* *dis-dignare (por dedignari), *desdeñar*.

51. Grupos de tres consonantes.—1] Se conservan las tres cuando la primera es nasal, líquida ó *s* y la tercera líquida: *incontrat (de cŏntra),

[1] En voces cultas no hay asimilación: *lapso, aceptar, exceptuar, concepto, precepto*.

[2] Son cultas las voces que conservan la *ct: defecto, docto, nocturno, pacto*.

[3] Sólo en voces cultas se pronuncia *-cs-: examen, exento, eximir, exorcismo, exhortar*.

[4] Las voces cultas, ó dieron sólo el primer paso *-in-*, como regnum, *reino*, ó no dieron ninguno, como pugnare, *pugnar* (antic. *puñar*), *signar* (popular *en-señar*), *maligno, magnífico, indigno, insigne;* ó pierden la *g*, como *sino, indino*, que están semi-popularizadas.

encuentra; rastrum, *rastro;* nostrum, *nuestro;* capistrum, *cabestro;* philtrum, *filtro;* inclinare, *inclinar;* implicare, *emplear;* novembrem, *noviembre.*

2] En las otras combinaciones se suele perder la consonante interior del grupo; ya en latín clásico se decía fartum por farctum, *harto;* de punctum, salió *punto;* de cinctum, *cinto;* de campsare («volver, doblar», ital. cansare, «apartar, refugiarse»), *cansar;* de sĕxtam, *siesta;* de mixta, *mesta* (comp. § 61 $_4$).

3] Menos veces se pierde la consonante primera: abscondo, antic. *ascondo*, mod. *escondo;* constare, *costar.*

52. Consonantes seguidas de la semivocal *u.*—1] Para la atracción en habui, *hube,* v. § 9 $_5$; para la pérdida de *u,* v. § 30 $_2$. En el grupo *qu, gu* la explosiva se trata como intervocálica [1], y se conserva la *u* ante *a:* aquam, *agua;* equam, *yegua;* anticuam, *antigua;* linguam, *lengua;* aequalem, *igual.* Excepciones: numquam, *nunca;* *torquatium (por torquatum), *torcazo* y *torcaz.*

2] Ante *o e i* la *u* desaparece en la pronunciación aunque se conserve en la escritura: aliquod, *algo;* *sequo (por sequor), *sigo;* *sequere (por sequi), *seguir;* aquilam, *aguila.*

3] La pérdida de la *u* fué á veces tan antigua, que la *q* seguida de *e i* se portó como si fuese *ce- ci-,*

[1] Son cultas las palabras que no hacen sonora la *q;* por ejemplo: aquilonem, *aquilón* (anticuado *aguilón*); sequacem, *secuaz, locuaz, secuela.*

y se asibiló (§ 34): coq(u)ere, *cocer;* coq(u)ina, *cocina;* laq(u)eum, *lazo;* torquere, *torcer;* *torquealem, *torzal;* torquem, *torce.*

53. Consonantes seguidas de la semivocal *y*.—Las consonantes labiales permanecen en general (números 1 y 2), las dentales se palatalizan ó asibilan (números 3 á 7).

1] Nótese que la *e* en hiato se hacía igualmente *y:* rubeum, *rubio*, etc.; *my*, *by* se conservan: vindemiam, *vendimia;* praemium, *premio;* labium, *labio;* *rabiam (por rabiem), *rabia;* rubeum, *rubio;* caveam, *gavia;* pluviam, *lluvia.* Rara vez se pierde la *b*, como en habeat, *haya;* foveam, *hoya.*

2] *py*, *sy*, *ry* dejan atraer la *y* á la sílaba anterior: sapiat, *sepa*, y otros ejemplos (§§ 9_2, 17_2); augurium, *agüero*, y otros ejemplos (§ 14_3). A veces la *y* se conserva aunque obre en la sílaba anterior: sepiam, *jibia* (§ 11_2), ó se pierde sin que para nada se note su influencia en la vocal precedente: coriaceam, *coraza* (§ 30_2).

3] *dy gy* producen *y* ya en el latín vulgar [1]: radiare, *rayar;* podium, *poyo;* modium, *moyo;* exagium, *ensayo;* esta *y* desaparece tras las vocales análogas, que son las de la serie anterior *e i:* fastidium, *hastío;* perfidiam, *porfía;* sedeam, *sea;* video, *veo;* pulegium (ya en latín pulejum), *poleo;* corrigiam, *correa.* Si á *dy* precede

[1] Se conserva *dy* en medium, *medio* (ant. *meyo*), que debe ser voz culta. Son cultas las demás palabras en que se mantiene *dy*, *gy*, como *repudio* (anticuado *repoyo*), *odio*, *radio*, *remedio*, *homicidio*, *envidia*, *prodigio*, *sufragio*, *refugio*, *prestigio*, *vestigio*.

otra consonante, resulta ^{cons}*z* (como *rgi*, *ngi* dan *rz*, *nz*, § 47 $_1$ y $_3$): hordeolum, *orzuelo;* *virdia, por vir(i)dia, *berza;* verecundiam, *vergüenza;* así que, atendiendo al § 47 $_5$, el resultado regular de gaudium será *gozo.* Merecen notarse algunas palabras importantes en que *dy* se hace *z* al lado de *y*, por ejemplo: badium, además de *bayo* dió *bazo* (color moreno), *radiam (por radius) dió *raya* y *raza* (línea genealógica, rayo de sol, hilaza desigual en una trama, etc.); estas formas con *z* sólo pueden explicarse suponiendo que en el latín vulgar existió la tendencia á duplicar la consonante delante de yod, como existe en el italiano (appio, labbio, prezzo) y al lado de las formas apuntadas, decía también *baddium, *raddiam.

4] *ty* y *cy* se hacen *z:* plateam, *plaza;* puteum, *pozo;* *acutiare (por acuĕre, derivado de acutus), *aguzar;* rationem, *razón;* ericium; *erizo;* coriaceam, *coraza;* setaceum, *cedazo,* calceare, *calzar;* urcea (del neutro urceum), *orza.* La *y* se conserva muchas veces por influencia culta: pretiare, *preciar;* cupiditiam, *codicia;* gratiam, *gracia;* palatium, *palacio;* judicium, *juicio;* Gallaecia, *Galicia.*—Precede á *ty cy* otra consonante: *altiat (de altus), *alza.*

5] *ny* se palataliza en *ñ:* vineam, *viña;* seniorem, *señor;* extraneum, *extraño;* araneam, *araña;* Hispaniam, *España;* *dominiare (derivado

[1] Son cultas las voces que conservan *ny: línea* (popular *liño*), *ingenio* (anticuado *engeño*), *calumnia* (anticuado *caloña*), *idóneo*, etc.

de dominium, en vez de dominare), *domeñar* [1].

6] *ly* se palataliza en la *j* palatal antigua (gutural moderna, § 35 $_3$): virilia, *verija;* meliorem, *mejor;* mulierem, *mujer;* taleŏlam, *tajuela;* paleam, *paja;* folia, *hoja;* milium, *mijo.* Se han introducido posteriormente en el idioma las palabras en que *ly* se palatalizó en *ll:* como mirabilia, *maravilla;* humiliare, *humillar;* muralia, *muralla;* battaliam, *batalla;* victualia, *vitualla;* taleare, *tallar* (frente á *tajar*) [1].

7] Cuando á *ly* precede otra consonante, el resultado palatal no es la *j* sonora antiguamente, si no la sorda *ch;* cochleare, antic. *cuchar,* mod. *cuchara;* amplium, *ancho;* impleamus, *hinchamos* (de donde se sacó luego el infinitivo *henchir).*

GRUPOS INTERIORES ROMANCES

54. Idea general del desarrollo de estos grupos.—Las consonantes que son intervocálicas en latín llegan á agruparse en romance á causa de la pérdida de la vocal protónica interna y postónica interna de que se habla en los §§ 24 $_{1, 2}$, 26 $_1$. Estos grupos, de fecha posterior á los originariamente latinos, se llaman grupos secundarios ó romances, y deben estudiarse aparte por dos razones: una, porque ofrecen más combinaciones de consonantes, agrupando sonidos que nunca se agrupaban en latín clásico,

[1] Las voces cultas conservan *ly:* peculiarem, *peculiar* (popular *pegujal*), *concilio* (popular *concejo*), *consiliario* (popular *consejero*).

como por ejemplo: duod(e)cim, portat(i)cum. La otra razón es porque si bien en muchos casos la suerte de estos grupos es la misma que la de los grupos latinos, otras veces, cuando la pérdida de la vocal es de fecha relativamente tardía, muestran una evolución diferente, efecto de la distinta época en que se desarrollaron; pongamos un ejemplo con las dos palabras poen(i)tēre y vicin(i)tātem: ambas por la pérdida de la protónica interna formaron un grupo *-nt-* romance; pero la primera ó bien sufrió esta pérdida antes que la segunda y en fecha tan antigua, que ad-re-poen'tere se dijo *arrepentir*, conservando el grupo *-nt-* intacto como si fuese latino, como el de centum, *ciento* (que, según el § 47 $_3$, permanece) ó bien por influencia de la pronunciación culta llegó á ese resultado de mantener la sorda (la primera suposición es quizá la cierta); en cambio vicinitatem conservó su *i* protónica más tiempo, hasta después que se cumplió la ley enunciada en el § 40, del debilitamiento en sonora de la sorda intervólica, de modo que se hubo de decir *vecinidad y luego *vecindad*. Según esto, hablando con todo rigor, debiéramos decir que en poenitere se da un grupo *nt* romance; pero en vicinitatem el grupo romance es *nd;* sin embargo, no se suele hacer esta distinción, y bastará hacerla aquí en esta advertencia una vez para siempre. El caso de pérdida antigua como en repoen(i)tēre, es el más raro; lo general es que la vocal protónica y postónica se hayan perdido después del debilitamiento de la consonante sorda intervocálica; triticum se encuentra en documento del siglo XII escri-

to *tridigo*, luego se dijo **tridgo*, y por fin *trigo;* gallicum se halla escrito *galigo* en el siglo XI, luego *galgo*. La fecha tardía de estos grupos hizo que se desarrollaran de manera diferente que los grupos de origen latino, conservando cada uno de sus elementos su individualidad por más tiempo, ya que al período en que se agruparon precedió otro período en que vivieron como intervocálicos; notemos aquí las diferencias que se observan en el desarrollo de los grupos romances que hemos hallado también como grupos latinos (§§ 47-50).

1] Los grupos cuya primera consonante es una continua se conservan intactos cuando son latinos (§ 47); pero cuando son romances no sucede lo mismo, y lo general es que la explosiva sorda se haga sonora como intervocálica: veritatem, *verdad* (§ 55$_1$). El caso de *arrepentir*, en que la sorda permanece, es la excepción. Obsérvese también que *mn* latino da *ñ:* damnum, *daño* (§ 47$_3$); mientras si es romance intercala una consonante, según diremos en el § 59: *nomine (por el neutro nomen, § 62$_2$), *nombre*.

2] Las consonantes seguidas de *r*, ya que cuando están en grupo latino se portan como intervocálicas, no pueden tener tratamiento distinto cuando están en grupo romance; igual desarrollo ofrece capra, *cabra*, que aperire, *abrir*. En cambio, el grupo de consonante seguida de *l* es de resultado muy distinto cuando es latino (§ 48) que cuando es romance (§ 57).

3] La labial seguida de dental cuando está en grupo latino se asimila; pero en grupo romance conserva la labial su individualidad; compárese sep-

tum, en que las dos sordas agrupadas (como una sorda doble, § 45) produjeron un sonido simple y sordo, **setto, seto,* con capitalem, en que la *p* y la *t* evolucionaron primero como intervocálica **cabidal,* y después de la pérdida de la vocal postónica evolucionan como agrupadas: *cabdal* (anticuado), *caudal,* vocalizándose la *b.* También aquí hallamos algún caso, pero mucho más raro todavía que los análogos á *arrepentir*, en que la pérdida de la vocal intermedia es muy antigua ó influída por la pronunciación culta, de modo que se impidió el paso de las sordas á sonoras; apenas se puede citar más que reputare, anticuado *reptar*, moderno *retar* y no **rendar* ó **redar*, como era de presumir; por el empleo jurídico de esta palabra, más debe achacarse su sorda á influencia culta.

4] El grupo de gutural y dental cuando es latino produce una palatal, *ch* ó *j* ó *ñ* (§ 50); pero cuando es romance prevalece la articulación dental, como por ejemplo: placitum, *plazo;* plantagine, *llantén.*

Notada esta diferencia, adviértase que como las combinaciones romances de consonantes son muchas más que las latinas, y ponen en contacto consonantes muy difíciles de pronunciar, ocasionan por esto cambios muy variados; adviértanse especialmente los cuatro principales que sufren las consonantes continuas:

a) La *l* y *r* se truecan á menudo: ulicem, *urce;* pallidum, *pardo;* robure, *roble;* corӯtum, **golde, goldre.*

b) La *l* y *n* se truecan muchas veces: ilicinam, *encina;* rotulare, *rondar* (§ 57_3), animam, *alma;* inguen, *ingle.*

c) La *n* se puede hacer *r:* sanguinem, ant. *sangne*, mod. *sangre;* hominem, ant. *omne*, mod. *hombre* (§§ 59 y 61 $_1$).

d) La nasal se hace labial, dental ó palatal, según la consonante que la sigue: semitam, anticuado *semda*, moderno *senda;* conchulam, *concha*, que se pronuncia *coñcha*.

e) También para facilitar el contacto de las consonantes se emplean frecuentemente sonidos de transición que se intercalan entre una y otra: memorare, *mem-b-rar* (v. § 59).

Hechas estas advertencias preliminares, deben enumerarse ahora todas las combinaciones romances de consonantes.

55. En el grupo romance, cuya primera consonante es continua, se desarrolla la segunda consonante como intervocálica.—1] Si la continua va seguida de explosiva sorda, ésta se hace sonora: bonitatem, *bondad;* limitem, anticuado *limde* y *lim-b-de* (§ 54 $_e$ y $_d$), moderno *linde;* comitem, *conde;* domĭtum, *duendo* y *duende;* amites (plural de ames), anticuado *andes*, moderno *andas;* sancte-Emeteri; **Santemder*, *Santander;* manicam, *manga;* tunicam, *tonga;* comunicare, *comulgar* (§ 54 $_b$); *pulicam (por pulicem), *pulga;* famelicum, *jamelgo;* soricem, anticuado *sorze*, con *z* sonora (comp. § 40), moderno *sorce;* nótese que la continua puede vocalizarse ó desaparecer: salicem, anticuado *salze* y *sauze*, moderno *sauce;* calicem, anticuado *calze*, moderno *cauce;* *lemicaneam (derivado de lema, esto es, sordes lemicanea), **lengaña* y *le-*

gaña. Son escasos los ejemplos en que la pérdida de la vocal intermedia ocurrió antes del debilitamiento de la sorda en sonora ó en que la influencia literaria impidió este debilitamiento (§ 54), como en polypum, *pulpo;* colaphum, *golpe;* *solŭtum (por solūtum), *suelto;* *volŭtum (por volūtum), *vuelto;* solitarium, *soltero;* *as-sessitare (derivado de assessus, de assideo), *asestar;* *quassicare (derivado de quassus), *cascar*.

2] Si la continua va seguida de explosiva sonora, ésta permanece: solidare, *soldar;* laridum ó lardum, *lardo*.

3] Continua seguida de continua, permanece: eremum, *yermo;* asinum, *asno;* eleemosynam, *limosna*. En cimicem hemos de suponer primitivamente **cince*, que luego se pronunció *chinche* (§ 37 $_c$).

56. Las consonantes seguidas de *r*, claro es que se desarrollarán como intervocálicas (comp. § 48).—1] Las explosivas sordas seguidas de *r* se hacen sonoras: recuperare, *recobrar;* piperem, *pebre;* lateralem, *ladral* y luego *adral;* iterare, *edrar*.

2] Las explosivas sonoras se conservan: roboretum, *robredo;* liberare, *librar;* hederam, *hiedra*.

3] Las fricativas sordas se hacen sonoras: acerem, *azre*, con *z* sonora antiguamente (§ 35 $_2$); siceram, anticuado **sizra* y *cizra*, moderno *sidra;* biferam (esto es, ficus bifera), anticuado *bevra*, moderno *breva*, con el mismo cambio de *f* en *v* que hallamos en el § 48 fin y 42 $_2$.

4] Las dobles permanecen después de simplificadas: litteram, *letra;* quattuor, *cuatro* (no de quatuor, que daría **cuadro*).

57. Las consonantes seguidas de *l* producen á veces un sonido palatal.—1] Labiales: la *p'l* da *ch* en capula, *cachas;* pero permanece en populum, *pueblo;* capulum, *cable;* copulam, *copla*. La *b'l* produce *ll* en tribulum, *trillo;* insubulum, *enjullo;* pero permanece en la mayoría de los casos: nebulam, *niebla;* nubilum, *nublo;* tabulatum, *tablado;* stabulum, *establo*.

2] Guturales: *c'l* da *j* siempre: oculum, *ojo;* *genuculos (por geniculos), *hinojos;* *fenuculum (por feniculum), *hinojo;* vermiculum, *bermejo;* novaculam, *navaja;* sólo en voces tardías se conserva *c'l* como *gl:* saeculum, *siglo;* miraculum, anticuado *miraglo*, moderno *milagro;* periculum, ant. *periglo*, moderno *peligro;* jocularem, *juglar*. Igual sonido *j* produce *g'l:* tegulam, *teja;* coagulum, *cuajo* [1].

3] Dentales: tanto *t'l* como *d'l* trasponen sus dos elementos, trocándose en *ld:* capĭtulum, *cabildo;* tĭtulum, *tilde;* rŏtulum, *rolde;* *anethulum (por anethum), *aneldo, eneldo;* spatulam, *espalda;* foliatilem (esto es: panis foliatilis), anticuado *hojalde*, moderno *hojaldre;* mŏdulum, *molde*. Pero nótese que todas estas voces son algo tardías y semicultas á juzgar por su vocal acentuada (§§ 11, nota, y 13, nota). Una pérdida

[1] Se conserva en las voces tardías ó semicultas: regulam, *regla*.

más antigua de la vocal intermedia revelan vetulum, vetlu, veclu, *viejo;* mitulum, *al-meja;* escam mutilare (tomando esca en el sentido de cebo del fuego, yesca, desperdicios de los árboles), *encamujar.*

58. EXPLOSIVA SEGUIDA DE NASAL.—Aparte de decimum, *diezmo;* rĭcinum, *rezno;* duracinum, *durazno;* epithema, *bizma,* nótese que *t'n* invierte sus términos lo mismo que *t'l:* catenatum, *candado;* serotinum, *serondo;* *rĕtĭnam (de retinēre), *rienda.*

59. LOS GRUPOS DE NASALES Y LÍQUIDAS AÑADEN CASI SIEMPRE UNA CONSONANTE EXPLOSIVA INTERMEDIA, pues ambas consonantes continuas son difíciles de pronunciar seguidas, sin la interrupción de una explosiva.

1] *m'n:* la nasal labial *m* desarrolla una explosiva labial para facilitar la unión con la siguiente, y la *n* se hace *r* (§ 54 $_b$): hominem, *hombre;* feminam, *hembra;* *famĭnem (sardo *famini,* por famen), *hambre;* *columinare (divisar á lo lejos desde una altura ó columen), *columbrar;* seminare, *sembrar;* luminaria, *lumbrera.*

2] *m'r* da igual resultado: humerum, *hombro;* cucumerem, *cohombro;* memorare, *membrar.*

3] *m'l:* la *m* desarrolla aquí también una *b:* tremulare, *temblar;* pero también hay la inversión de ambas consonantes continuas: cumulum, *colmo.*

4] *n'r:* la nasal dental desarrolla una explosiva dental: ingenerare, *engendrar;* cinerem, *cendra, acendrar;* pero también se produce la inversión: *cineratam (de cinis), *cernada* junto á *cendra-*

da; generum, *yerno;* Veneris, *viernes;* tenerum, *tierno.* Aún hay una tercera solución: se conserva *nr* haciendo fuerte la *r:* honorare, *honrar.*

5] *n'm* cambia su *n* en *r* ó *l* (§ 54 $_b$ y $_c$): minimare, *mermar;* animam, *alma.*

6] *l'r:* colorare, *corlar.*

60. GRUPOS DE EXPLOSIVAS.—La segunda tiene más resistencia y sufre menos cambios que la primera, limitándose su evolución á convertirse en sonora la explosiva sorda.

1] Grupos de labial y dental: *p't*, *b't* y *v't* se reducen en español antiguo á *bd*, y en moderno á *ud* ó *d:* capitellum (en igual sentido que nuestro «cabecilla»), anticuado *cabdiello*, moderno *caudillo;* capitalem, ant. *cabdal*, mod. *caudal;* debitam, ant. *debda*, mod. *deuda;* bibitum, ant. *bebdo*, *béudo*, *béodo* y mod. *beódo* (§ 6 $_2$); civitatem, ant. *cibdad*, mod. *ciudad.* El antiguo *b' d* después de una vocal posterior, no produjo en el habla moderna *ud*, sino *d* por disimilación (§ 66 $_3$): *cupiditiam (por cupiditas), ant. *cobdicia*, mod. *codicia;* cubitum, ant. *cobdo*, mod. *codo.* Para *retar*, v. § 54 $_3$.—Al resultado *ud* se llega también cuando la segunda consonante es sonora, como lapidem, *laude;* rapidum, *raudo* [1].

2] Grupos de gutural y dental: *c't* produjo *zd* y luego *z:* así placitum dió en español antiguo *plazdo* y luego *plazo*, § 67 $_2$, como recitare dió *rezar.* El grupo *g't* dió *yt* y *t*, por ejemplo: *plagitum (forma vulgar, en vez de placitum), *pleito;* caso

[1] Las voces cultas no forman grupo de consonantes y conservan éstas intactas *hábito*, *súbito*, *rápido*, etc.

análogo ofrece el grupo *dy't* en medietatem, anticuado *meytad*, moderno *mitad*.

3] En grupos de dental y gutural la primera se hace continua ó desaparece, y la segunda permanece explosiva, pero convertida en sonora la sorda. Ejemplos de *t'c*, *d'c:* la dental se convierte en la continua *z* y rara vez en la continua *l:* portaticum, antic. *portadgo*, mod. *portazgo;* pedicum (por pedicam), *piezgo;* judicare, *juzgar*[1]; son más raros y de origen leonés (en este dialecto se dice *portalgo*, *mayoralgo*, *julgar*, etc.) los casos de conversión de la primera en *l*, como en *naticam (por natem), *nalga;* medicam (herba medica), *mielga;* piérdese la primera en triticum, **tridgo*, *trigo*. Ejemplos de *d'c^e:* duodecim, ant. *dodze*, *doze*, mod. *doce;* tredecim, *trece*.

61. Grupos de tres ó más consonantes.—1] Se conservan las tres cuando la primera es nasal, líquida ó *s*, y la tercera *r* ó *l:* temporanum, *temprano;* *comperare (por comparare), *comprar;* con trueque de la liquida tercera: glandula, *landre*. Las dos continuas primera y última pueden sufrir cambios: ancora, *ancla* (§ 54 $_b$); vulturem, *buitre;* alterum, **autro* (§ 9 $_3$), *otro*. A éstos se asimilan los que, aunque tienen nasal la última consonante del grupo, la truecan en *r* ó *l* (§ 54 $_{b\ c}$): san-

[1] Compárese, para esa conversión en continua, el ya citado *plazdo*, **pladzo* (con la *d* fricativa final de sílaba, § 63 nota) **plazzo* y *plazo*, y caso más semejante: gothicum, *gozque*, voz que no cito en el texto porque parece exótica por no convertir en sonora la sorda segunda; la enteramente popular sería * *gozgue*.

guinem, *sangre;* *lendinem (por lens, lendem), *liendre;* inguen, § 62 $_2$, *ingle.*

2] *c'l, g'l* precedidas de consonante producen un sonido palatal sordo, y no sonoro como antiguamente sucedía en el caso comprendido en el § 57 $_2$: circulum, **cercho, cercha;* cicerculam, *cicercha;* trunculum, *troncho;* *manculam (§ 68, por maculam), *mancha;* conchulam, *concha;* cingulum, *cincho;* la primera consonante del grupo puede desaparecer: sarculum, *sacho;* marculum (martillo ó martulum), *macho;* masculum, *macho;* calculum, *cacho* sustantivo. Excepción importante es misculare, *mezclar*, por influencia culta.

3] En la generalidad de los otros casos se conservan sólo la consonante primera y última: vindicare, *vengar;* episcopum, *obispo;* masticare, *mascar;* computa, *cuenta;* archipresbyter, *arcipreste;* simplicellum, *sencillo;* undecim, *once;* quattuordecim, *catorce;* panticem, *panza.* La última consonante puede alterarse, v. gr.: en corticem, que en vez de **corce* ó *corzo* dió *corcho*, convirtiendo en *ch* su *z* (§ 40 fin y 37 $_{2\ c}$). La primera consonante se altera en domnicella, *doncella* (§ 54 $_d$); antenatum, antic. *annado*, luego *alnado* (§ 54 $_b$). Se funden la consonante primera y tercera: acceptorem, antic. *aztor* § 67 $_1$, luego *azor*, como las palabras citadas en el § 60 $_1$.

4] Se pierde la consonante primera en ciertas combinaciones; cuando la primera y segunda son *ct* ó *cs*, la *c* se vocaliza en *i:* pectinare, **pecnar*, *peinar*, y esa *i* se pierde, influyendo ó no en la vocal anterior: pectorale, *petral;* *lectorilem (de

lector) dió *letril* y luego **latril* y *atril;* *benefactoriam, *behetría;* fraxinum, *fresno.* Otros grupos en que también se pierde la primera consonante: culmen (§ 62 $_2$, 54 $_c$), *cumbre;* pignora dió **penra*, anticuado *pendra* (§ 54 $_e$), luego *prenda;* septimanam, ant. *sedmana*, mod. *semana.* Claro es que insulam habrá de dar *isla* por la antigua reducción de *ns* á *s* (§ 47 $_2$).

CONSONANTES FINALES

Distínganse siempre las que son finales en latín de las que lo son en romance: así en sudorem la final latina es *m*, mientras la final romance es *r* por la pérdida de la *m* (§ 62 $_1$) y de la *e* (§ 28 $_2$).

62. Las consonantes finales del latín se pierden en castellano, salvo la *s* y la *l* que se conservan, y la *r* que pasa á ser interior.—He aquí los pormenores de esta ley general:

1] Labiales: la *m* final latina se perdía ya en la pronunciación de Plauto: quindecim dió en romance *quince;* caballum dió *caballo;* novem, *nueve* [1]. Sólo se pronunciaba en los monosílabos, y aun se sigue pronunciando en español: quem, *quien,* y por causa de éste: aliquĕm, *alguién;* cum, *con;* tam, *tan;* quam, *cuan;* excepción jam, *ya.*

2] Dentales: ejemplos de *t* perdida: caput, *cabo;* aut, *ó;* amat, *ama;* sunt, *son.* Ejemplos de *d* perdida: ad, *á;* aliquod, *algo.* Ejemplos de *n:* se pierde en non, ant. *non*, mod. *no*, se conserva en

[1] Voces cultas: *Adán*, *Jerusalén*, etc.

in, *en*, y pasa al interior de la palabra convertida en *r* en los neutros nomen, *nombre;* lumen, *lumbre* (§ 54 $_c$). La *r* pasa á interior: inter, *entre;* semper, *siempre;* quattuor, *cuatro;* sartor, *sastre;* piper, *pebre.* La *l* se conserva en los neutros fel, *hiel;* mel, *miel.* La *s* se conserva: minus, *menos;* Deus, *Dios;* ambos, *ambos;* venis, *vienes;* sex, secs, *seis.*

3] Guturales: ejemplos de *c* perdida: ad-illac, *allá;* nec, *ni;* sic, *si;* dic (imperativo), *di* [1].

63. CONSONANTES FINALES ROMANCES.—Quedan finales en romance las letras latinas *t*, *d*, *s*, *c* (= *z*), *r*, *n*, *l* y alguna vez *ll*, por pérdida obligada de la *e* tras ellas, según el § 28 $_2$, y á veces por la pérdida eventual de la *o*, según el § 29 $_2$. Estas consonantes al quedar finales sufren alguna mudanza para su más fácil pronunciación; nótese, sobre todo, que cuando queda algún grupo final se simplifica perdiendo una de las consonantes, pues el español moderno no tolera grupos finales.

1] *t* y *d* se confunden en *d* [2]: caritatem, *caridad;* mercedem, *merced;* pero la *d* latina se pierde en los monosílabos: pedem, anticuado *pied*, moderno *pie;* fidem, anticuado *fed*, moderno *fe.* Si *nd* y más rara vez *nt* quedan excepcionalmente finales, se hacen *n: grande*, ant. *grand*, mod. *gran;* ant. *segund*, mod. *según;* ant. *sant*, mod. *san.*

[1] En voces cultas se conserva la *c: Isaac, Abimelec.*

[2] Nuestra *d* final es una fricativa para los asturianos, montañeses, leoneses, castellanos viejos, que pronuncian *virtuz*, *soledaz*; en Castilla la Nueva, Andalucía y América, se borró la final, y se dice *re* por *red*, *usté* por *usted*, etc.

2] A la *s* se equipara la *rs* y *ns* (§ 47 $_4$ y $_3$) y la *ss:* mensem, *mes;* burgensem, *burgués;* messem, *miés.*

3] *ce*, *ci* y *ty* dan *z* final: pacem, *paz;* solacium, *solaz;* pretium, *prez;* la lengua antigua no toleraba la sorda *z* final. También queda final *sc*, aunque con antigua vacilación: piscem, *pece* en el Diccionario de Nebrija, *pez*, y lo mismo ocurre con *lc* vocalizando ó perdiendo su *l:* calcem, *coce* en Nebrija, *coz;* falcem, *hoce* en Nebrija, *hoz;* salicem, *saz*, junto á *salce;* calicem, *caz*, junto al anticuado *calze.*

4] *r:* amare, *amar*. Se muda en *l* (§§ 54 $_a$ y 66 $_2$): arborem, *árbol;* carcerem, *cárcel;* viridiarium, *verjel.*

5] *n:* fuliginem, *hollín;* sartaginem, *sartén;* panem, *pan.*

6] *l:* salem, *sal;* fidelem, *fiel.* También *ll* en pellem, *piel;* vallem, *val;* batillum, *badil;* mille, *mil.*

CAPITULO IV

FENÓMENOS ESPECIALES QUE INFLUYEN EN LA EVOLUCIÓN FONÉTICA

64. Hemos visto en el capítulo II el desarrollo de las vocales y en el III el de las consonantes, considerando cada sonido como cosa aparte y aislada, que evoluciona y se transforma de un sonido latino en otro correspondiente castellano. Pero la regularidad de esta evolución se ve turbada no pocas veces, pues los sonidos no viven así aislados como los hemos estudiado, sino formando palabras; y al tener que pronunciarse juntos varios de esos sonidos cuyo desarrollo individual hemos visto, no puede menos de suceder que unos influyan sobre otros, pues la lengua, al ponerlos en contacto, procura allanar las dificultades de pronunciación, que á veces resultan de la proximidad, y así se producen varios fenómenos, hijos de la «influencia de un sonido sobre otro» (§ 65 á 68). Pero, además, la palabra no es sólo un producto acústico de la garganta y de la boca, sino que representa ideas, y no es extraño que la idea influya sobre los sonidos, pues el que habla procura á veces asemejar por su forma aquellas palabras que tienen alguna semejanza en su significación, y así se producen varios fenómenos que obedecen á la «influencia de unas palabras sobre otras» (§ 69 á 72).

INFLUENCIA DE SONIDOS VECINOS

65. ASIMILACIÓN. — Dos sonidos próximos en una palabra pueden tener bastante semejanza entre sí para que la lengua no los distinga sin trabajo, y por lo tanto tienda á igualarlos más; entonces se produce la asimilación, que es, por lo general, una confusión entre dos sonidos semejantes; sin embargo, se da á veces la asimilación sin esta semejanza previa.

1] Ejemplos de asimilación de vocales: el latín dīrectum debiera haber dado en castellano **direcho* (§ 19); pero la vocal acentuada influyó sobre la inicial para producir *derecho*. De *sŭbmĕrgūlio (derivado de submergo, y con el sentido de mergŭlus) debiera salir **somergujo;* pero se asimiló la vocal protónica á la inicial y se dijo *somorgujo*, influyendo además para este cambio el que la vocal acentuada pertenece también á la serie posterior, y hallándose la *e* entre dos posteriores, se cambia en posterior. Un caso frecuente es la asimilación de una *e* protónica á una *yod* siguiente, como *prisión* de prehensionem, *simiente* de sēmĕntem, *hirviente* por *ferviente* y demás casos del § 18 $_2$.

2] Ejemplos de asimilación de consonantes: en latín vulgar, en vez de pituita, asimilándose la semivocal *w* á la explosiva *p* inicial, se dijo pitpita ó *pippita, de donde proviene *pepita*. El mismo *somorgujo* citado, á propósito de la asimilación de vocales, se dijo después *somormujo*, asimilando las consonantes *m...g*.

66. Disimilación.—Se produce para suprimir la incómoda semejanza entre dos sonidos de una palabra. Es de varias clases.

1] Disimilación de vocales: ya en latín vulgar, probablemente por disimilación de las dos ī de vīcīnus, se pronunciaba vecīnus, de donde el español *vecino* según el § 18 $_1$ y no según el 19. Otro fenómeno de disimilación, muy importante por tener carácter de regla general, ocurría en latín vulgar con el diptongo *au*, que perdía su *u* cuando en la sílaba siguiente había otra *u*, y por Augustus se decía Agustus, de donde *agosto;* y por auscultat se decía ascultat, de donde antic. *ascucha*, mod. *escucha* (§ 17 $_4$); por augurium se decía agurium, de donde *aguero*. Otras veces la disimilación no es tan antigua, sino de origen romance; por ejemplo: en el caso del derivado de fībella (forma vulgar, con diferente sufijo que fībŭla), que dió en castellano antiguo *fibiella;* pero al reducirse el sufijo -iello á -illo (§ 10 $_2$), en vez de **hibilla* se dijo *hebilla*. En los verbos esta disimilación es abundantísima; baste sólo el ejemplo de dīcere, que como dīco es *digo*, debiera ser en el infinitivo *dicer,* ó pasándolo á la conjugación en *ir*, cambio muy frecuente, debiera ser *dicir;* pero las dos *i* seguidas trajeron la forma *decir*, y lo mismo sucedió en las otras formas en que la vocal acentuada era *i*, como dice(b)am, antic. *dicia* (con *i* tónica por estar la *e* latina en hiato, comp. § 10 $_2$), moderno *decía*.

2] Ejemplos de disimilación de consonantes: comparando los derivados romances de quinque y quinquaginta con los de quindecim y quin-

gentos, se deduce que el latín vulgar en los dos primeros casos esquivaba la repetición de los dos sonidos *qu* próximos, convirtiendo el primero en *c*, y decía *cinque*, de donde *cinco*, y cinquaginta, de donde antic. *cinquaenta*, mod. *cincuenta;* mientras en los otros dos derivados de igual raíz mantuvo la *qu* inicial, por no haber causa de disimilación, y se derivó *quince* y *quinientos*. La disimilación ocurre principalmente entre las consonantes continuas, sobre todo nasales y líquidas; nuestro nombre nacional era en latín clásico hispani ó hispanici; pero en latín vulgar había tomado el sufijo -one (que se usa para designar razas, como bretón, borgoñón, sajón, frisón, valón, lapón, sufijo que hallamos en el clásico asturco -onis, junto á astur -ŭris, brito, burgundio), y de *hispanionem se decía en la lengua antigua *españón;* luego, disimilando las dos nasales, se llegó á *español* con la terminación *-ol*, que no se usa para designar naciones. Recuérdense, además: robur, *roble* por *robre;* carcerem, *cárcel;* marmorem, *mármol* (§§ 63 $_4$ y 54 $_{abc}$).

3] La disimilación puede llevar no sólo al cambio de un sonido, sino á su eliminación. Esta puede ser de dos clases: eliminación disimiladora de una letra, como por ejemplo: aratrum, antic. *aradro*, mod. *arado;* *tremulare (de tremulus), **tremblar, temblar;* ex-conspuo, **escuspo, escupo;* confratria disimiló de dos maneras, ora anticuado *confadria*, ora moderno *cofradía*. Hay también eliminación de una sílaba entera (en latín *veneficus* por **veneni-ficus; nutrix*, por **nutri-trix*, etc.), como en met-ipsissimus, que fué en vulgar *met-ipsi-

mus, de donde antic. *meismo,* mod. *mismo;* á igual razón se debe *contendor* por *contendedor* y los anticuados *entendor* por *entendedor, aprendor* por *aprendedor.*

67. METÁTESIS ó cambio de lugar de los sonidos dentro de la palabra. Puede ser de dos clases:

1] Metátesis recíproca ó retrueque de dos sonidos semejantes que se hallan en sílabas vecinas: acaece entre las consonantes nasales y líquidas, como en parabolam, antic. *parabla,* mod. *palabra;* periculum, antic. *periglo,* mod. *peligro;* miraculum, antic. *miraglo*, mod. *milagro;* calcanearem, *calcañar* y *carcañal;* el latín vulgar usaba al lado de anhelĭtum, que dió *aneldo*, otra forma: *alenĭtum, de donde *aliento.* La metátesis entre otras consonantes es rara: faciem ferire, antic. *facerir, hacerir,* y después *zaherir.*

2] Metátesis sencilla: una nasal ó líquida sola puede también cambiar de lugar en la palabra en virtud de la inconsistencia movediza de esas consonantes, ó de la dificultad que causa su contacto con otra letra vecina. La *r* es la más insegura: *torculare, (por torcŭlar) hubiera dado **torchal,* § 61 $_2$, pero *troculare dió *trujal;* *ex-troculo (por extorqueo), dió *estrujo;* pectorale, dió *petral* y *pretal,* como *pectorinam, *pretina,* y *ap-pectorare (estrechar contra el pecho) dió *apretar*, y praesepem, *pesebre;* crepare, antic. *crebar,* mod. *quebrar;* extonĭtrum, *estruendo;* integrare, *entregar;* biferam, antic. *bevra,* mod. *breva,* y acerem, *azre* y *arce;* para *yerno*, etc., v. § 59 $_4$. Para la metátesis de *l* en *aneldo, cabildo, espalda,* v. §§ 58 $_3$ y 59 $_3$). Otras consonantes: *conteum (como contera, de con-

tus) dió *gonze* y *gozne;* el paso de las formas antiguas *plazdo, aztor* á las modernas *plazo, azor* debe suponer un intermedio **pladzo* **atçor*, con pronunciación fricativa de la dental final de sílaba (comp. *juzgar*, § 60 $_3$, nota).

68. AÑADIDURA DE SONIDOS.—A los sonidos latinos se incorpora á veces alguno desarrollado entre ellos para su más fácil pronunciación, como se expresa en el § 59; también entre vocales para deshacer el hiato: tuum, *tuyo;* suum, *suyo*. Pero otras veces, sin esta razón, se desliza un sonido entre los latinos, como la cizaña entre el trigo; las letras añadidas son nasales y líquidas: M, N subbullire, *zabullir* y *zambullir*, *sosacar* y *sonsacar*, etc.; ya en latín vulgar se dijo manculam por maculam, pues en castellano se dice *mancha,* según el § 61 $_2$, que á haber sido la *n* añadidura romance, se hubiera dicho primero **maja,* según el § 57 $_2$, y luego **manja;* *alaudulam (diminutivo de alauda), **alodla,* por disimilación: **alodra, alondra;* *potioneam (por potionem), *ponzoña;* matianum (malum matianum), *mazana* y *manzana.*—R ofrece multitud de ejemplos: tonum, antic. *tueno,* mod. *trueno;* foliatilem, antic. *hojalde* y mod. *hojaldre;* compárese *jalde* y *jaldre;* corўtum, **golde* y *goldre;* sobre todo tras *st:* stellam, *estrella;* *stuppaculum (mazo de estopa para fregar), *estropajo;* regestum, *registro;* mixtencum (§ 18 $_4$), **mestenco, mostrenco;* rastellum, *rastillo* y *rastrillo.*

INFLUENCIA DE UNA PALABRA SOBRE OTRA

69. Idea general de esta influencia.—El sonido y el pensamiento que forman el lenguaje son de naturaleza tan distinta, uno material y otro espiritual, que están entre sí en la relación del signo á la cosa significada, es decir, en una relación puramente convencional, siendo indiferente cualquier sonido para representar cualquier idea, y cualquier idea para encarnar en cualquier sonido; podemos representarnos el sonido y el pensamiento como dos relojes isócronos que marchan uniformes, pero sin influir el uno en el otro, ó como dos líneas paralelas que nunca se tocan. No obstante, hay casos en que una de estas líneas converge hacia la otra; la palabra no siempre se limita á ser signo indiferente del pensamiento, sino que arrastra á la idea, y así de las palabras nacieron mitos y leyendas antiguas, y las palabras sugieren retruécanos y otros juegos de vocablos; y hay casos también en que el pensamiento no se limita á usar de la palabra como de signo indiferente, sino que lo amolda á su gusto, invadiendo el campo de la evolución fonética para violentar su desarrollo natural; estas intrusiones del pensamiento en la fonética obedecen al deseo de hacer resaltar con el sonido la analogía verdadera ó supuesta que se descubra entre dos ó más voces, avecinando el sonido de una al de otra ó confundiendo en una dos voces de significado análogo. Veamos las varias clases de esta influencia:

70. Etimología popular.—Las palabras más

usuales y corrientes de la lengua se pronuncian por el pueblo viendo en ellas íntimamente encarnada su significación; así que al pronunciar una palabra no tan corriente y que tiene alguna apariencia rara, bien sea por su configuración ó agrupación poco común de sonidos, bien sea por su grande extensión, le produce una impresión de extrañeza y quiere hallar en esa voz aquella transparencia que descubre en las familiares; si entonces advierte cierta semejanza de sonido entre esa voz obscura y otra de las más comunes y conocidas, piensa que hay entre ambas alguna conexión etimológica, y siente la necesidad de acercar aún más en el sonido la voz desusada á la familiar. Pongamos un ejemplo: el latín recibió la voz de origen céltico paraveredus para designar el caballo de posta; esta palabra tenía que sonar á cosa rara en los oídos del pueblo, hasta que se vió en ella relación con la palabra frenum, y se dijo *parafrenum, de donde se derivó *palafrén*. Lo mismo pasó en romance con la voz culta *vagabundo,* cuya extraña terminación interpretó el pueblo diciendo *vagamundo*. En la palabra de origen griego necromantīa (νεκρο-μαντεία, evocación de los muertos), creyeron descubrir los semi-eruditos evidente relación con la magia negra, y pronunciaron *nigromancía* y *nigromancia*. A la plazuela que en las poblaciones antiguas de España se dejaba ante la puerta (ostium en latín, uço en castellano antiguo) de las casas se la llamaba ante-ostium, con el sufijo -anum, y de *ante-osti-anum se derivó la voz antigua *anteuzano;* esta plazuela se conserva todavía en el Norte de España, y se llama en Vizcaya y las

Encartaciones *antuzano* y en Asturias *antoxana;* pero ha desaparecido de las ciudades, pues por necesidad de la urbanización sólo podían conservar esta plazuela las iglesias, castillos y casas grandes; y como éstas suelen estar en la parte más alta y fuerte de la ciudad, hicieron creer que su *antuzano* se llamaba así por estar en alto, y se le llamó en consecuencia *altozano,* y se dejó de llamar así á las plazuelas que no estaban en alto por creer cometer una impropiedad [1]. En la lengua antigua se usaba el verbo *trechar* (de tractare, manejar, trabajar una cosa) con la acepción concreta de preparar los pescados abriéndolos y salándolos, y como el bacalao se vende siempre así, *trechado,* se le llamó **trechuela;* pero como el verbo trechar cayó en desuso desde antiguo (ó se conoce sólo en pocas provincias, como Asturias), no se entendió el sentido de **trechuela,* y asemejándolo á trucha, se dijo *truchuela.* Del latín veruculum se dijo en francés «verrou» y en español antiguo *berrojo,* y como esta palabra designaba un instrumento para cerrar las puertas, se pronunció *cerrojo.* En los nombres de pueblo juega mucho la etimología popular; algún patricio romano llamado Atilio tenía su palacio unas cuatro leguas al Sur de Burgos, y el lugar se llamó por eso Turris Atilii, en vulgar Turre(m) de Atīliu(m), y en castellano antiguo *Tor d' Adijo* (§ 53 $_6$); pero luego,

[1] No obstante, aún hay sitios, como en Bogotá, donde *altozano* conserva su sentido primitivo, y se llama así á los atrios de las iglesias, ora estén elevados, ora bajo el nivel de la calle.

como el nombre Adijo no se conservaba en español, se creyó que *Tordadijo* era evidentemente un derivado de tornar, y se pronunció *Tornadijo*. Una aldea próxima al Escorial se llama en el Libro de la Montería de Alfonso XI *Navalquexigo*, y hoy alguno de sus naturales la llama lo mismo *Navalquejigo*, esto es, nava del quejigo; pero los que desconocen este árbol pronuncian *Navalquejido*, y éste es el nombre oficial del pueblo y de la estación de ferrocarril.

71. Analogía de unas voces con otras.— Dos voces de significado semejante ó correlativo, que se suelen usar juntas en la conversación, inducen al que habla á modificar la una según el patrón de la otra. En vez de decir en una enumeración primarius y postremus, se dijo en el vulgar primarius y *postrarius, de donde primero y *postrero;* por igual razón, al pronunciar seguidos dĕxtrum y sinĭstrum, se decía igualando la vocal acentuada de ambas voces: dĕxtrum y *sinĕstrum, de donde se dijo *diestro* y *siniestro* (§ 10 $_1$). Como nūrus ocurría muchas veces junto á sŏcera ó sŏcra, se dijo *nŏram, como sŏcram, igualando la vocal acentuada de ambas y la terminación, y en español suegra y *nuera* (§ 13 $_1$). Otro ejemplo importante nos lo da la historia del numeral *treinta:* trigĭnta debiera haber producido **treénta* (§ 11 $_1$), **trenta;* pero como vigĭntī hizo *veínte* primero y luego *véinte,* según el § 11 $_2$, también en vez de **treénta* se dijo *treínta* antiguamente, y después *tréinta.* Al citar seguidos los días de la semana, como tres de los genitivos Martis (esto es, dies Martis), Jovis,

Veneris, llevaban una *-s* final, se añadía otra *-s* á los otros dos que no la tenían en su origen, y por dies Lunae se dijo *Lunae-s, de donde *Lunes*, y por dies Mĕrcūrii se dijo *Mércuri-s, de donde *Miércoles;* en este último nótese que la semejanza con los otros días de la semana no sólo se buscó en la *s* final, sino también en colocar el acento en la sílaba primera según lo llevan los otros cuatro nombres. El derivado correcto de decimare es *dezmar;* pero la voz *diezmo* con la primera sílaba acentuada, y por lo tanto diptongada (§ 10 $_1$), trajo el diptongo también á la sílaba átona de *diezmar*. Un sufijo que se observa en muchas palabras influye sobre otro parecido; por eso cambiaron su ū acentuada en ī: aerūginem, ferruginem, haciéndose *aeriginem, *ferriginem, de donde *orín*, *herrín*, á imitación de fuliginem, *hollín;* rubiginem, *robín.* Del mismo modo dos prefijos pueden confundirse.

Además, el comienzo de una palabra puede recordar un prefijo, como es el caso en *esconder*, *escuchar*, *espárrago*, citados en el § 17 $_4$. La analogía es de todos los fenómenos especiales que enumeramos en este capítulo IV, el más importante de todos, pues influye muchísimo en la conjugación; pero de ésta no se ha de hablar aquí (véase § 73).

72. Fusión de dos voces.—Dos palabras de significado muy parecido ó igual y de sonido semejante son miradas como una sola y funden sus sonidos; pues al tratar de expresar la idea se pueden ocurrir juntamente ambas voces, y como se distinguen poco por el sonido, el que habla, después de

haber empezado á pronunciar una, salta á la otra, mezclando sonidos de ambas bajo un mismo acento, ó sea haciendo de las dos una misma palabra. Para designar el «escalón» se podían ocurrir dos derivados de «pedem»: pedalis ó *pedīlis y pedaneus, que tenían idéntica acepción y que podían designar el tramo de un pie de alto; de la reunión de ambos derivados se pudo formar *pedalaneus, *ped(i)-laneus (§ 24) y *peldaño* (§ 57 $_5$). De calx, calçem, «el talón,» se derivaron con distinto prefijo dos verbos: *in-calceare (pisar los talones al que se persigue, alcanzarle), en español antiguo *encalzar*, y otro *ac-calceare, en español antiguo *acalzar;* de la fusión de *acalzar* y *encalzar* se produjo **ancalzar* y luego *alcanzar,* por metátesis (§ 67 $_1$).

CAPITULO V

EL NOMBRE

73. La Morfología.—Hemos estudiado los sonidos aislados y formando palabras (§ 64), pero nos falta estudiar esas palabras revestidas de varias funciones gramaticales, ora de nombre ó de pronombre, ó verbo ó partícula, funciones que en general se marcan por una desinencia característica de que aún no hemos hablado. Trataremos, pues, de las diversas partes del discurso, y en especial de las que por medio de la flexión expresan diversas relaciones; pues aunque las desinencias de flexión obedecen en principio á las leyes fonéticas ya enunciadas, obedecen también á otras leyes morfológicas, y es preciso ir examinando en cada caso la resultante del cruce de estas dos fuerzas. La historia de la declinación y conjugación sería incomprensible por la sola fonética, sin tener en cuenta la tendencia analítica del romance (págs. 4-5), manifestada continuamente, ora por el uso de las preposiciones y el artículo en la flexión nominal (§ 74) y de los auxiliares *haber* y *ser* en la verbal (§ 103), ora por una especie de análisis interno de la palabra sustituyendo sufijos y desinencias tónicas en vez de las latinas átonas (§ 83_1, $107_{4\,b,\,c}$, 122_3). Además, la analogía (§ 71) tiene un aspecto predominantemente mor-

fológico, pues actúa más que nada para asimilar categorías de palabras que desempeñan igual función gramatical, por ejemplo, igualando la terminación de los singulares (§ 77 $_{1}$ *b*), de los femeninos (§ , ɔ) ó las diversas formas del verbo (§ 104). En fin, hay que recordar también una tendencia opuesta: la de diferenciar por medio de la forma funciones diversas. La fonética puede hacer confundirse formas de función diversa, y si la lengua unas veces permanece indiferente dejando confundirse los derivados de amem y amet en una forma común *ame* (§ 62 $_{1}$ y $_{2}$), alguna vez procura una distinción, y en vez de tu es, ille est, toma una forma del futuro y dice tu eris, ille est, *eres*, *es*. También se da el caso de que para funciones que el latín confundía crea el romance formas diferentes, como los femeninos en -*ora* y -*esa* (§ 78 $_{2}$), que el latín confundía con los masculinos. Otras veces el romance, que dejó descuidadamente perderse una distinción latina, por ejemplo el plural de *quien*, remedió más tarde su falta creando un plural nuevo (§ 101 $_{1}$).

Además, el estudio siguiente tendrá otra parte nueva. El caudal de voces del latín había de resultar deficiente, con el correr del tiempo, para expresar las múltiples ideas nuevas que han venido transformando la vida de los pueblos románicos. Las lenguas romances, como todas, poseen recursos para crear nuevas palabras, siempre que la necesidad de ellas se presenta; recursos que en su mayoría son un desarrollo histórico de los que ya poseía el latín y que es preciso estudiar.

Comenzando por la historia del substantivo, la

dividiremos en dos puntos principales: la evolución de los accidentes gramaticales latinos (caso, número y género), y la formación de nombres nuevos.

FLEXIÓN DEL SUBSTANTIVO

74. LOS CASOS.—LAS DESINENCIAS CASUALES LATINAS SE OLVIDARON, USÁNDOSE SÓLO EL ACUSATIVO; DE LOS OTROS CASOS QUEDA ALGÚN RECUERDO EN PALABRAS AISLADAS.—1] A causa de la pérdida de la *-m* final (§ 62 ₁) y de la desaparición de las diferencias cuantitativas en sílaba final (§ 29), se confundían entre sí muchas desinencias casuales, y sonaban igual el acusativo cervŭm que el dativo-ablativo cervō, el ac. manŭm que el abl. manū; la misma *-o* final resultaba para esos casos de aquel nombre de la 2.ª declinación que para los de éste de la 4.ª

2] Sin embargo, no son estas razones fonéticas, sino otras sintácticas, las que más contribuyeron á la pérdida de la declinación latina. Las relaciones indicadas por las desinencias casuales, como muchas veces resultan vagas, necesitaban concretarse por medio de una preposición; en frases como «pro patria mori,» «cum amicis deliberavi» las ideas «en interés de,» «en compañía de» no las expresa el ablativo; la preposición lo dice todo, el caso nada. Así se comprende que la preposición, por más cómoda y expresiva, se generalizó en latín vulgar, con merma de la desinencia, que llegó á ser completamente inútil. De tal modo que, desde muy antiguo, el latín vulgar construyó todas las preposiciones con

acusativo, olvidando el ablativo (caso que en singular se confundía fonéticamente con el acusativo, pero que en plural tenía desinencia bien clara, īs, -ĭbus); en Pompeya, hasta un maestro caía en faltas como escribir «Saturninus cum suos discentes;» y en inscripciones romanas españolas se halla «iacet in locum,» «pro salutem,» etc. Por esto no se halla en los romances huella del ablativo [1], y lo mismo el de procedencia que el locativo ó el instrumental se expresaron con diversas preposiciones: de, in, cum, etc.

3] El dativo era sustituído por la preposición ad. Plauto decía ya «hunc ad carnificem dabo;» en tiempos de Sila y César se escribía vulgarmente «ad id templum data.» No se conserva del dativo rastro en las lenguas neolatinas, salvo en el rumano.

4] El genitivo (á pesar de tener en plural una forma bien clara, -rum) se perdió también en fecha incierta, pero seguramente anterior á la época romance. La relación de dependencia se expresó con la preposición de; en las inscripciones se halla ya «curator de sacra via,» «oppida de Samnitibus.» No se conservan de él más reliquias que en algunas frases petrificadas: «forum judicum,» Fuero *juzgo;* «comitem stabuli,» cond*estable;* «pedis ungula,»

[1] Algunos han querido ver pruebas de la supervivencia del ablativo en los derivados españoles de los neutros, como legumen, etc.; pero *legumbre*, etc., se explica sin necesidad de un ablativo (v. § 77 $_1$ *c*). Sólo con valor adverbial podemos suponer que se conserva algún ablativo, v. gr., «quanto magis, tanto melius,» «*quanto* más, *tanto* mejor.» Del abl. pl. no hay rastro alguno.

*pes*uña; «fil(ium) eclesiae,» fil*igres*, fel*igres*; «auri fresum,» ant. *or*frés (luego rehecho: oro*f*rés). Y los días de la semana *martes, jueves, viernes* (§ 71).

5] El vocativo no expresa relaciones sintácticas y no necesita forma especial; en latín era igual al nominativo, salvo en la segunda declinación. De ésta sólo algún nombre propio muy usado en vocativo conservó su forma: *Santiuste*, Sancte Juste; *Sanquirce*, Sancte Quirice; *Santander* (§ 55 $_1$); *Yagüe*, Jacobe (§ 31 $_2$ *b*). El refrán andaluz «San *Sixte*, busca las uvas donde las viste» conserva otro vocativo.

6] Quedaban, pues, en la declinación vulgar dos solos casos, el nominativo y el acusativo; ambos empleados en el antiguo francés y provenzal. Pero si ambos casos se distinguían por su forma en el plural de la primera y segunda decl. (-ae, -as; -ī, -ōs), se confundían en los demás plurales y en el singular de la primera (-a, -am), y se tendían á confundir en todos los otros singulares, porque al lado del nominativo con -*s*, se usaba ya en el latín arcáico otro sin -*s*, filio, Cornelio, que siguió siendo siempre propio del latín rústico; y porque en los substantivos imparisílabos se tendía á igualar las sílabas del nominativo con las del acusativo, hallándose aun en los mismos clásicos stirpis por stirps, carnis por caro, mentis por mens, bovis por bos, calcis por calx, nominativos que, hechos sin -*s*, se confundían también con los acusativos. Así la generalidad de los romances desde sus orígenes no conocieron ninguna distinción entre ambos casos, y sólo usaron una forma. El español no conoce sino la del acusativo; los restos del nominativo son

esporádicos; la -*s* aparece por influencia eclesiástica ó culta en *Dios, Jesús, Longinos, Carlos, Marcos;* en los nombres rústicos *Domingos, Pabros, Toribios,* etc.; en el de lugar, *Roncesvalles,* rumĭcis vallis (un genit. y un nominat.), y en el anticuado *res* junto á *ren*. De los imparisílabos tenemos jūdex, ant. *judez,* luego *juez* (judĭcem hubiera dado *juze,* comp. *doze, treze*); pŭmex (clásico, pū-), *pómez;* calx, *cal;* y de los que tienen el acento en distinta sílaba: prĕsbyter, *preste* (quizá, como *chantre,* venido á España por intermedio del francés); *sastre* (§ 62 ₂); *companio, *compaño* (*companionem da *compañón;* comp. fr. «copain, compagnon»); curculio, *gorgojo;* būbo, *buho;* avis strūthio, *avestruz;* sĕrpens, *sierpe* (serpentem, *serpiente* con doble forma como en otros romances, por ej. portugués «serpe, serpente,» catalán «serp, serpent»); el anticuado *virtos* = ejército, *virto* = fuerza, violencia, virtus; *esperteyo* (pág. 7). Pudiera añadirse *maestre,* magister, debido al uso de esta palabra en la cancillería latina. Sin contar los cultos *cráter, vértigo, fárrago, prefacio, tempesta,* etc.

Fuera de estos pocos casos, todos los demás substantivos se derivan del acusativo latino.

75. El número.—Pérdida de la 4.ª y 5.ª declinación latinas. Las tres declinaciones romances.—La 4.ª decl. latina se confundía fonéticamente con la 2.ª en su acusativo (sing. man-ŭm, pl. man-ūs = cerv-ŭm, cerv-ōs) [1], y ya en el

[1] Sólo en voces cultas aparece la *u* final (§ 29 ₁, nota) en nombres de la 4.ª declin., *ímpetu,* etc., antic. *apetitu.*

latín clásico muchos nombres de la 4.ª hacían algunos casos por la 2.ª (domus, laurus, pinus, ficus, etc.) La 5.ª decl. no podía distinguirse de la 3.ª (faci-ĕm, -ēs = leon-ĕm, -ēs). Quedaban, pues, en romance sólo tres declinaciones.

1] Sing. rosam, *rosa;* pl. rosas, *rosas.* Esta declinación responde á la 1.ª latina, y se acrecentó con una porción de nombres de la 5.ª, de la cual ya en latín clásico había algunos con doble flexión (luxuries y -ria, materies y -ria); en romance se dijo *rabiam *rabia,* *diam *día,* *saniam *saña,* *cariam, en Aragón *quera,* por carcoma.—Además se agregaron á esta declinación todos los nombres que por su etimología tenían *-a* final (§ 77 $_{1\ a}$ y $_2$), y otros que sin tener *-a* final etimológica, la tomaron después, por ser esa vocal característica del género femenino. De estos últimos, además de los citados en el § 76, pueden citarse con preferencia algunos nombres de la 3.ª decl. que, teniendo terminación indiferente para el género masc. ó fem., tomaron, sin embargo, la *-a* como forma más clara del fem.; antiguamente se decía *la cuchar, las cuchares* (en latín neutro); luego se dijo *-ra*, *-ras* (§ 20 $_2$); antes se decía *las andes* (en lat. masc.), y luego *las andas* (§ 55 $_1$); de puppem se dijo *popa* (it. poppa), por influencia de prora. Los latinos grus, grūen y cinis, cĭnĕrem (masc. ó fem.) fueron en español *grua, gruya, grulla* y *cendra,* pantĭcem y pulĭcem (masculinos), hicieron *panza, pulga.*

2] Sing. cervum, *ciervo;* pl. cervōs, *ciervos.* Corresponde á las declinaciones latinas 2.ª y 4.ª—Además se agregaron á esta decl. los nombres que

por su etimología terminan en -*o*, como *cabo*, etc. (§ 77 $_{1\cdot a\ b}$), *gorgojo, buho, virto, esperteyo* (§ 74 $_6$) y otros que sin tener -*o* etimológica, la toman como característica del género masculino (§ 76); recuérdense especialmente los nombres de la 3.ª decl. que, teniendo terminación indiferente para el masc. ó fem., tomaron, sin embargo, la *o*, como los masc. latinos cucŭmĕrem, *cohombro;* passerem *pájaro.*

3] Sing. leonem, *león;* pl. leonēs, *leones.* Comprende los nombres de la 3.ª decl. latina y aquéllos de la 5.ª que no pasan á la 1.ª: faciem, *haz;* fidem, *fe; especie* junto á *especia.* Esta declin. adquirió también aquellos nombres de la 2.ª que cambian su -*o* final en -*e*, ó que la pierden, como cuprum, *cobre;* trifol(i)um, *trébol; capitán, capellín,* etc., y otros ejemplos en el § 29 $_2$. Además *preste* y *maestre,* citados en el § 74 $_6$, y *Dios*, que hacía en el siglo XIII su plural por la 2.ª decl. deos, *díos,* resultando igual al singular, por lo que los judíos españoles motejaban á los cristianos de politeístas por usar siempre *Dios* en forma de plural, y no decir en singular *Dio* (del acus. Deum), como dicen todavía los judíos españoles de Turquía y Bulgaria; para evitar este molesto equívoco, se formó el plural *dioses* por la 3.ª declinación. Nótese que el plural de la 3.ª se forma en español, como el de la 1.ª y 2.ª, añadiendo -*s* al singular: *hombre -s;* pero como en ella abundan más los nombres acabados en consonante, los cuales añaden en el plural -*es, leon -es,* se generalizó este -*es,* en vez de la simple -*s,* á los terminados en diptongo, y en vez de los anticuados y dialectales *bueis, leis, reis,* se dice

bueyes, *leyes;* sin que hoy se admita la forma sin *-e-*, sino en voces raras como *estai*, que junto á *estayes* se dice también *estais*. Luego se generalizó la *-e-* á los nombres en vocal acentuada; especialmente á los en *-í*, que si antes eran corrientes en doble forma, *javalís*, *-íes; alfaquís*, *-íes; borceguís*, *-íes*, hoy rara vez se usan sin la *-e-*. De los acabados en otra vocal acentuada todos (salvo *papás, mamás, pies*) admiten el plural *-es;* es el más general en el caso de -á: *albalá -es, bajáes, sofaes;* es indiferente en el de -ó -ú: *chacó-s, rondó-es, tisú-s* ó *tisú-es;* y no enteramente desusado en el de *-é*, pues si lo general es *corsé-s*, también se dice de las letras del abecedario *cees*, *tees* y hasta á veces *cafées;* antiguamente *piees* (§ 31 $_2$).

76. El género.—Masculino y femenino.— El romance conservó los dos géneros masc. y fem. tal como en latín: **panis, axis, mons, sol** — **mors, navis, lis, salus.** No obstante, hay varias diferencias entre el género de los nombres latinos y el de los romances; pero sólo merece notarse aquí que el romance simplificó las relaciones entre la terminación y el género, y salvo en *día* y *mano* no consintió la *-a* final átona de la 1.ª decl., sino en los femeninos [1], ni la *-o* sino en los masculinos [2].

[1] La *-a* tónica de la 3.ª decl. puede ser de masc. *sofá*, *papá*. Los de la 1.ª masc. no son populares: *poeta*, *atleta*, *eremita*, *papa;* antes se habían popularizado, diciéndose *David la profeta*, *las padriarcas*, y hoy el pueblo dice *la mapa*. No son excepciones los populares fem. aplicados á personas con artículo masc.: *el vista, el corneta, el cura.*

[2] Los otros femeninos en *-o* son voces extrañas al cas-

Los femeninos en -*o* no tuvieron más remedio que ó cambiar de género, como los nombres de árboles, fraxinus f. *fresno* m., taxus f. *tejo* m., pinus f. *pino* m., y de fruto, ficus f., *higo* m., ó cambiar de terminación, como socrus (ya en inscripciones socera), *suegra;* nurus, *nuera,* y los nombres de piedras preciosas amethystus *amatista*, smaragdus m. y f. *esmeralda*. No faltan ejemplos de este doble cambio en una misma palabra, como en el nombre del arbusto alaternus f., *ladierno* y *aladierna;* sapphirus f., ant. *piedra zafira*, mod., *el zafiro*.

77. Desaparición del género neutro.—El género neutro se caracterizaba en latín por tener el nominativo igual al acusativo, en singular con diversas terminaciones especiales al género, y en el plural terminando ambos casos exclusivamente en -*a*. Esta forma externa especial se conservó en romance; pero la idea del género neutro se perdió (salvo en el pronombre y adjetivo substantivado), quedando así una forma vacía de sentido. Ante esta contradicción, el romance incluyó las formas del neutro que acababan en -*o* entre los masculinos; las en -*a* entre los femeninos, y las indiferentes, por no terminar en ninguna de estas dos letras, las atribuyó á cualquiera de los dos géneros (v. especialmente el núm. 1 *c* y *d*), según razones que escapan

tellano: *la nao* viene del provenzal ó catalán; *la seo* seguramente del catalán por intermedio del aragonés; *la testudo* es culta, y además en el Dicc. de la Ac. desde su 10.ª edición aparece como masculino.

al estudio. Veamos el pormenor de las diversas terminaciones que el neutro ofrecía.

1] Neutro singular. He aquí las principales formas que podía presentar.

a) En primer lugar había ciertos neutros que terminaban su nominativo acusativo en *-o* y en *-a,* coincidiendo exactamente con los nombres de la 2.ª y 1.ª decl. Unos son los neutros en *-um,* pratum *prado*, *grano, vino*, *gozo*, *hilo*, iguales por su forma á los masculinos de la 2.ª, cuyo género recibieron. Otros son los neutros en *-ma*, *-matis*, derivados del griego: epĭthĕma *bizma*, apostēma, cauma, *calma*, c(e)leusma *chusma*, asthma, *diadema*, *flema;* estos nombres en romance tenían una forma igual á los de la 1.ª declinación, y fueron todos mirados como femeninos; sólo los eruditos, que sabían que en latín eran neutros, tendían á usarlos en masculino, género que representa mejor la indeterminación sexual del neutro que no el femenino, y por influencia erudita tienen á veces uso como masculinos algunos nombres que en el uso vulgar son siempre femeninos, como chrisma, phantasma, rheuma, arōma, anathema, thema [1].

b) Los neutros en *-us* ofrecían al oído un aspecto de plurales: pectus *pechos*, tempus *tiempos*, pignus *peños*, á pesar de lo cual, en el período primitivo del idioma, conservaban su valor de singular, ó al menos no se usaban nunca sin la *-s;* así la frase latina «ŏpus est mihi» la calcaba la lengua

[1] Los únicamente cultos son siempre masculinos: *emblema*, *poema*, *síntoma*, *epigrama*.

antigua «*uebos* me es» y nunca decía *uebo;* el poema de Fernán González escribe «escudo contra *pechos,* en la mano su espada,» y el Arcipreste de Hita dice «cató contra *sus pechos* el águila ferida;» siempre se decía en la Edad Media «dar *peños,*» por dar prenda, «recebir en *peños,*» «tener en *peños,*» como en el período clásico «tenía á *empeños* cualquier cosa,» y hoy «echarse á *pechos* algo,» «tomar á *pechos,*» «abierto de *pechos;*» «hubo en *tiempos*» = en otro tiempo, «en *tiempos* del rey Alfonso,» etc.— Pero, naturalmente, esta *-s* no podía sonar sino á plural, y hubo de formarse un singular antietimológico: *empeño, pecho, tiempo, cuerpo, lado.*

c) Los neutros en *-r* y *-n* final, según la fonética (§ 62 $_2$), harán pasar estas consonantes al interior de la palabra y recibirán una *e* final de apoyo [1]: robur *robre, roble* (sin que sea necesario suponer, según el punto *e*, un nuevo acusativo *robure); uber, *ubre;* piper, *pebre;* sŭlfur, *azufre;* inguen, *ingle;* legumen, lumen; vimen, *bimbre, mimbre;* examen, *enjambre;* aeramen (§ 18 $_3$). En cuanto al género, la terminación en *-e* es indiferente para el masculino ó el femenino, y así unos escogieron aquel género y otros éste; los cultos se hacen todos masculinos.

d) Neutros de varias terminaciones.—Son también indiferentes para el género masc. ó fem. cochleare (no cóchlĕar), *cuchar, cuchara;* puteale (no putĕal), *pozal;* fĕl, *hiel;* mĕl, *miel;* sale (no

[1] Los cultos quedan intactos: *certamen, régimen, crimen, germen, examen.*

del masc. sal), *sal;* mare, *mar;* rete tenía también un fem. retis, *red.*—Tenían que hacerse masculinos por su terminación caput, *cabo*, y cornu, *cuerno*.

e) Deben ponerse aparte ciertos neutros que tenían dos formas de nom. ac. Junto á vas, vasis, se decía también vasum, -i (el plural era siempre por la 2.ª, vasa-orum); junto á ŏs, ŏsis, había ossum, de donde *vaso, hueso;* y en vez de lac, lactis, se usaba en latín arcáico lacte, de donde *leche*. En vista de éstos, stercus (que dió **estiercos*, antic. y provincial *estierco* según el punto *b*) podía tener una forma accesoria de nom. ac. *stercore, de donde **estiercor* disimilado en *estiércol* (comp. marmorem, *mármol*) [1].

2] Neutro plural. El plural de los neutros citados se formó de nuevo, según el singular, y no siguiendo la terminación *-a* del latín: *los prados*, de *prado*, no de prata; *cabos*, de *cabo*, no de capita. —Si el romance conservó muchos plurales latinos en *-a*, no fué con valor de tales plurales, sino como singulares femeninos; recuérdese que en latín, junto á arma, -orum, había ya el femenino arma, -ae, y junto á opera, -um, había opera, -ae, femeninos, como el esp. *arma, uebra*, *obra*. Hay neutros que dejaron en español doble descendencia de sus formas sing. y plural: pignus dió *peños* y pignora, *prenda;* brachium, *brazo*, y brachia, *braza*.—

[1] En voces cultas se halla también el tema del genit. abl., como en *género*, en que la vocal final es extraña al latín.

Estos neutros en *-a*, respondiendo á su valor latino de plurales, tienen, al menos originariamente, un valor plural ó colectivo: *braza*, la medida de los dos brazos abiertos; ŏva, la *hueva* del pez; de velum, la *vela* de la nave; la *hoja* del árbol; la *boda* ó votos matrimoniales; la *gesta*, hechos de un héroe; de interaneum, la *entraña*, conjunto de vísceras; la *leña;* la *ceja*, parte de la frente donde están las cejas; la *fiesta*, etc. Anticuados: la *buena* ó conjunto de bienes de un propietario, la *dona* ú objetos regalados; en asturiano: la *vasa* ó vajilla, etc. Nótense también los substantivos como *herramienta*, *vestimenta*, etc., y los nombres de frutos: morum, la *mora;* pĭrum, *pera;* Matianum, *manzana;* pomum, *poma;* prunum, *pruna* (que en algún dialecto es masc. *pruno*, como *pero*, *prisco* y *piesco*, persicum). Algunos se usan preferentemente en plural, como capula, *cachas* [1].

FLEXIÓN DEL ADJETIVO

En cuanto á los casos y al número nada hay que advertir. El adjetivo deriva del acusativo, sin que muestre, como hace el substantivo, rastro alguno del nominativo ú otro caso.

78. El género.—Al revés del substantivo que conservó la forma y perdió el sentido del género neutro, el adjetivo romance no recuerda la forma es-

[1] Aun en voces cultas se halla esta derivación del plural: ulcus, *úlcera;* viscus, *víscera;* nomen, *nómina;* antic. la *ídola*, la *claustra*.

pecial del adjetivo neutro latino (salvo el comparativo *lo menos*), aunque conserva su sentido en el abstracto substantivado *lo corriente* (neutro currens), *lo feliz* (neutro felix). No era necesaria una terminación especial de adjetivo neutro, ya que no había substantivos neutros con quien necesitase mostrar su concordancia. En consecuencia, los adjetivos latinos de tres terminaciones se harán en romance de dos, y los de dos, de una.

1] En el acusativo se confunden los dos tipos de flexión latina: altus: -um, -am = *alto, -a;* y dexter: -ĕrum, -am = *diestro, -a, negro, tierno, otro, nuestro*. Están sujetos á apócope *uno, alguno, ninguno* (y antiguamente *mucho, todo* y *nullo*), *bueno, malo, primero, postrero, tercero, ciento, santo*. Se da algún caso muy raro de adjetivo que en latín tenía forma especial de femenino y la perdió en romance: dŭplus, *doble, firme* y *libre;* lo general es la tendencia contraria de distinguir el masc. y fem. en casos en que el latín no los distinguía. No hemos de contar como excepciones los derivados de los doce adjetivos que en latín acaban en masc. -er, fem. -ris, neutro re, pues éstos no distinguían el masc. del fem. más que en el nominativo, y no siempre (-ris se usaba también para el masc.); así que en el acusativo no tenían sino -rem para ambos géneros; alăcrem, ó vulgar alécrem, *alegre*, y los eruditos *célebre, salubre, campestre, terrestre,* etc. Había tendencia á convertir estos adjetivos en -us; así los gramáticos latinos advertían que para hablar bien se dijese «acer, non acrus;» pero esta última forma prevaleció en *agro*.

2] Los adjetivos latinos de dos terminaciones quedan con una sola: *feliz, igual, breve, viviente, pobre;* sujetos á perder la *-e* en la lengua antigua *fuert, semejant, amanecient, dulz* ó *duz, grant,* práctica que hoy sólo se conserva con *gran* cuando precede inmediatamente al substantivo (§ 28 $_3$).—Es fuerte la tendencia á dotar estos adjetivos de terminación especial para el femenino: *a)* En primer lugar, deben citarse los adjetivos en *-or,* que si antiguamente eran invariables «alma *sentidor,* ira *aturador,* vezina *morador,* espadas *tajadores,*» á partir del siglo XIV comenzaron á generalizarse con terminación femenina, que luego se impuso como obligatoria, salvo á los comparativos (§ 79 $_2$), y aun éstos toman *-a* cuando se substantivan: *la superiora,* y en Aragón *la menora* = «la mujer menor de edad.» *b)* Van después los adjetivos en *-on,* (no *común*); el poema de Fernán González dice «gentes *españones;*» pero luego se dijo *españolas, bretonas, ladrona, juguetona.* Los en *an, in,* como proceden de -anus, -inus *(alazán* y *alazano, vizcaíno),* tienen su *-a* etimológica: *alemana, asturiana, holgazanas, mallorquina, danzarina. c)* En fin, los adjetivos en -ensis ofrecen ya desde el siglo XII ejemplos como *burgeses é burgesas,* junto á «tres eminas de vino *leoneses;*» hasta en el período clásico se conservó «provincia *cartaginés;* la *leonés* potencia.» Hoy es de rigor la *-a* en los derivados de pueblos como *francesa, cordobesa;* pero rara en *montesa* é imposible en *cortés. d)* El francés, el provenzal y, menos, el catalán generalizan esta terminación femenina á otros casos; en armonía con ellos el aragonés antiguo dice *simpla, dolienta, gran-*

da, etc.; los judíos españoles de Oriente dicen *ilustra*, y en varias regiones *cuala*.

79. GRADACIÓN. — 1] Las terminaciones corrientes de comparativo -ior y superlativo -issimus, -imus, eran en latín ya inaplicables á los adjetivos en -ius, -eus, para los cuales se usaba la perífrasis magis necessarius, maxime n., perífrasis que los poetas aplicaban á toda clase de adjetivos; y en el latín arcáico y decadente se halla además plus miser, plus felix. En España y Dacia se continuó usando para el comparativo *más* (port. *mais*, catal. *mes*), y en Galia (franc. y prov.) é Italia *plus;* para el superlativo se olvidó el maxime, y se expresó bien por medio del mismo comparativo precedido del artículo, ó bien anteponiendo otro adverbio, que en español es *muy*. Se anteponen más rara vez otros adverbios como *altamente, sumamente dañoso*, y uno se pospone: *abatido además.*

2] La gradación interna ú orgánica subsiste en los comparativos *mejor*, *peor*, *mayor*, *menor*, *menos*, y en los cultos *inferior*, *superior*, *ulterior*, *exterior*, etc., adjetivos todos de una sola terminación contra el § 78 $_{2\ a}$. El superlativo orgánico es siempre culto, tanto el de aquellos comparativos *óptimo*, etc., como el de éstos: *ínfimo*, *supremo*, *último*, *extremo*, etc. El superlativo -ĭssimus se conservó en *-isimo*, forma enteramente culta [1] y apenas usada en la Edad Media. A un clérigo como Berceo se le ocurría alguna

[1] Según el § 11 (en inscripciones romanas españolas se halla karessemo, merentessemo), y el § 26 (en Burgos se adaptó diciendo *buenismo*, *muchismo*).

vez el latinismo *dulçissimo;* pero el que en tiempo de Alfonso X tradujo en castellano el epitafio latino de San Fernando, tenía tal forma por exótica y nunca usaba sino la perífrasis fidelissimus, patientissimus, humilissimus, *el más leal, el más sofrido é el más omildoso*. El superlativo *-ísimo* á veces no se une á la forma vulgar del adjetivo, sino á su forma latina *antiqu-ísimo, sacrat-ísimo, crudel-, fidel-, amabil-, terribil-*; *integérrimo, acérr-, paupérr-.*

3] Aunque no muy usada, debe señalarse la forma de un superlativo hecho, no con sufijo, sino con prefijo: *re-bueno, -feo, -mejor;* superabundans, *sobre-abundante, -saliente, -agudo,* especialmente en Aragón *sobre-bueno, -barato,* etc.; en Berceo *sobragran, sobrabien;* per-doctus, -eloquens, -durabilis, *perdurable,* muy usado en el reino de León (desde Asturias á Salamanca): *per-blanco, -ciego, -hecho, -dañoso,* y también en la forma *peri-tieso,* de la cual clase admitió el idioma general *peripuesto.*

4] El comparativo y superlativo se refuerzan repitiendo el adverbio: *muy mucho mejor,* ó repitiendo la sílaba característica, ú otra parecida, en los familiares: *muchi-si-simo, re-te-bueno, re-que-te-bueno.*

FORMACIÓN NOMINAL

Los nombres nuevos del romance se formaron ó por HABILITACIÓN de palabras de otra clase para ejercer funciones de nombre (§§ 80 y 81); ó por DERIVACIÓN añadiendo al radical de una palabra un sufijo ó terminación nominal (§§ 82-84); ó por PREFIJACIÓN anteponiendo á una palabra un elemento que

determina su significado (§§ 85 y 86); ó por COMPOSICIÓN juntando dos palabras en una, para expresar una idea única (§§ 87-88). En todos estos procedimientos los romances superan en riqueza y variedad á la lengua latina.

80. PALABRAS HABILITADAS COMO SUBSTANTIVOS.—De todos los otros dominios del léxico se pueden tomar palabras para el del substantivo.

1] Nombres propios de personas, ora para designar personas: *lazarillo, tenorio, quijote, fúcar, adán;* ó cosas: *quevedos, simón, manuela*. Nombres de lugar: *rioja, málaga.*

2] Adjetivos. En latín se decía simplemente persicus (sobrentendiéndose malus) por el *priesco* ó *prisco*, ó serica (esto es, tela ó vestis), de donde viene *jerga;* derivados también de nombres propios están *avellana,* Abellana nux, *manzana, espinela, cordobán, lombarda, malagueña*, etc.—El romance en vez de hiems decía tempus hibernum, *invierno;* en vez de aestas decía t. aestivum, *estío;* por ver decía veranum, *verano;* por vitrum se dijo en España vitreum, *vidrio*. En igual caso están innumerables substantivos: *cirio, hogaza, hoguera, higuera, ribera,* etc. Muchos se usaban aún en la lengua antigua como adjetivos: «un buey *noviello,*» «el puerco *jabalí,*» «unas *medias* calzas,» «cosa *nada.*» Además, los que hoy tienen valor de adjetivo pueden substantivarse: *una capital* (ciudad ó letra), *un periódico*, *el estrecho, el bajo*, *el falso* (del vestido), etc., y mediante el artículo neutro *lo bueno, lo bello*. Recuerdo especial merecen los adjetivos femeninos con valor de substantivo, *el alba*,

la gruesa, *nueva*, *llana*, que deben proceder de neutros plurales, comp. *gesta* (§ 77 ₂), por lo cual se usan á veces también en la terminación *o* del singular: *el llano*, ant. *en vero*, mod. *en veras*.

3] El verbo es fuente abundante de substantivos. *a)* El participio está en primer lugar. El participio pasado se presta á innumerables formaciones, como los substantivos latinos dictata (neutro), equitatus (masc.); tenemos en español *dechado*, *cabalgada*, *mandado*, *dado*, *bajada*, *posada*, *armada*, *ganado*, *trazado*, *comunicado*, *herida*, *bastida*, *acometida*, *ejido*, etc., é indicando personas: *asilado*, *repatriado*, *herido*, etc. Aparte deben citarse los participios fuertes (§ 106 y 122) que, por no tener la forma ordinaria del participio, se prestaban á perder su oficio verbal; eran en latín substantivos: debitum, cursus, morsus, tractus, unctus, sponsus, y lo son sus derivados españoles, con otros como *venta*, *mesta*, *peso*, etc., que en romance quedaron fuera del sistema verbal, sin uso de participios. Otros conservan, ó conservaban en algún período del español, su doble empleo, verbal y substantivo: *vista*, *puesto*, *hecho*, *fecha*, *dicho*, *dicha*, *tuerto*, *falso*, *junta*.—El participio de presente es de poco uso; como los substantivos latinos adolescens, oriens, occidens, tenemos *levante*, *poniente*, *la corriente*, *mendigante*, etc. *b)* El infinitivo va en segundo lugar; el latín lo substantivaba como nominativo ó acusativo neutro: vivere ipsum, scire tuum, sobre todo en los períodos arcáico y decadente; el romance usa de este giro con toda libertad, y gracias al artículo puede usar el infinitivo en funciones de genitivo ó dativo,

como el griego (casos para que el latín usaba el gerundio y supino), y aun va más allá que el griego, pues lo usa también en plural: *el dormir*, *los decires*, *los andares*, *haberes*, *dares y tomares*. El español conservó hasta hoy entera la libertad de substantivación de todo infinitivo que el francés coartó mucho á partir del siglo XVI. El español admite también á substantivación la forma reflexiva *el arrepentirse* (ital. *il pentirsi;* pero en francés sin pronombre, *le repentir*). *c)* Las otras formas verbales ofrecen escasos substantivos. Primera persona, *fallo*, *pésame*, *recibí*, *pagaré*, *abonaré*, *cargareme*. Tercera, *vale*, *debe* [1].

4] Otras palabras pueden también producir substantivos: el adv. bene da el substantivo *bien*, y se substantivan *el lejos*, *un sobre*, *el contra*, «en aquel *entonces*,» «poner *peros*,» *los ayes*, *el yo*, *el no yo*.

81. PALABRAS HABILITADAS COMO ADJETIVOS.— Son menos que las del párrafo anterior.

1] Algunos substantivos fueron convertidos en adjetivos; el neutro acetum dió *acedo;* y derivan de masculinos latinos fundus, *hondo;* ciccus, *chico;* vermiculus, *bermejo;* porcus, *puerco; hidalgo*, y de femeninos derivan *castaño*, *cenizo*. Atendiendo á la cualidad distintiva de un sér, puede tomarse el nombre de éste como adjetivo: *lince*, *topo*, *asno*, «llevar vida *perra*,» *mosca*, *alcornoque*.

2] Cualquier participio puede usarse como adjetivo; aquí citaremos únicamente los participios arrancados del dominio verbal y que subsisten sólo como

[1] Añádanse los latinismos *credo*, *distingo*, *lavabo*, *deficit*, *explicit*, *exequatur*.

adjetivos: bibĭtus, *beodo;* domĭtus, *duendo;* tensus, *tieso;* strictus, *estrecho;* fictus, *hito;* farctus, *harto*, etc.

82. FORMACIÓN POR MEDIO DE SUFIJOS.—SIGNIFICACIÓN DE LOS MISMOS.—El sufijo es el recurso más abundante de formación de palabras nuevas. Las lenguas romances son más pobres en raíces que la latina, de la cual dejaron perder una gran masa de vocabulario; pero suplen esta pobreza con una riqueza mayor de derivaciones. Los múltiples sufijos latinos pasaron al romance, pero de dos modos diferentes: unos como tales sufijos, y otros sin carácter de tales. Al decir *anda-dor, raspa-dura,* el tema y el sufijo ofrecen al que habla dos ideas claramente separadas: por un lado la idea verbal, y por otro la de agente ó la del efecto de la acción, y esos sufijos son útiles para aplicarse á otras palabras y modificar su significación: *raspa-dor, mata-dor*, ó *mata-dura, anda-dura;* los sufijos latinos -tor y -tura viven todavía en español y son aptos para formaciones nuevas. En cambio, al decir *rastro, rostro,* no se siente doble idea, no se enuncia la sílaba -tro como significativa de nada, aunque es un sufijo latino que designa el instrumento; y al decir *cincho* ó *teja*, de todo punto ignoramos que esas palabras envuelven el sufijo -ŭlu, también instrumental; de modo que hay otros sufijos latinos que perdieron por completo su valor en romance, ó su valor y su forma á la vez.—Los sufijos que en romance conservan su vida, conservan en general el oficio que tenían en latín: -mentum formaba substantivos abstractos de tema verbal, como alimen-

tum, y en romance *valimiento, sentim-, abastecim-*, -osus indica la posesión de una cualidad, ó la posesión abundante, como anim-osus, form-osus, y en romance *tramp-oso, olor-, caballer-, graci-, tardi-, quej-*. Pero claro es que el significado de los sufijos experimentó sus alteraciones: -tor se une á temas verbales para expresar el agente, como en accusator, lec-tor, fac-tor; pero en romance, además de este uso, el sufijo forma adjetivos, *acusa-dor, salva-*, ó mediante una personificación, expresa también el instrumento (en vez del -trūm, -ŭlu y otros del latín), *calza-, parti-, cola-, destila-, trilla-dora, apisona-*, y luego el lugar en que se hace algo: *mostra-dor, come-, obra-, mira-, corre-*.

83. La forma de los sufijos.—1] Para que en romance un sufijo pueda vivir y producir nuevas palabras, necesita llevar el acento. Los sufijos inacentuados fueron sustituídos por otros. El sufijo adjetivo -ĕus, por ser átono, no conservó su valor en romance; vinĕus no se conservó sino como un substantivo, *viña;* junceus, vitreus, cereus, se substantivaron en *juncia, vidrio, cirio,* y se acudió á otros sufijos para formar estos adjetivos: *vinoso, juncal,* etc. Los diminutivos latinos en -ŭlus, cannŭla, querquedŭla, albulus, no podían subsistir y debían ser sustituídos por los en -ellus, como novĕllus, y lo mismo que al lado de catulus decía el clásico catĕllus, de donde el ant. *cadiello*, ó junto á anulus decía anellus, de donde *anillo*, el vulgar dijo *cannĕlla, *canilla, Cercedilla* (§ 52 $_5$), albellus, *albillo*, y esta sustitución es muy antigua, ya del latín vulgar, porque se verifica

también en nombres que no tuvieron nunca en romance significado diminutivo, por no conservarse su positivo, como tragula, *tragella, *trailla;* astŭla, *astella (de axis), *astilla;* fibŭla, *fibĕlla, *hebilla;* pustŭla, *postilla, martillo, cuchillo, pestillo,* por pessŭlus [1]. En virtud de leyes fonéticas (§ 6 $_2$), el sufijo -ŏlus se hizo tónico y sirvió para formar diminutivos como *hijuelo, lenzuelo, pañuelo,* etc.

2] El sufijo diminutivo se une al nombre á veces mediante una *-c*. Su origen es latino; la terminación diminutiva latina era -ŭlus en los nombres de las dos primeras declin., á la cual se anteponía generalmente una *c* en los nombres de las otras tres, y como el vulgar sustituía á ŭlus, ĕllus, según queda dicho, antepuso también la *c*, y así navicūla fué en el latín imperial navicella, de donde *navecilla;* pauper-cŭlus fué en vulgar *pauper-c-ĕllus, *pobre-c-illo;* carbun-cŭlus, *carbon-c-illo;* mani-cula, *manecilla;* montĭ-culus, monticelus, *montecillo;* y esa *c* se generalizó á otros sufijos: *avecilla, avecica, dolorcito, viejezuelo, autorzuelo, reyezuelo, piecezuelo*, por el anticuado **piedezuelo* de **pedeciello,* *pedicellus por pedicŭlus.

3] El sufijo viviente, que conserva su significación propia y sirve para formaciones nuevas, al unirse á la palabra cuyo sentido modifica, lo hace según

[1] Por igual razón en la derivación culta crystallĭnus, cedrĭnus, debían de tomar el sufijo de divīnus, bovīnus, Alpīnus, y se dijo *cristalino, cedrino.*

las leyes fonéticas; pero con marcada tendencia á hacer resaltar la forma aislada de la palabra á que se une el sufijo. De ĕqua se derivó *ĕquaricius, y de pĕllis, pellicia, *eguarizo* y *pelliza*, considerando átona la sílaba inicial; pero luego se reformó la primera de estas dos voces, diciéndose *yeguarizo*. Primitivamente se dijo *pedrezuela*, *ternezuelo*, lo mismo que *pedrollo*, *pedrusco*, *ternera;* pero luego se rehicieron de nuevo los diminutivos, diciéndose también *piedrecilla*, *tiernecito*, *nuevecito*, *pañuelito*. Para un glosador del siglo XI, siccitates resultaba obscuro, y lo explicaba traduciendo *seketates*, porque el derivado romance conservaba sin asibilar la *c*, atendiendo al simple *seco*, como de *flaco* se dijo *flaqueza;* alguna vez existió el derivado estrictamente fonético, y luego se abandonó: burgensis dió antiguamente *burgés* y *burcés* (§ 47 ₁); luego no se dijo más que *burgués;* el derivado fonético subsiste hasta hoy en *perdigón*, *narigudo*, *narigón* junto á *narizón*, y siempre que no se reconoce la derivación; v. gr., en *sucio*. Por igual causa, muchos derivados de participios fuertes se rehicieron sobre una forma de participio débil, para hacer resaltar la forma ordinaria del verbo: en vez de dictorem se dijo *decidor;* en vez de lectorem, *leedor;* en vez de factorem, *hacedor* (sólo en compuestos: *malhechor*, *bienh-*); en vez de apertorem, *abridor*, *abridura*, *rompedor*, *prendedor-ura*, *veedor* [1], todos los cuales se formaron lo

[1] Las excepciones son cultas muchas veces: *escritor*, *postor*, *redentor*, *revisor*, *conductor*, *colector*, *ruptura;* pero no siempre, sobre todo, con el sufijo -ura, *cochura*, *soltura*, *basura*, *juntura*, *rotura*, *estrechura*.

mismo que la mayoría de los derivados amatorem, partitorem, etc.

84. Procedencia de los sufijos.—La casi totalidad de los sufijos romances son procedentes del latín; desde luego todos los mencionados en los dos párrafos anteriores.

1] Pero algunos revisten doble forma por haberse introducido por el doble camino de la tradición oral y de la escrita: así, al lado de *prim-ero, som-, saet-, moned-, tempor-, usur-, clav-*, se dicen también éstas y otras muchas palabras con forma latina de sufijo: *monet-ario*, etc., *imagin-, domicil-*. El sufijo -aticu tiene una forma popular: *portazgo, mont-, almirant-, hall-;* otra culta, *aqu-atico, silv-*, y otra extraña, *salv-aje, port-, ram-, vi-*.

2] El sufijo -iccus del diminutivo no es de origen latino; se halla también en portugués y en valaco. Tampoco es latino *-ito*, usado en portugués y de origen obscuro. En igual caso está el sufijo propio del español y el portugués -ĕcus: *andar-iego, labr-, palac-, rap-, mujer-, veran-, cadañ-(i)ego, Manch-(i)ego*. También es desconocido el origen de nuestro sufijo patronímico que reviste múltiples formas: *Ferráz, Garciáz, Diaz; Ferríz, Sanchíz, Muñíz; Alvaróz, Muñóz; Alvarez, Núñez*. El sufijo germánico -ing pasó á las lenguas romances *abad-engo, frail-engo, real-engo* ó *realenco, mestengo* ó *mostrenco* (§ 68); en Aragón *agrienco* acritud, *salobrenco* salobre, *friolenco*. De origen árabe es *-í* que se halla formando adjetivos de algunos nombres propios: *Alfonsí, Ceutí, Marroquí, Tunecí*, y sin valor de sufijo en *carmesí, baladí, jabalí*.

85. PREFIJOS.—1] Al contrario que los sufijos, los prefijos en romance son átonos; si en el período primitivo del romance se conservaba uno que otro tónico, cŏmpatrĕm, *cuémpadre;* cŏncŭba, *cuéncoba*, se eliminaron luego, quedando sólo alguno como compŭtus, *cuento*, que tiene apoyo en la conjugación (§ 6 ₃).

2] La acumulación de sufijos que sobre todo veremos en el verbo (§ 126 ₄) produce la conversión de ex- en in-ex-: así exagium, *ensayo;* exemplum, ant. *ensiemplo;* examen, *enjambre;* y por confusión con éstos axungia, *enjundia;* absinthium, *enjenzo* (y *ajenjo*).

3] Todos los prefijos son de origen latino. El artículo árabe *al- a-* no es un verdadero elemento de composición en español, pues no tiene significación alguna: *alcantarilla, alcalde, alquería, adarga, acémila*, etc.; se halla en voces latinas ó griegas arabizadas como *alcázar* (castra); *albérchigo* (persicus); *azúcar* (saccharum), y en voces de origen puramente latino como mitulus, *al-meja;* *materĭneus (por materīnus), *al-madreña;* ó sustituyendo á otro prefijo *ad-morsus, *almuerzo;* ó á otra vocal inicial amygdăla, *almendra;* haemorrh(oides), *almorr(anas)*.

86. CLASES DE PREFIJOS.—Pueden distinguirse compuestos de sólo prefijos, y de prefijo y sufijo á la vez.

1] En los de sólo prefijo pueden distinguirse dos clases, según el oficio del prefijo. En los PREPOSICIONALES el prefijo hace veces de preposición que rige al nombre con que se compone, formando am-

bos un simple complemento gramatical, pues el verdadero nombre no se expresa: *anteojo* = [lente para] ante el ojo. En los ADVERBIALES el prefijo hace veces de adverbio, el nombre que forma parte del compuesto es sujeto cuyo sentido modifica el adverbio antepuesto, y se sobrentiende un complemento: *antebrazo* = brazo ó parte del brazo que está delante [del brazo propiamente dicho]. La palabra *anteiglesia* es un compuesto preposicional cuando significa la lonja de delante de la iglesia, y es adverbial cuando significa iglesia principal ó parroquial; también es curioso en latín ver compuestos de igual palabra, ora con la preposición in, ora con el adverbio prefijo privativo in- (ambos de origen independiente), como inclinis = inclinado (prep.), ó = sin inclinación (adv.), é igual immixtus, immutabilis, etc.—Ejemplos de los principales prefijos. Preposición: exconsul, *exdiputado;* proconsul, po-meridianus, intervallum; y en vulgar ante-annum, *antaño;* in-odium, *enojo;* post-auricula, *pestorejo;* y en romance **a**-*dios*, -*plomo;* **ante**-*pecho*, -*cama*, -*sala*, *antifaz;* **contra**-*veneno*, -*bando*, -*fuero*, -*pelo;* **entre**-*cejo*, -*acto*, -*línea;* **en**-*bozo*, -*salmo* (curación por medio de palabras del salterio); **sobre**-*todo*, -*mesa*, -*cena*, -*natural*, -*humano;* **so**-*capa*, -*panda* (sostén debajo de un pandeo), -*lomo;* **ultra**-*mar*. Adverbio: praecoquus ó praecox; co-gnatus, *cuñado;* bis-coctus, *bizcocho;* bi-saccium, *bizaza;* bifera, *breva*, y bajo latín contraproducentem, vulgar antenatus, *alnado;* compăter, *compadre;* commăter, *comadre*, y romances **ante**-*portada*, -*foso;* **contra**-*prueba*, -*orden*, -*peso;* **entre**-

tiempo, -abierto, -cano, -fino; **sobre**-*diente, -pelliz, -carga, -escrito, -juez, -agudo, -abundante;* **so**-*caz, -chantre;* **tras**-*pie* (pie que se coloca detrás), *-sudor* (sudor que viene tras una congoja); **re**-*bueno* (§ 79 ₃); **bien**-*amado, -andante;* **mal**-*parado, -hallado;* el prefijo privativo latino -in apenas dejó más derivado que in-imicus, *enemigo;* in-firmus, *enfermo*, é in-cincta, mujer *encinta* [1], y fué sustituído por dis, *desdén*, **des**-*hora, -honra, -amor, -honesto, -igual;* **dis**-*gusto, -conforme.*

2] Los compuestos de prefijo y sufijo á la vez se llaman PARASINTÉTICOS, de παρά, que indica la yuxtaposición, y συνθετικός, la síntesis de varios elementos que forman un término nuevo; como *desalmado*, donde sin que exista un substantivo **desalma*, ni un adjetivo **almado*, la reunión de los tres elementos forma un compuesto claro y expresivo. En latín antemuranus, valla alzada ante el muro; antesignanus, soldado que combate ante las banderas; obvius, lo que se encuentra en el camino ó al paso; subterraneus, *soterraño*, y luego *companage, trasnochador, pordiosero, embolado*, etc.

87. COMPOSICIÓN PROPIAMENTE DICHA.—Dos ó más palabras que conservan en la lengua su significado aparte se unen para formar una sola, representando á la imaginación una idea única y adoptando un solo acento. Este en latín podía recaer sobre el primer elemento flavĭcŏmus; pero en romance siempre va sobre el segundo; sólo algún derivado que

[1] Los cultos son abundantes: *indiscreto*, *imposible*, *indirecto*, etc., que se ha vulgarizado *inaguantable*, *indino.*

carece en romance de carácter de compuesto hallamos el acento en la primera parte, como trĭpĕdem, *trébede, treude.* El plural afecta también sólo al segundo elemento, salvo algún caso de unión de dos nombres, intactos, que aún no han fundido enteramente su significado, como *ricoshombres, gentileshombres, casasquintas, guardiasciviles*, junto á *guardiaciviles; hijosdalgos,* junto á *hidalgos, hideperros,* y aunque ahora choca, se hallan á veces, en los buenos autores, plurales como *montespíos, sordosmudos, bocasmangas, bocascalles, salvosconductos.*

88. Clases de compuestos.—Son de tres clases.

1] Compuesto por yuxtaposición. Varias palabras unidas conforme á las leyes sintácticas ordinarias, por usarse á menudo así unidas vienen con el tiempo á soldarse; entonces se borra en el pensamiento la imagen particular de cada una de esas palabras, sustituyéndose con una imagen simple y única. Ora un substantivo y un adjetivo: musaraneus, *musaraña;* avis tarda, *avutarda; vinagre, hilván, disanto, melcocha, murciego,* y viceversa: *bajamar, primavera, mediodía, vanagloria.*—Ora dos substantivos, uno de ellos en genitivo: agricultura, jurisconsultor, que en su forma latina sobrevive en *pezuña, orpimiente, condestable* (§ 74 $_4$), aquamanus, *aguamanos,* y que en español se imitó muy poco: *hi-d-algo, espíritu de vino,* con pérdida de la *d* intervocálica (§ 41 $_2$) *Aldealpozo, Majaelrayo, Maja(d)a(d)elrayo, Puentelareina, Villagonzalo.*—Ora dos adjetivos conjuntos: *sordomudo, tontiloco, jocoserio,* y los substantivos *clarobscuro, altibajo.*—Además hay otra

yuxtaposición fecundísima en los romances y enteramente ignorada del latín; éste carecía de los compuestos de verbo y substantivo que el griego poseía (ἀγέ-στρατος), y usaba sólo los de adjetivo verbal en segundo término, como caprimulgus, armĭgĕr(us) (ἰχθυο-φάγος); el romance abandonó éstos y creó aquéllos: *chotacabras, portaguión, saltatumbas, matamoros, perdonavidas, saltamontes, quitasol, cortaplumas, abrojo, hincapié, sacacorchos;* verbo y adverbio: *bogavante, catalejo;* verbo y vocativo: *tentemozo;* sólo verbos: *tiramira, ciaboga, duermevela, ganapierde, correveidile;* es evidente la forma de imperativo que tiene el verbo en este último; pero la persona Él de presente indic. mezclada con el imperat. aparece en *vaivén*, que primitivamente sería **veiven*. Un perfecto aislado en *cochitehervite.*

2] Compuesto ELÍPTICO. Otros compuestos no son, como los anteriores, una simple suma de dos términos, sino que expresan más ideas que las contenidas en sus dos elementos; la sola yuxtaposición de éstos no tiene sentido por sí, sino se sobrentiende una relación entre ambos. Se forman, pues, mediante la elipsis de una relación, y no son, como los anteriores, producto lento de la fusión de dos palabras y dos ideas que antes vivían juntas sin soldarse, sino que el compuesto nace de una vez, mediante una síntesis de concepción.—Compárense con los de la clase anterior los compuestos de substantivo y adjetivo. El de yuxtaposición *aguardiente* resulta un substantivo, y no significa más que «agua-ardiente,» mientras el elíptico *boquirrasgado* es un adjetivo, y se sobrentiende en sentido posesivo «que tiene la

boca rasgada.» Además, hoy *boquirrasgado*, alterando la final del primer término, suelda más íntimamente sus partes que *aguardiente;* pero esto no es esencial, y hasta el siglo XIV, aunque se decía *rabigalgo*, *cabezcorvo*, *manvacío*, etc., se prefería, acaso por mantener la integridad de los dos términos, *bocarrasgado*, *bocabierto*, *barbapuniente*, «águilas que llaman *cuello albas*,» «cigüeña *pico abierta;*» en el siglo XV se imponía ya *patitieso*, *zanquituerto*, *crestibermejo*, etc., única forma hoy conocida. Estos compuestos son muy raros en el período latino: oridurius, *boquiduro;* oriputidus, nariputens, y en bajo latín barbirasus; la lengua literaria usaba una forma opuesta, con el adjetivo antepuesto: flavĭcŏmus, *pelirrubio;* longĭmănus, *manilargo.*—Dos substantivos. También raro en latín. Los soldados decían arcŭballista, ballesta combinada con un arco, y los labradores caprifīcus, *cabrahigo* ó higuera macho, y sin duda también *cannafĕrŭla, *cañaherla*, cuyo segundo componente no se conserva en español; además *casatienda*, *puercoespino*, *aguanieve*, *coliflor*, *arquibanco*, *calofrío*, *ajipuerro*, *carricoche*, *pavipollo*, *pimpollo*, pino nuevo, etc. Cuando el segundo substantivo tiene valor de genitivo, como *bocacalle*, *bocamanga*, *telaraña*, *maestresala*, *puntapié*, es difícil decir si la elipsis de la relación de genitivo es propiamente sintáctica, ó sólo fonética: *tela(d)earaña*, como es evidente por el artículo en *Aldealpozo* y los casos citados en el número anterior; el genitivo en primer lugar es muy raro: *zarzamora*, *zarzarrosa*, *casapuerta*, *ferrocarril;* en latín cordolium, *cordojo.*—Dos adjetivos, no asociados por copula-

ción, sino de significado opuesto y cuya unión expresa una cualidad intermedia, como *agridulce, verdinegro.*

3] Los compuestos PARASINTÉTICOS son muy pocos: *cadañero*, sin que existan aparte **cadaño* ni *añero; casquimuleño*, caballo con casco pequeño como las mulas; *capigorrón*, maleante que anda en el traje estudiantil de capa y gorra; *sanjuanada.*

NUMERAL

89. CARDINALES.—1]. Los latinos de 1 á 16 persisten en español como en casi todos los romances: unum, *uno, un* (§ 78$_1$); unam, *una;*—dŭos, **dúos*, **duós, dos;* duas, ant. *duas* y *dues*, usado aún en el siglo XIII, luego confundido con el masculino *dos;*—trēs, *tres;*—quattŭŏr, vulgar quattor (§ 30$_2$); *quatro, cuatro* (§§ 39$_4$ y 62$_2$);—quīnque, vulgar cinque (§ 66$_2$), *cinco*, con vocal final influída por *cuatro;*—sĕx, *seis*, y anticuado y asturiano *seyes* con adición de *y* (§ 68);—sĕptem, *siete;*—ŏcto, *ocho;*—nŏvem, *nueve*, y ant. también *nuef* (como también se decía *alef* junto á *aleve*, *naf* junto á *nave*, *nuf* junto á *nuve*);—dĕcem, *diez;*—ūndĕcim, vulgar ŭndĕce (port., fr., prov. «onze;» cat. «onse»), *onze*, mod. *once;*—duōdĕcim, vulgar dōdĕce (§ 30$_2$); ant. *dodze, doze;* mod. *doce;* leonés *dolze* (§ 60$_5$);—tredĕcim, *tredze, treze, trece;* leonés *trelze;*—quatt(u)ordecim, *catorce* (§ 39$_4$); quīndĕcim, *quinze, quince;*—sēdĕcim, ant. *sedze, seze.*

2] Este último numeral se perdió en la lengua

moderna y se formó analíticamente *diezyseis*. Esta tendencia analítica invadió en lo antiguo hasta el número 12, y se dijo en algunas regiones *diez e dos, dizedos, dizetres;* pero en la lengua moderna sólo se usó desde el 16 al 19, y en vez de septendĕcim se adoptó la forma analítica ya usual en el latín clásico decem et septem, y lo mismo por octodĕcim y novendĕcim se dijo decem et octo, d. et novem. Sólo hay que advertir que en lo antiguo se reducía el diptongo de *diez,* diciendo *dizesiete*, *dizeocho*.

3] De 20 á 100 se conservaron todas las decenas latinas: vīgĭntī (§ 11 $_2$), ant. *veínte*, *veyente* (§ 68), mod. *véinte* (§ 6 $_2$) (y lo mismo viginti unus, v. duo, v. tres, etc.);—trigĭnta, *treínta*, (§ 71), mod. *tréinta;*—quadragĭnta, *quaraenta*, dial. *quaranta*, mod. *cuarenta;* —quīnquagĭnta, *cinquaenta,* dial. *cincuaenta,* mod. *cincuenta;*—sexagĭnta, *sesaenta,* arag. *xixanta*, m. *sesenta;*—sept(u)agĭnta (§ 30 $_2$), *setaenta*, *setenta;* —oct(u)agĭnta (no octōg.), *ochaenta,* arag. *otaenta, ochenta;*—nonagĭnta, ant. *nonaenta,* y *novagĭnta, *novaenta,* arag. *novanta,* mod. *noventa;*—cĕntum, *ciento, cient*, *cien* (y centum unus, centum duo, etc.). Berceo dice una vez *tres vent* por 60, sin duda copiando la numeración vigesimal que el francés usó por influencia del antiguo galo: «deux vins, treis vinz, quatre vins.»

4] De 200 á 900 el español conservó tres compuestos latinos: dŭcĕnti, -ae, -a, *dozientos*, *-as*, rehecho en *doscientos*, *-as;*—trĕcĕnti, -ae, -a, *trezientos*, *trescientos*, *-as;*—quingĕnti, *quinientos*, *-as;*

pero formó nuevo compuesto para quadringenti, sexcenti, septingenti, octingenti, nongenti, diciendo *cuatrocientos*, *seisc-*, *setec-*, *ochoc-*, *novec-*.

5] Mīlle, *mill*, *mil*, junto al cual se usa substantivado el adj. milliarius, ant. *millaria*, mod. *millar* (forma culta, la popular *mijero* designa la milla), y el vulgarismo *milenta* formado analógicamente sobre las decenas. En vez de los compuestos duo mīlĭa, tria mīlĭa, decem milia, se usan otros en que el plural milia fué sustituído por el singular mille: *dos mil*, *seis mil*, porque antiguamente se usaba la perífrasis *dos vezes mil, quaraenta vezes mil*. La voz *millón* es moderna y deriva del ital. «milione;» de ella se sacaron *billón*, *trillón;* en la Edad Media se decía **mil vezes mil*, desconociéndose numeral superior á *mil;* por lo que decían las Partidas, II, 21, 2: «mil es el más honrado cuento que se puede seer, et de allí adelante non puede haber otro cuento nombre señalado por sí, et ha de tornarse por fuerza a seer nombrado por los otros que diximos que se encierran en el millar.»

6] Respecto de la flexión, el romance restringe aún la ya restringida flexión del latín. 1 distingue género y número; en composición con decenas, centenas ó millares sólo distingue el género y tiende á perderlo cuando precede al subst.: ant. «*veintiuna* casa» mod. «*veintiuna* casas» ó «*veintiún* casas.» 2 en lo antiguo distinguía el género; modernamente sólo lo distingue *ambos*. La flexión latina de 3, como distinguía sólo el masc.-fem. trēs del neutro tria, no pudo subsistir; así que de 3 á 99 no hay flexión. Las

centenas distinguen el género, como en latín. No se conservó el plural milia.

90. Ordinales. — 1] Primarius (no primus), *primero, -er, -era;*—secundus, *segundo, -a;* —tertiarius (no tertius), *tercero, -er, -era;*—quartus, *quarto;*—quintus, *quinto.* De 6º en adelante la lengua moderna usa casi sólo las formas cultas copiadas del latín más ó menos mecánicamente: v. gr., *quincuagésimo* y el nuevo *cincuentésimo;* las formas populares que existieron desde 6º á 10º se perdieron ó se conservan substantivadas: sĕxtus, *siesta* (vulg. sĕstus, como dĕxtĕra, *diestra;* comp. § 10_3);—sĕptĭmus, ant. *sietmo;*—octavus, *ochavo;*—nōnus;—dĕcĭmus, *diezmo.* De 11º en adelante se olvidaron las formas latinas; salvo que la lengua antigua substantivó quadragēsĭmus, *quaraesma, cuaresma*, y quinquagēsĭma, *cinquaesma.* En vez de postremus se dijo *postrero, -er, -era* (§ 71).

2] La lengua antigua poseía un sufijo ordinal que aplicaba á todos los números desde 2, especialmente desde 7 en adelante. Es el sufijo adjetivo -ēnus, que el latín aplicaba á los distributivos (seni, septeni, noveni, deni, viceni, centēni); sirvieron de punto de partida *seteno, noveno, centeno*, y luego se hicieron *quatreno, cinqueno, sesseno, ocheno, dez-, onz-, doz-, trez-, catorz-, dizesses-, dizesset-, veynteno, veynt e dosseno, veynt e tresseno;* se perdieron, y sólo sobrevivieron algunos como substantivos colectivos, *las setenas, decena, docena, cuarentena.*

3] Con estos ordinales se usaba el cardinal para los compuestos de *uno:* «la estrella *veynte e una,*» y

á veces para los otros: *la quaraenta, la quaraenta e dos*, etc. Modernamente en números más altos de 20 se usa también el cardinal por el ordinal; en números más bajos lo tiene por galicismo Vargas Ponce en 1791; por ejemplo, decir *siglo trece, epístola doce:* «ya se ha impreso repetidas veces *Luis quince* y hasta *Alfonso diez;* se dirá en breve *Carlos tres*, y *Pío seis.*» Bello admite con razón, sin nota de extranjerismo, *la ley dos, el capítulo siete, el siglo diez y nueve.*

91. MÚLTIPLOS Y FRACCIONARIOS.—1] De los multiplicativos sólo duplex, *doble*, y triplex, anticuado *treble*, dejaron derivado vulgar; los demás sólo culto: *simple, duplo, triple, cuádruplo,* etc., ó traduciendo el -plex latino: «le vuelvo *cuatro doblado*», «con *cien doblada* alegría»; la perífrasis latina con el adverbio numeral «bis tantum, quinquies tantum,» es la que da el múltiplo vulgar más usual: *dos tanto, cuatro tanto, ciento tanto.*

2] Para los fraccionarios, salvo dimidia, que en vulgar se sustituyó por medietatem, *mitad*, el latín no tenía forma especial; usaba el ordinal sobrentendiendo pars: tertia, quarta, de donde se tomaron *tercia, cuarta.* La lengua culta los usa más generalmente en terminación masculina [1].

Además, la lengua reparó en el único sufijo ordinal tónico (§ 83 ₁) que existe en latín, que es el de octavus, y tomó *-avo* como terminación fraccio-

[1] *Décimo* influyó para que se aceptara el substantivo *céntimo* por *centésimo*, cambiando el acento del fr. centîme.

naria *dozavo*, *centavo*, ant. *sextao*, *veinticuatrao*, *trentao* [1].

[1] El sufijo -ĭmus de *sietmo* y *dieẓmo* sirvió para formar *seismo* ó *sesmo* y algún otro usual en las revesadas particiones de medidas y propiedades antiguas; en un documento de 1211 se halla «uendemos ennas acennas de fuera la *diẓeduesma* part del quarto del medio *sesmo*.»

CAPITULO VI

EL PRONOMBRE

92. IDEA GENERAL.—El pronombre tenía en latín por lo general una flexión algo diferente que el nombre, y en romance ambas flexiones se diferencian bastante. El nombre perdió todos los casos latinos, salvo el acusativo, mientras el pronombre mantuvo, además del acusativo, el nominativo singular (en los pron. personales, demostrativos y relativo), el genitivo de singular (en el relativo), el de plural (en el dialectal *lur*, § 97 $_2$), el dativo singular (en los personales de 1.ª y 2.ª persona) ó el singular y plural (en el personal de 3.ª persona). Además el pronombre conservó el género neutro singular (en el personal de 3.ª persona, en los demostrativos y en el relativo), que el adjetivo dejó perder. Para esta notable diferencia que existe entre la flexión del nombre y del pronombre, influyó en parte el haber mayor distinción entre ciertos casos en la flexión pronominal latina que en la mayoría de la nominal; pero, sobre todo, el deseo de la lengua de buscar transparencia y facilidad en la expresión.

Fuera de esto, la flexión del pronombre muestra otra riqueza, distinguiendo en el caso régimen dos formas: una acentuada y otra inacentuada; distinción cómoda en que aventaja el romance al latín

clásico. En éste se usaba sólo mi junto á mihi; Ennio empleó sam, sos, sis, por suam, suos, suis, formas acortadas del posesivo que sin duda conocía el latín vulgar.

PRONOMBRE PERSONAL

93. FORMAS ACENTUADAS.—1] Primera y segunda persona. El nominativo ĕgo se abrevia en latín vulgar ĕo, que da *ieo, **ío* (§ 10 ₂), *yo* (§ 31 ₂ *b*) — tū, da *tú*. — El aragonés ant. usa el nominativo *tú* para el caso régimen con preposición: «tú et tod el pueblo *con tú*,» «si *á tú* plaçe,» como el provenzal ant. y el catalán; el arag. moderno extendió este uso á la 1.ª persona *con yo*, *pa yo;* como el provenzal moderno, «per yeou;» valenciano, «á yo.»

El dativo mī ó mĭhī da *mi* — tĭbī, *tí* — ambos siempre usados con preposición para todo caso régimen; las formas latinas mecum, tecum, se ofrecen en documentos vulgares: mīcum, ticum; y anteponiendo otra vez la preposición ya pospuesta, resultan los pleonasmos *conmigo*, *contigo*.

En el plural sólo hay una forma de nominativo-acusativo: nōs, *nos;* vōs, *vos*, usados en lo antiguo; pero que al fin de la Edad Media se reemplazaron por *nos-otros*, *vos-otros*, antes empleadas enfáticamente para poner la 1.ª ó 2.ª persona en contraste con otra, y luego usadas en todo caso como formas únicas: *nos* y *vos* quedan relegados al estilo elevado y cancilleresco. En vez de nobiscum, vobiscum, decía el vulgar noscum, voscum (§ 74 ₂), de donde los anticuados *con nusco*, *con vusco*.

2] El pronombre reflexivo sigue igual flexión, salvo carecer de nominativo y tener el plural igual al singular: dativo, sĭbī, *sí; consigo*.

3] El latín no tenía pronombre especial para la tercera persona: cuando necesitaba de él empleaba cualquiera de los demostrativos; pero el romance escogió ille.

En singular el nominativo sirve para el caso sujeto y el caso régimen con preposición. — Masc.: ĭlle, *elle*, forma usada en el Poema del Cid y en los textos de la primera mitad del siglo XIII (Berceo, Alexandro, Fuero Juzgo); esta forma tenía una variante: *elli*, usada por Berceo y otros [1]. Desde el siglo XIII se impuso como general la apócope *él* (§ 63 $_6$). — Fem.: ĭlla, *ella*. — Neutro: ĭllud, *ello*.

En plural el acusativo sirve para el sujeto y el régimen. — Masc.: ĭllos, *ellos*. — Fem.: ĭllas, *ellas*.

94. FORMAS INACENTUADAS PARA EL CASO RÉGIMEN.—1] La primera y segunda persona sacan sus formas átonas del acusativo. — Singular: mē, *me*; tē, *te*. — Plural: nōs, *nos*; vōs, *vos*; ésta, á fines del siglo XV, empezó á generalizarse en la forma abreviada *os* (antes, en unión del imperativo, § 115 $_3$); Nebrija en 1492 da como forma única la de *v-* inicial, *vos*; pero en el siglo XVI Juan de Valdés decía que

[1] La *-i* final de algunos pronombres puede explicarse por la influencia de la tónica de *qui* (§ 101 $_1$). Esto es más sencillo que acudir á las variantes del latín vulgar ĭllī, ĭstī, etc., cuyo resultado romance debiera ser **ille*, **iste* (§§ 11 $_2$ y 28 $_1$), que para convertir en *elli*, *esti* debiéramos suponer influído por la inicial de *elle* y por la final tónica de *qui*.

«tal *v*· nunca la vereis usar á los que agora escriben bien en prosa.» Por influencia de la consonante inicial de *me* se dijo *mos* en vez de *nos* en algunos diplomas antiguos, en el lenguaje villanesco de nuestro teatro y hoy en el habla vulgar de muchas regiones. Además, por influencia de *te* se dice en Ribagorza y parte del Somontano de Aragón *tos*, por *vos* ú *os*, «llegátos á casa».

2] Igual es el reflexivo sē, *se*, para sing. y plural. En el habla vulgar de Castilla, Aragón y América se le añade la *-n*, signo de plural del verbo «al marchar*sen* ellos, siénten*sen* ustedes, váya*sen*.»

3] La tercera persona difiere en distinguir el dativo del acusativo.

Singular. — Dativo masc. y fem.: ĭllī, **ille*, *le*; dialectal *li*. — Acusativo masc.: ĭllum, **ello*, *lo*; fem.: illam, *la*.

Plural. — Dativo masc. y fem.: illis, *les*; dial. *lis*. — Acusat. masc.: ĭllos, *los*; fem.: illas, *las*.

Se notará que en todos los casos pierde la sílaba inicial ĭl-; pero el dialecto leonés conservaba la *ll* en el dativo *dió·lle*, y en castellano sólo por disimilación cuando el dativo iba unido á un acusativo del mismo pronombre **dió-lle-la*, formando ambos un todo átono (todo que no se forma cuando al dativo sigue el artículo también átono *dió-le la-carta*), el cual *lle*, sustituyendo la *ll* por *g* (ambas eran en lo antiguo palatales continuas, § 35), fué en castellano antiguo *dió·ge-lo*, y en moderno *dió-se-los*; igual serie de cambios ocurre en collēcta, ant. *collecha*, vulgar *cogecha*, mod. *cosecha*. Cuando el dativo es plural, su *-s* se asimila á la *l-* siguiente (comp. en la pro-

nunciación rápida de hoy: todo' los días), y por *dió-lles-lo*, como se dice en leonés, se dijo *dio-ge'-lo, dióselo á ellos.*—En el uso las funciones del dat. y acus. aparecen bastante confundidas; el leísmo domina en Castilla, atribuyendo á *le* funciones del acusativo masculino *lo,* y aun lo extiende al plural *les* por *los;* aunque menos, se aplica á la vez el laísmo que atribuye al acusativo *la*, *las* funciones de dativo femenino, y entre el vulgo se abusa también del loísmo atribuyendo á *lo* significado de dativo.

4] Todas estas formas enclíticas podían perder en los antiguos romances su *-e* final del singular cuando la palabra en que se apoyaban terminaba en vocal; y así, no añadiendo sílaba, daban á la lengua brevedad y energía que se perdió después por buscar la uniformidad gramatical: «aqueste escaño quem diestes; *siempret* maldizré; *nos* detiene; *fuel* veer,» y la *m* y la *t* sufrían los cambios propios de consonantes finales: «*tengon* por pagado; *fusted* meter tras la viga» (§§ 62 $_1$, 63 $_1$), ó de mediales: «vos ruego *quemblo* fagades»; *tóveldo* = túvetelo (§§ 59 $_3$, 57 $_3$). Como las consonantes *m* y *t* dejaron pronto de ser finales en romance, la apócope del pronombre de 1.ª y 2.ª persona cayó en desuso ya en el siglo XIV. Subsistió hasta fines de la Edad Media la de 3.ª persona.

5] Otra manifestación de la unión íntima de estos enclíticos con la palabra acentuada es su fusión fonética, ora mediante asimilación: *serville* = servirle; *tornase* = tornarse (§ 106); ora mediante metátesis: *dalde* = dadle; *dandos* = dadnos (§ 115 $_3$).

6] La tendencia opuesta á acentuar el pronom-

bre es mucho menos marcada; en poesías del siglo XVI, y hoy día, se dan ejemplos de *levántaté, entiéndemé*, siempre con imperativos, para redoblar su fuerza.

PRONOMBRE POSESIVO

95. GENERALIDADES.—El posesivo en español se deriva únicamente del acusativo latino.—Tiene dobles formas, pero no tan radicalmente distinguidas en la lengua antigua como las del pronombre personal. Verdad es que la lengua moderna llegó á distinguirlas completamente; pero aun así, más bien que formas tónicas y átonas debemos llamarlas formas de pronombre substantivo y de adjetivo; pues si bien estas últimas en el lenguaje general de Castilla la Nueva, etc., son hoy átonas poclíticas, *mi-pádre, nuestra-cása*, no lo eran en castellano antiguo *mió pádre*, ni lo son en la pronunciación de varias regiones como León y Castilla la Vieja, donde se dice *mí pádre*.—El pronombre adjetivo llevaba antiguamente artículo, como por arcaísmo se conserva aún en la traducción del Padrenuestro: *el tu nombre, el tu reino;* el español moderno, al hacer proclítico el posesivo, le despojó del artículo.

96. POSESIVO DE UN POSEEDOR.—1] Como substantivo tenemos para el masculino mĕŭm, **mieo, mío* (§ 10 $_2$), que en español antiguo era también *mió* (§ 6 $_2$), «mientre lo mió durare non vos faldrá aver» es un verso de 7 + 7 sílabas; *mió* subsiste hoy en Asturias.—meos, *míos*, ant. y ast. *miós*. Para el femenino mĕam, *mía*,—meas, *mías*.

Como adjetivo, se usaban antes para el masculino las mismas formas *mío*, *-s* y *mió*, *-s*, subsistentes ambas en Asturias; así en versos de siete sílabas hallamos «myos antecesores,» ó bien «catando mio fijuelo,» y para el femenino *mía*, *-s* (raro); *míe*, *-s; mi*, *-s:* se distinguía, pues, diciendo «*mie* madre e *mió* padre;» pero las confusiones son antiguas, y á principio del siglo XIII se podía decir ya en leonés «*mió* muyer,» prefiriendo el masculino para todos los usos, como hoy en Asturias; mientras en Castilla, prefiriendo el femenino, se mezclaba á veces «*mio* padre e *mi* hermano,» y esta última forma al fin excluyó enteramente á *mio*.

2] Substantivo mascul.: tŭum, sŭum, *tuo*, *suo*, reducido á *to, so*, ó á *tuyo, suyo* (§ 68), en donde se ve la influencia del posesivo relativo *cuyo;* el plural añade una *-s*. Femenino: tuam, suam, *tua*, *sua*, mod. *tuya*, *suya*.

Adjetivo: las formas *-uo -a*, *-uyo -a* del substantivo son raras en uso adjetivo: «*suo* señor e *suos* amigos,» más raro aún: «con las *suyas* cuerdas.» La forma corriente del masc. era *to, so*, y la del femenino *tue*, *tu*, *sue*, *su;* hay manuscritos del siglo XIII y XIV que distinguen con regularidad los géneros; pero las confusiones abundan en toda la Edad Media, y lo mismo se decía *sus* que *sos estrellas*, ó *to* lo mismo que *tu poder*, y al fin prevalecieron las formas femeninas como exclusivas para todos los usos; en asturiano subsisten *to*, *so* para el masculino y femenino.

97. POSESIVO DE VARIOS POSEEDORES.—1] El latín junto á vester conocía ya vŏster, y la analogía generalizó esta forma en el latín vulgar: nŏs-

trum, vŏstrum, dieron *nuestro*, *vuestro*, con -*s* en plural, con -*a* en femenino. Se usan como subst. y adj.; como adj., en la Edad Media existía, aunque raro, *nuestre*, femenino con final igual á *mie*, *sue*, etc. La lengua antigua y vulgar conoce otra forma: *nuesso*, *vuesso*, con un desarrollo raro de -str- (que tiene una pareja en monstrare, *mossar*, *demuessa*, etc.), contra el § 51 ₁; y con influencia de la inicial del posesivo de un poseedor, se dice también *muesso*, como se dice *mos* por *nos*.

2] Para la 3.ª persona, el español, el portugués y el rético, igual que el latín, usan el mismo suus, *su*, como posesivo de uno y de varios. Pero los demás romances crearon un derivado del genitivo illorum para el posesivo de varios; el aragonés lo conocía también: *lure*, *lur*, plural *lures*, probablemente advenedizo del provenzal ó catalán.

PRONOMBRE DEMOSTRATIVO Y ARTÍCULO

98. NOTICIA GENERAL.—1] Los demostrativos y el artículo en español se derivan del nominativo latino de singular y del acusativo de plural. Conservan el neutro singular, siempre como substantivo.

2] En vez de hic, iste, ille, el romance establece una gradación con iste en primer término, ipse en segundo (pronombre de identidad latino, que los romances tomaron como simple demostrativo) y un compuesto de ille en tercero. Ille por sí solo sirve de pronombre personal y de artículo. Hīc se perdió, salvo en frases como hoc anno, *ogaño*; hac hora, *agora*, *ahora*. Ipse conservó su signi-

ficado clásico sólo en algunos compuestos arcáicos que se hallan en textos del siglo XI al XIII: sepse, *sese;* sibi ipsi, *sise;* suus, ipse, *suyose;* ille ipsus, *eleiso* (uno con altro sese inquinare; si él por sise fiziesse penitencia; las animalias se son vestidas de suyose; per sibi eleiso); aún se puede añadir alguna frase: por ejemplo, «como yo esté harto, *eso* me hace que sea de zanahorias que de perdices.» El pronombre de la identidad fué en romance el reforzado metipse en superlativo (gr. αὐτότατος); la partícula de refuerzo met, no sólo se usaba tras los pronombres ego-met-ipse, *yo mismo,* sino que en latín se anteponía simplemente á ipse, de donde med--ipsi(ssi)-mus (§ 66 $_3$), *meismo, mismo;* éste tomó los dos sentidos de ipse y de idem. El determinativo definido is se perdió en todos los romances.

3] Los demostrativos se refuerzan en latín con el adverbio demostrativo ecce, por ejemplo: eccillan (fr. ant. icele, mod. celle); eccistam (fr. iceste, cette), y en latín vulgar además con el demostrativo ya reforzado ĕccum (en los cómicos latinos por ecce eum), de donde eccu(m)iste, *aqueste, aquese.* También se refuerzan con alter pospuesto: *estotro, esotro, quillotro,* etc.

99. Los tres pronombres en particular.—
1] ĭste, *este,* ant. también *est* ó *esti;* la *-i* final no se explica sino por influencia de la tónica de *qui* (§ 93 $_3$, nota); ĭsta, *esta;* —ĭstud, *esto.*—Plural: istos, *estos;* istas, *estas.*

2] ĭpse, *ese* (§ 49), ant. también *es* ó *essi;*—ĭpsa, *esa;*—ipsum, *eso.*—Plural: ipsos, *esos;* ipsas, *esas.*

3] eccu(m)-ille, *aquel*, ant. *aquelli*, *aquella*, *aquello*. Comp. § 128 $_2$.

100. El artículo no existía en la lengua latina; sólo en la última época el latín vulgar sintió la necesidad de hacerse con un artículo como el griego, y se lo creó de diversas maneras en los diversos territorios romances.—1] El artículo no es sino un demostrativo que determina un objeto más vagamente que los otros demostrativos, sin significación accesoria de cercanía ni alejamiento; sirve sólo para señalar un individuo particular entre todos los que abarca la especie designada por el substantivo; así que cualquier demostrativo pudo haber debilitado su significación y quedar con la vaga determinación de artículo. En la lengua antigua se usan en este sentido vago todos los demostrativos: «mio Cid aguijó con *estos* cavalleros quel sirven» (se refiere á *los* caballeros en general); «vayamos en *aquel* dia de cras» (*el* día de mañana); «*es* dia es salido e *la* noch entrada es.» Pero en general los romances se fijaron en el derivado de ille, salvo en Cerdeña, las Baleares, algo de Cataluña y Gascuña, donde prevaleció el de ipse (sa casa = la c.); un documento antiguo aragonés usa siempre también *esse* como artículo.

2] El artículo es átono desde su origen; prueba de ello es que, para abreviarlo, se perdió la sílaba primera del pronombre, la que llevaba el acento cuando tenía su plena fuerza pronominal. Sólo el nominativo masc. ĭlle, por llevar *-e* final (§ 28 $_3$), mantuvo la inicial; en los demás casos se conservó la sílaba final por llevar vocal más resistente y por expresar la flexión; singular: ĭlle, *el* (§ 63 $_6$), y en

lo antiguo ante vocal *ell*, mantenida la *-ll-* como medial de palabra (ell estudio, ell apostóligo); ĭlla, *ela* (ela casa, ela iglesia), simplificada la *-ll-* por influencia del masculino *el*, y abreviado en *la* generalmente, salvo ante nombres que empiezan por vocal, especialmente *a-*, con los cuales se abreviaba en *el* ó *ell* (ell alma, el alimosna, el otra, del estoria); Nebrija aún podía decir de tres modos: *la espada*, *el espada, ell espada;* pero luego se admitió *el* tan sólo en el caso de que siguiese *á-* acentuada;—ĭllud, *elo* (elo que ovier), *lo*.—Plural: ĭllos, *elos*, *ellos* (ellos condes), *los;*—illas, *elas*, *las*.

3] Contra el § 98₁, en vez del nominativo singular se conservó el acusativo en antiguo leonés y aragonés *lo* (lo Egipto, por lo anno); aun hoy en Sobrarbe se dice *lo fuego* y *o fuego* (perdida la *l-*, como os machos, as navajas, etc.)

4] El artículo es generalmente enclítico; hoy sólo se suelda á la preposición precedente en *del* y *al;* pero antes á todas las terminadas en vocal: *fazal* alba, *contral* monte, *sol* manto; y en período anterior, sobre todo en leonés, aun á las terminadas en consonante: *pollas* casas; *enno* palacio; *conna* otra (asturiano mod.: pol mundo, pola; nel fuego, na, nos; col, colas); los manuscritos castellanos, aunque no verificaran esta soldadura, indicaban la enclisis escribiendo unida la preposición y el artículo: «enla parte dela huerta.»

La proclisis y apócope se halla en aragonés y leonés con el masculino *lo:* «l'uno et l'otro, l'espíritu,» y con el femenino *la:* «l'agua, l'alteza» (compárese el'alma, punto 2 de este párrafo).

PRONOMBRE RELATIVO É INTERROGATIVO

101. QUI, CUJUS, QUALIS.—1] En el latín vulgar de España la flexión del relativo se redujo al nominativo masc. quī, al acusat. masc. quĕm y al neutro quĭd: estas formas se emplearon lo mismo para el acusat. que para el nominativo, para el singular que para el plural, para el masculino que para el femenino, pues no se creyó necesario precisar el género y el número que van ó pueden ir determinados con claridad por el antecedente del relativo. Se reservaron para designar personas *qui* y *quien* (masc. y fem., sing. y plur.), generalmente sin artículo ni otro determinativo: es raro «aquel quien,» etc., que (masc. y fem., sing. y plur.) sirvió para personas y cosas, con y sin determinativos. En el siglo XIV caía ya en desuso *qui*, por inútil duplicado de *quien;* éste en el siglo XVI se creó un plural: *quienes*, que aunque calificado todavía de inelegante por Ambrosio de Salazar en 1622, se generalizó, si bien aun hoy día se dice alguna vez «los pocos ó muchos de *quien* ha tenido que valerse.»

2] También se conservó en español, portugués y sardo cūjus, -a, -um; *cuyo -a, -os -as.*

3] Qualis, -e, además de expresar la cualidad, sirve en todos los romances como simple relativo, precedido del artículo *el, la cual; los, las cuales.*

PRONOMBRES INDEFINIDOS

102. SUS GRANDES CAMBIOS.—Si los pronombres anteriores conservan con relativa exactitud los

tipos latinos, en los indefinidos se perdió casi todo el caudal latino y se sustituyó por otro de formación nueva.

1] Algunos se conservan en romance, como unus, *uno;* el neutro arcáico alid por aliud, antic. *al.* De omnis y totus subsiste sólo el segundo, *todo;* de alius y alter, sólo *otro;* de quidam y certus, sólo *cierto;* de nemo y nullus, sólo *nul, nulla,* anticuado.

2] En vez de él subsiste una formación romance nueva: nec unus, *ninguno* (§ 128 $_4$), y también homo natus: «non lo deve fazer *omne nado,*» y luego «non es *nado* que lo pueda fazer;» en vez de nihil se dijo res nata, *nada;* en vez de quisque se dijo cata usado en la Vulgata, (gr. κατά) *cada, cadauno;* en vez de quilĭbet, qualislĭbet, etc., se usaron los equivalentes *quien* ó *quiquier* (ant.), *qualquier, qual-se-quiera,* etc.; el plural es *quienesquiera, cualesquiera.*

3] En cuanto á la flexión, vemos que en general la tienen igual á los adjetivos *otro -a, -os -as;* pero hay una tendencia á dotarla de las particulares terminaciones de la de los pronombres. Así, la *-i* final de *qui*, la *-ien* de *quien* y la *-e* de *este, ese*, se introdujeron en *otri, nadi,* y *otre, misme,* y *otrien, álguien* (por **álguen*), que se acentuó también *alguién, ninguién*, y aun fundiendo las dos terminaciones *-i* y *-e* se dijo *otrie, nadie,* todas envejecidas menos *alguien* y *nadie.*

CAPITULO VII

EL VERBO

103. Comparación general de la conjugación latina y española.—La conjugación fué conservada por el romance en muy buen estado, contrastando con el olvido de la declinación. Mientras las desinencias casuales por su vaguedad (§ 74$_2$) resultaron instrumento inservible en romance, las desinencias verbales, completamente claras y terminantes, se mantuvieron vivas. Entre *am-abas* y *am-emus* hay una riqueza de diferencias precisas en las relaciones de modo, tiempo, número y persona que no permite confusión alguna; las desinencias *-abas* y *-emus* encerraban en latín, y siguen encerrando para los pueblos neo-latinos, una idea absolutamente clara, un sentido preciso, transportable á cualquier otro verbo de invención nueva.

La conservación de la conjugación no fué, sin embargo, perfecta. El verbo latino, que ya representa un estado empobrecido del verbo indo-europeo, pues carecía de la voz media, del modo optativo, del número dual, continuó empobreciéndose en latín vulgar, sustituyendo varias formas sintéticas por otras analíticas. Dejó perderse la voz pasiva entera, salvo el participio *amatus* (con el cual, unido al verbo *esse*, expresó las formas personales de la pa-

siva *soy amado*, etc.) De los tiempos perdió el futuro indicativo amabo (sustituyéndolo por la perífrasis *amar-he*); en el subjuntivo el imperfecto amarem (sustituído por el pluscuamperfecto), y el perfecto amavěrim (sustituído por *haya amado*); el infinitivo pasado amavisse (sustituído por *haber amado*); el participio futuro amaturus y los dos supinos amatum y amatu (que no reemplazó por una forma especial). Además se enriqueció con tiempos que en latín no existían, como *he amado*, *hubiese amado*, *amaría*, *habría amado*. Todas estas perífrasis son de dos clases: una, muy numerosa, se forma con el participio pasivo del verbo y todos los tiempos de los auxiliares *haber* (activa) y *ser* (pasiva); otra se forma con el infinitivo del verbo y sólo el presente é imperfecto indic. del auxiliar *haber*, produciendo el futuro y el condicional; estas dos últimas formas llegaron con el tiempo á constituir una síntesis gramatical: *amaré*, *amaría*, semejante á la del futuro latino amabo, cuya característica -bo proviene del auxiliar fui.

Las personas latinas se conservaron todas, salvo las 3.as de imperativo: amāto, amanto (sustituídas por el pres. subj. *ame, amen*), y las 2.as enfáticas: amāto, amatōte.

FONÉTICA VERBAL

104. La fonética y la analogía.—El verbo se sujeta en general á las mismas leyes fonéticas que otra palabra cualquiera. Pero se comprende que las múltiples formas que reviste un mismo tema en la

conjugación, estando unidas estrechamente entre sí por la unidad esencial de significado, no pueden dejar de influir unas sobre otras más fuertemente que dos palabras extrañas en su origen: así que la analogía (§ 71) es mucho más activa en la conjugación que en ninguna otra parte del dominio gramatical, y continuamente veremos formas que tuercen su desarrollo fonético para seguir la analogía con otras del mismo paradigma conjugable. El que habla advierte en la conjugación un TEMA que encierra la idea verbal y una DESINENCIA que modifica esa idea con circunstancias de modo, tiempo y persona; así que tiende á mirar el tema como invariable, pues invariable es la idea que expresa, y así unas veces la lengua conserva intactas las variaciones fonéticas de un tema como: **sient**-*es* (sĕntis), **sint**-*amos* (sĕntiamus); otras veces busca la uniformidad como en **vist**-*es* (vĕstis), **vist**-*amos* (vĕstiamus). A menudo veremos casos por el estilo. Como ejemplos notables de creación de unas formas á imitación de otras, véase el de *muñir* y *henchir* citados (§ 105 $_5$); el de *honrar* (§ 106 $_2$); las variaciones del tema de presente (§ 112 etc.), ó las del tema verbal en general (§ 105); las mudanzas de acento (§ 106) ó de desinencia (§ 107$_3$), etc., etc. La acción analógica no se ejerce sólo entre las formas de un mismo paradigma latino: es frecuente el cambio de paradigma, ora total (§ 111), ora parcial, como en el cambio de forma de perfecto, creándose los perfectos débiles en vez de los fuertes latinos (§ 119 $_1$), ó asimilando unos perfectos fuertes á otros (§ 120 $_3$), el gerundio al tema del perfecto (§ 115 $_3$).

105. Diferencias entre el vocalismo de la conjugación ir y el de la er.—1] La lengua hizo una diferencia profunda entre las conjugaciones *-ir* y *-er*. La vocal temática *-e -o* de la conjugación *-er*, fué sustraída á los cambios fonéticos que le imponía la yod, sea ésta propia de la flexión latina (§ 113), sea desarrollada en la flexión romance; salvo en parte el verbo teneo (que hace *tengo*, conforme al § 10 $_5$; pero *teniendo* contra el § 18 $_2$), los demás no hacen caso alguno de la yod, que sólo es acatada por los verbos en *ir;* así *ver*, *deber*, hacen *veo* vĭdeo, *debo* dēbeo, contra el § 11 $_2$, mientras *medir* lo acata diciendo *mido* mētio. Esto trae una diferencia radical para los verbos con tema de vocal *e* ú *o*, según sigan la conjugación *-er* ó la *-ir:* los en *-er* no mudaron nunca su vocal, aunque el verbo en latín tuviese yod, mientras los en *-ir* inflexionaron su vocal siempre, lo mismo cuando el verbo tenía yod en latín, como en los ejemplos dēbeo, vĭdeo, vĕnio, etc., que cuando no la tenía, como en compĕto, quaero, que tomaremos precisamente como ejemplos en el punto 2. La única excepción á esta doble regla la forman los perfectos fuertes y sus tiempos afines, que adoptan una vocal suya propia independiente de la del resto del verbo; los de la conjug. *-er* no hacen caso de la invariabilidad de la vocal *e:* así quaesit, *quisiste, quisiese;* y los de la conjug. *-ir* no hacen caso de la inflexión: así *viniste*, *vinimos*, *viniera;* esta excepción en su comienzo era sólo de los verbos que en el perfecto tenían ī, como *dixiste*, *misiste*, y luego se extendió á los que tenían otras vocales, como *quisiste*, *fiziste* (§ 120 $_4$ fin y $_5$).

2] Tomemos aparte los verbos con vocal temática *e*. La diferencia se notará mejor en verbos iguales con doble conjugación; el tema coincide en las formas que carecen de yod etimológica ó analógica, y divergen bajo la influencia de la yod.

Sin yod.

-er	-ir
competer, -petimos, -petí, querer, verter,	competir, -petimos, -petí, requerir, advertir.

Con yod latina.

competa, competamos, queramos, vertamos,	compita compitamos, requiramos, advirtamos.

Con yod romance (§ 18 2).

competió, competiendo, queriendo, vertió, vertiera.	compitió, compitiendo, requiriendo, advirtiera.

Según esto, *ferviente*, por su *e* (además de por su *f-*), es un arcaísmo, resto de la conjugación *ferver*, perdida; mientras *hirviente* es la forma correspondiente á la conjugación *hervir*. Como regla práctica puede darse ésta: las formas débiles (§ 106) de los verbos en *e...-ir*, tienen *e* ante una *i* acentuada, y en todos los demás casos la influencia de una yod les hace tomar vocal *i;* esta vocal domina, pero no atrajo á sí las formas con *e* porque la disimilación ante *í* tónica lo impedía. Debe advertirse que los perfectos fuertes (§ 120) se sustraen á esta inflexión así: *viniste*, *vinimos*, *viniera*. El imperfecto en la lengua antigua ofrecía yod é inflexión (§ 117 2).

Los verbos con *e* temática tenían en latín ĕēĭ. Los que tenían ī deben mantenerla en romance, ora tónica, ora átona (§§ 12 y 19), y así tenemos *vivo, vivimos, vivir, escribía, escribir;* pero como estos verbos son tan pocos, y los en *e* ofrecían tantas formas con *i*, tendían á confundirse, y dīcĕre, frīgĕre y rīdēre hicieron *decir, decimos; freir, freí; reir, reíste;* es decir, tomaron vocal *e* por disimilación ante toda *í* acentuada (§ 66 ₁, salvo en el perfecto fuerte *dijimos*, etc.), y conservaron su *i* en los demás casos: *digo, frió, rieron*, con lo que vinieron á coincidir con el paradigma de los verbos *e...-ir;* antiguamente se dijo también *vevir* y *escrebir;* pero estas formas analógicas no prosperaron sino entre el vulgo, que añade *decedimos, ad- re-metir* y otros. El caso contrario de verbos *e...-ir* asimilados á la poco numerosa clase de los *i...-ir* es naturalmente muy raro; no obstante, recĭpio, á pesar de su hermano *concebir* hizo todas sus formas con *i: recibir, recibimos, recibiste* [1].

3] Semejante diferencia encontramos entre los verbos *o...-er* y *o...-ir;* las formas verbales con yod, citadas en el número anterior, pueden compararse en los verbos *recorrer* y *recurrir;* y en igual caso están *coger, coja,* respecto del anticuado aragonés *cullir, culla* ó los arcáicos *confonder, toller*, respecto de *confundir, tullir.* Pero aquí se simplificó en extremo la diferencia: así como los verbos *o...-er* no alte-

[1] Los verbos cultos *imprimimos, dirigir, dividís, redimiste*, que en latín tienen ĭ, no son chocantes (véase página 32, nota [1]).

ran nunca su vocal temática (salvo el extraño *pudiendo*, por influencia del perfecto fuerte *pude*, en vez del ant. y pop. *podiendo*), así tampoco los en *o...-ir* mudaron de vocal, adoptando para todas sus formas *u...-ir*, aunque no tuviesen yod en el paradigma latino, y lo mismo se dijo *huímos* que *huyendo;* dado que en estos verbos no había la razón de disimilación que alegamos respecto de los verbos *e...-ir*, se comprende que las pocas formas con *o* sintieran la atracción de las formas con *u*. Pero esta uniformidad es moderna y el vulgo de muchas regiones conserva los arcaísmos *ordir, compliste, cobría*, etc. La lengua literaria conserva todavía tres verbos que mantienen la vocal *o* (ó *ué*) en las formas sin yod, y son: *podrir* (en camino de convertirse en *pudrir*), *dormir* y *morir* (§ 114 $_{1}$ $_{b}$ y $_{2}$); mayor excepción constituye *oir*, que salvo en las formas muy arcáicas *udades, údi* (ajustadas al § 114 $_{1}$ $_{b}$), nunca altera su *o*.

Una vez que los verbos *o...-ir* uniformaron su vocal en *u*, coincidieron en su vocal temática con los verbos que tenían en latín ū, que en todas sus formas también habían de tener *u*, como addūcĕre, *aducir;* sólo en la lengua antigua eran posibles el paso de estos verbos con ū al paradigma *o...-ir: adocir somir, somí* (§ 114 $_{1}$ $_{b}$); paso análogo al de *decir, freir, reir*.

106. Acento del verbo.—Para abreviar, aplicando caprichosamente dos términos de la gramática alemana, llamaremos formas verbales fuertes las que tienen el acento en el tema (*áma, díje*), y débiles las que lo tienen en la terminación (*amámos, amába*).

1] El acento latino se conserva en general; así, salvo la reformación de algunos verbos compuestos de prefijo (§ 6 $_3$), los verbos que tienen esdrújulas las formas fuertes perdieron su postónica interna: rĕcŭpĕro, *recobro;* cŏllŏcas, *cuelgas;* vĭndĭcant, *vengan;* vĭgĭlat, *vela;* cŏlli(g)at, *coja;* tempĕra, *templa* [1]. Es de notar que estas formas fuertes tenían á veces en latín acento movible á causa de la yod de derivación, y el romance uniformó el lugar del acento, ora prescindiendo de la yod (§ 113 $_4$): apĕrio hizo *ábro*, uniformándose con apĕris, *ábres;* apĕrit, *ábre;* é igual copĕrĭo, copĕrĭs, *cúbro -es;* repaenĭtĕo, -paenĭtes, *arrepiénto -es;* ora tomando por norma las formas con yod: recĭpĭo, *recíbo*, sirvió de norma á recĭpis, *recíbes;* recŭtio, *recúdo*, influyó sobre recŭtis, *recúdes*.

2] Algún verbo rehizo sus formas fuertes en vista del infinitivo y demás formas débiles; así honōrare, honōrabant, *honrar*, *honraba*, etc., sirvieron para formar *honro, honren*, etc., que no salen de honōro, honōrent. El substantivo *estiércol* impidió la pérdida de la protónica en stercŏrare, *estercolar* (§ 24 $_5$), y sobre este infinitivo se rehicieron las formas fuertes stercŏro, *estercólo*, ant. *estercuelo.*

[1] Como así quedan todas estas formas siempre llanas en el verbo castellano, los verbos cultos dislocaron el acento latino para hacer llanas las formas latinas esdrújulas *recupéro*, *colóco*, *vigíla* y otros muchos, como súpplico, imágino, fructí-, amplí-, notí-fico, detérmino, hábito, árrogo, ággrego, élevo, íntimo.

3] Los verbos en *-iar* conservan el acento latino en el tema: abbrĕvĭo, *abrévio;* allevĭo, *alivio;* cambĭo, *cambio; copio, envidio, codicio, ajusticio, aprecio, espacias, concilia, rabio;* rumĭgo, *rúmio;* litĭgo, *lidio;* pero del infinitivo *-iár* se sacó una forma sin diptongo, acentuando *ío*, á imitación de los verbos en *-ear* que hacen *éo*, y como *paseár*, *paséo*, se dijo de *vaciár*, *vacío* junto *á vácio* (ésta es la acentuación clásica), *ánsio* junto á *ansío* (ambas acentuaciones en Espronceda), *vidría* (así Becquer, etc.) junto á *vídria* (acentuación hoy corriente), con lo cual se hace resaltar más la derivación verbal, diferenciando fuertemente el verbo del nombre que le sirve de base: *yo auxilío*, auxilĭo, *reconcilío; él se gloría*, glorior; formas que en el lenguaje literario todavía admiten hoy el diptongo átono (*auxílias, reconcílian*), con otras que no admiten sino el acento en la *i: varío*, varĭo; *amplío*, amplĭo; *contrarío*, *él expatría*, *historía*, *inventarío*, aunque coincida con el del nombre: *enfría*, *espía*, *envía*, invĭat (astur. *úmbia*). Los verbos *-ear* tenían etimológicamente *-éo*, *señoréo*, *falséo* (§ 125 $_{2c}$), y á ellos se amoldaron otros de diferente origen, como fūmĭgo, *huméo;* delīnĕo, *delinéo*. Este, sin embargo, á causa de *línea* se dice también *delínea*, *alíniense*, junto á *alinéense* (aunque los gramáticos tachan esta acentuación como incorrecta); la vacilación entre *-ear* é *-iar* es vieja: el Poema del Cid, en vez de *cambiar*, dice *camear*, y el vulgo de todas partes la continúa, prefiriendo *-iar:* en Asturias, *trapiar*, *trápia*, *estrópia*, pero al contrario *cambear;* en Colombia, Chile, la Argentina, etc., *golpiar*, *galopiar*, *rastriar*, pero

también abundan los casos contrarios: *copéas* (por *cópias*), *agravéo*, *aprecéo*, *congracéan*, *rucear* = rociar.

4] En cuanto á la acentuación de las formas verbales en particular, hay que observar:—*a)* Las personas Nos, Vos, tienen generalmente acento diferente que las otras cuatro y conservan la diferencia en romance el Pres. ind., subj. é imp.; pero en cuatro tiempos lo uniforman, retrayendo el acento: IMPERFEC. INDIC.: amabāmus, amabātis, erāmus, erātis, se acentuaron donde amant, erant, diciendo: *amábamos*, *amábais*, *éramos*, *érais*. PLUSCUAMPERF. INDIC.: amaverāmus, -verātis, fuerāmus, fuerātis, *amáramos*, *fuérais*. PLUSCUAMPERF. SUBJ.: amavissēmus, -vissētis, vidissētis, *amáseis*, *viésemos*. FUT. SUBJ.: amaverīmus, venerītis, *amáremos*, *viniéreis*.—*b)* La mayoría de los perfectos fuertes se uniformaron con los débiles ó normales (§ 119 ,), quitando el acento del tema: jácui se hizo *yació*, á amitación de *partió*. Y aun en los perfectos fuertes conservados se conservaron sólo en el singular (Yo, El); pero amoldaron el plural (Nos, Ellos) al de los perfectos débiles, así como los tiempos afines al perfecto (§ 120 ,). —*c)* La conjugación -ĕre se perdió en masa, uniformando su acento sobre el de la -ēre, tanto en el infinitivo (§ 110), como en Nos, Vos, Pres. indic., y Vos, imperat.; así vendĭmus, vendĭtis, vendĭte se acentuaron, como vidēmus, -ētis, -ēte; *vendemos*, *vendéis*, *vended*. El único resto de la conjugación -ĕre lo ofrecen en español tres verbos: fác(ĕ)re, *fer;* fác(ĭ)mus, *femos;* fác(ĭ)tis, *feches;* fac(ĭ)te, *fech;* vá(dĭ)mus, *vamos;* va(dĭ)-

tis, *vádes;* trahĭte, *tred,* todas anticuadas menos *vamos, vais.*—*d)* Para el imperfecto indic. en la Edad Media acentuado *ponién* (§ 117 $_{2}$).

107. Las desinencias.—El latín tiene tres clases de desinencias verbales: unas generales, otras propias del imperativo y otras del perfecto indic.

1] Desinencias generales:—Yo, -**m**, que se pierde (§ 62 $_{1}$), ó ninguna desinencia.—Tu, -**s**, conservada hasta hoy (§ 62 $_{2}$).—El, -**t**, perdida (§ 62 $_{3}$), pero que todavía aparece alguna vez escrita en los primeros monumentos: *sientet, facet,* si bien parece simple recuerdo de la ortografía latina; además de la *-t* se puede perder la *e* que la precede en la conjugación *-er, -ir,* según el punto 4.—Nos, -**mus**, *-mos;* en Ribagorza *-n, cantán, cantában, podén;* para algún cambio de acento, v. § 106 $_{4\,a\,c}$; la *-s* final de *-mos* se pierde al unirse al pronombre enclítico *nos, vámonos, salímonos,* y lo mismo en el perfecto *hizímonos.*—Vos, -**tis**, ant. *-des* y mod. *-is* (§ 28 $_{3}$), por pérdida de la *-d-* entre vocales (§ 41 $_{2}$), ocurrida en dos épocas diferentes. En virtud del § 106 $_{4\,c}$, las formas esdrújulas de esta persona en la conjug. -ĕre, vendĭtis, *vendédes,* desaparecieron; pero se crearon otras según el § 106 $_{4\,a}$ (*amábades, amárades, amásedes, amáredes*), y su suerte fué diversa: en el siglo XIII conservaban su *-d-* lo mismo las formas llanas, *amades, faredes,* que las esdrújulas *amabades, faríades;* en el siglo XV las formas llanas perdían la *-d-*, *amáes -áis, -ás, soes -ois -os, quereis -és, decís;* pero no las esdrújulas, que mantuvieron la *d* hasta bien entrado el siglo XVII, en que Cervantes, Lope, Quevedo y Tirso todavía prefieren *amábades, hubiessedes,*

mientras Villegas en las Eróticas, 1618, olvida la dental. En aragonés antiguo se perdió la *e*, tanto en las formas llanas como esdrújulas, y se hizo *podíaç* = podiades, forma conservada hoy en Sobrarbe y Ribagorza: *podez* = podedes; *cantábaz* = cantábades. —Ellos, -**nt**, -*n*, sólo en muy antiguos manuscritos *sabent*, *dant*.

2] Desinencias del imperativo.—Tu, sin ninguna.—Vos, -**te**, -*d* (véase § 115 $_3$, y 103 fin); la -*d* antiguamente podía escribirse *t*: *andat*, *sabet*. También se pierde en ciertas regiones (§ 63 $_1$, nota), y esa pérdida estuvo de moda entre nuestros clásicos: *andá*, *hazé*, *subí;* como hoy, por ejemplo, en la Argentina: *amá*, *poné*, y en la lengua literaria ante el enclítico -*os*, *andáos*, *salíos*. En leonés antiguo conserva la -*e dade*, *fazede*, *salide*, y moderno *dai*, *facei*, *sali*, como en portugués.

3] Del perfecto.—Yo, -**ī**, -*e*.—Tu, -**sti**, -*ste*. Como esta desinencia no lleva la -*s* que caracteriza á la desinencia general, vino á añadírsele, diciendo el vulgo de todas partes *tomaste-s*, *dijiste-s;* ya hay ejemplos de esta práctica vulgar en el siglo XVIII (Cañizares, 1676-1750), y debe ser más antigua, pues también dicen *cogites* por cogiste los judíos de Oriente salidos de España á principios de la Edad Moderna.—El, -**t**, perdida; en un manuscrito del siglo XI se halla *cadiot* = cayó.—Nos, -**mus**, -*mos*, para un cambio de acento (§ 106 $_{4\,b}$).—Vos, -**stis**, -*stes;* hasta el siglo XVII sólo se decía *amastes;* pero se quiso uniformar esta desinencia con la general y, ó se la proveyó de la dental de *amássedes*, etc., diciendo *dístedes*, tendencia que no arraigó, ó se la

proveyó del diptongo de *amais*, diciendo *amábays*: esta forma se acepta ya en el paradigma de una Gramática de 1555, aunque en las Novelas Ejemplares de Cervantes, 1613, aparece sólo una vez: *hizisteis;* Calderón todavía usa *-tes*, pero luego se generalizó *-teis*.—Ellos, -runt, *-ron*.

4] En las desinencias verbales aparece á veces *-e* final latina que debe perderse tras *t*, *d*, *s*, *z*, *r*, *n*, *l* (§ 28 $_3$), y se pierde, en efecto, cuando alguna de estas consonantes es propia, no del tema, sino de la desinencia, es decir, de todos los verbos, lo cual sucede en los infinitivos: amare, *amar*, y Vos imperativo, ama-te, *amad*. Pero cuando esa consonante aparece en el tema, esto es, en unos pocos de verbos sí, y en todos los demás no, entonces la lengua vacila y propende á conservar la *-e* para uniformar la terminación de todos los verbos; esto sucede en Vos imperativo de las conjug. *-er*, *-ir*, donde pierden la *-e*: salī, *sal*, *val*, *vale; pon*, *ten*, *ven*, *haz*, restos modernos de las más abundantes formas arcáicas *pit* = pide; *promed* = promete; *descend* = desciende; *fier* = hiere; ast. *cues* = cose, *ofrez*, los cuales conservan su *e* como la mayoría que no podía perderla: *corre*, *cumple*, *inche*, etc. Otro caso en que la pérdida de la *-e* final latina es eventual por depender de la naturaleza de la consonante del tema, es en la persona Yo de los Perf. Fuertes y Tu de todos los Perf., que antiguamente eran *pud*, *pus*, *quis*, *vin*, *fiz*, *dix*, *trox* = traje; *adux*, *of* = ove (§ 120 $_3$); *pris* = prise ó prendí, y *salvest* = salvaste; *fust* = fuiste; *prometist*, *recebist*, etc.; esta segunda persona no era admisible en español moderno (que rechaza *-st* final, § 63), ni en la pri-

mera podrían admitir la apócope *supe*, *cupe* y otros, ni modernamente *hube;* así que la uniformación se impuso, conservando siempre la *-e*. En el caso de *-e* final romance, en que había una *-m* ó *-t* final latina, el español moderno nunca pierde la *-e* (§ 28 ₃); pero antiguamente se podía perder, siendo éstos los casos: el Pres. indic. de los verbos *-er*, *-ir: faz*, *plaz*, *merez*, *suel*, *sal*, *pon*, *tien*, *vien*, *quier*, *pued*, todas, menos la última, usuales hoy en asturiano; así como *tos*, *cues* = cose. Yo El, Pres. subj. de los verbos *-ar: pech*, *pes*, *perdón* = perdone; muy rara. Yo El, Pluscuamperf. subj.: *dixies*, *fablas*, tan corriente como *dixiese*, etc., usual hoy en asturiano. Yo El, subj.: *mandar*, *vinier*, *quisier*, usuales también en asturiano.

EL INFINITIVO Y LAS CONJUGACIONES

108. Forma del infinitivo.—La *-e* final se pierde (§ 63 ₄). Alguna vez que aparece como en *alaudare*, *mirare*, etc., no es debida á la etimología, sino á una parágoge posterior usual en la poesía antigua ó en las montañas de León y Ribagorza. La *r* final en algunos dialectos desaparece (andaluz, alto aragonés), y en otros se asimila al pronombre personal *l-* *s-*: *vedallo*, *marchasse*. Sólo merece notarse que la asimilación *cogella*, etc., no muy abundante en la Edad Media, se puso de moda en la corte de Carlos V por predilección de Garcilaso, y aunque la desecharon los secretarios de Felipe II, continuaron usándola los poetas durante todo el siglo xvii.

109. Conjugación -are.—De las cuatro conju-

gaciones latinas la en -are era la más rica, y lo continúa siendo, con mucho, en romance. No se enriqueció con verbos de las otras conjugaciones latinas, de las cuales permanece aislada, salvo en raros casos comunes á los romances, como torrēre, *turrar;* minuĕre, *menguar;* mŏllīre, *mojar;* mejĕre, *mear;* fidĕre, *fiar,* comp. (§ 124) [1]; pero en ella ingresaron los verbos de origen germánico: trotten, *trotar;* wîtan, *guiar* (salvo los terminados en -jan que van á la conj. en *-ir,* alguno con duplicado en *-ecer:* rôstjan, *rostir;* warjan, *guarir, guarecer;* *warnjan, *guarnir, guarnecer;* véanse los verbos citados, § 4 ₄), y según ella se formaron y se siguen formando cuantos verbos nuevos crea la lengua: todos los sufijos derivativos son de esta conjug. salvo uno: -scere (§ 125). Es la conjugación fecunda por excelencia.

110. Conjugaciones -ēre y ĕre.—Ya el latín vacilaba en algunos verbos fervĕre, olĕre, fulgĕre, stridĕre, y varios romances ofrecen el paso de -ĕre á -ēre en sapére, cadére, capére, potére (por posse); pero el latín vulgar de España (salvo en Cataluña) verificó la fusión completa de las dos conjugaciones, olvidando la -ĕre: *correr, leer, romper, verter.* Sobre algún resto de la conjugación -ĕre, el infinitivo *fer,* etc., v. § 106 ₄ *c.* Esta conjugación no ha adquirido verbos de las otras (sal-

[1] El culto *prosternar* está influído, no sólo por consternare, forma accesoria de consternĕre, sino por *postrar,* que á su vez está sacado del participio prostratus de prostérnere.

vo un raro caso, como tussire, *toser*), y sí ha perdido muchos que pasaron en corto número á la -are y en abundancia á la -ire; no se presta á ninguna formación nueva más que con el sufijo -scere (§ 125 [1]), por el cual únicamente podemos considerar á la conjugación -ere como dotada de fecundidad, considerable en el período primitivo del idioma, aunque casi ninguna hoy.

111. La conjugación **-īre** es la segunda en riqueza después de la -are. Como se distingue por llevar yod en el pres. indic. yo y nosotros, y en todo el imperf. indic. y pres. subj., se atrajo aquellos verbos en -ĕre que llevaban esa misma yod; la identidad de fugio con sentio hizo que ya los autores latinos ofreciesen ejemplos de la confusión fugīre en vez de fugĕre, cupīre en vez de cupĕre, parīre en vez de parĕre, moriri en vez de mori, por donde los romances dicen *huir*, *parir*, *morir*, y el español dice *sacudir* por succŭtio -ĕre, *recibir* por recipĕre, *concebir* (otros, como capio, sapio, los conserva en *-er*). Además, pues la *e* en hiato sonaba en latín vulgar como yod, podían también confundirse con sentio los verbos en -ēre; como ejemplos antiguos, comunes á varios romances, pueden citarse repaeniteo, *arrepentir;* luceo, *lucir;* putreo, *podrir;* compleo, *cumplir;* impleo, *enchir*, y el español añade otros varios, como rideo, *reir;* mŏneo, *muñir*, etc. Sin la semejanza de la yod pasan otros verbos á la conjugación -ire, como exconspuere, *escupir;* sequi, *seguir;* sufferre, *sufrir;* dicĕre, *decir;* petĕre, *pedir*. En otros casos la lengua vaciló entre las for-

mas *-er* é *-ir;* por ejemplo, *recorrer* y *recurrir; herver* (en el Diccionario de Nebrija, y vulgar en España y América) y *hervir* (literario); *decender* y *decendir* (ambos en Nebrija); *cerner, verter* (literarios), y *cernir, vertir* (vulgares en América); *combater, toller, render, eñader, cofonder* (anticuados), y *combatir, tullir, rendir, añadir, confundir* (modernos); *coger, tener, querer, atrever* (literarios), y *cullir, tenir, queri(r), atrebi(r)* (aragonés ant. y mod.)[1] (véase § 105 $_2$ y $_3$). Además, esta conjugación se apropió algunos verbos de origen germánico (§ 109). Pero todos estos aumentos los recibió en el período primitivo del idioma, y después quedó como conjugación enteramente estéril para la producción de nuevos verbos.

Sobre las particularidades de su vocalismo, véase el § 105.

EL PRESENTE

112. TEMAS TERMINADOS EN GUTURAL.—1] En los verbos *-ar* el subjuntivo ofrece á la gutural condiciones diversas que el indicativo, ya que éste la hace seguir de *a* y aquél de *e;* en el subjuntivo, pues, la gutural debiera palatalizarse (§ 34), pero no lo hace por influencia del indicativo: *llegue, pague, llague,* y lo mismo en los verbos cultos: *aplaque*, etc.

[1] Los verbos cultos convierten generalmente la conjugación ere en *ir*, como *fingir, regir, restringir, afligir;* no obstante, tenemos *competer* (aunque junto á *competir, repetir*), *compeler, ejercer*, ant. también *exercir;* por su significado más vulgar parecen populares *so-, co-, re-meter*, frente á *di-, ad-, re-mitir* cultos.

2] En los verbos *-er, -ir*, el subjuntivo ofrece en contacto con la gutural una *-a;* pero no todo el indicativo ofrece *-e -i*, sino que la persona yo ofrece también vocal posterior *-o*, sirviendo de apoyo al subjuntivo; así que á causa de este mayor equilibrio se mantuvo la variedad fonética *digo diga dices, hagan hacen, nazco naces;* lo mismo *aducir* y semejantes (v. punto 3). No obstante, hay casos de uniformación en que también cede el subjuntivo: coq(u)o hacía antiguamente *cuego, cueces*, pero luego se uniformó *cuezo, cueces*, y los verbos en *-ngo*, que hacían antes *plango plañes, tango tañes, cingo ciñes, costringo*, etc., hacen hoy *plaño, taño, ciño, costriño, fraño* [1].

3] Los incoativos hacían antes etimológicamente *na-sco, mere-sces*, luego *-sco, -çes*, y después la *ç* (ó *z*) entró en lugar de la *s* para asemejar ambas terminaciones, diciéndose *-zco, -ces*. Esta conjugación se extendió por analogía á otros verbos en *-cer* que en latín no llevaban sufijo incoativo, como *yacer, yazco* (ant. *yago*), *yaces, complazca, mezca* (así desde el Fuero Juzgo hasta Lope y Hermosilla; hoy se generaliza *meza*), y lo que es más raro, verbos en *-ucir*, como *a- con- tra- re-duzco* (ant. *adugo*), *re- des- luzca*, que sobre no tener sufijo incoativo, no siguen la conjugación *-er*.

112 bis. Verbos cuyo tema tiene ĕ ŏ y otros

[1] Los verbos cultos no tienen *ñ: restrinjo, finjo* (popular *heñir*), *unjo*. El infinitivo sirve de base para todo el verbo como en los verbos con gutural simple: *elijo, colija, exija, rijamos*.

ANALÓGICOS.—1] El presente tiene nueve formas fuertes (yo, tú, él, ellos, del Pres. indic. y subj., y tú del Imperat.), mientras las siete restantes son débiles. Esta mudanza del acento no tiene importancia cuando la vocal del tema es a, ē ĭ, ī, ō ŭ, ū, pues éstas igual sonido tienen cuando acentuadas (castīgo, *castígo*), que cuando potónicas (castīgamus, *castigámos*); pero cuando el verbo lleva ĕ ŏ habrá de tener *ie ue* en las nueve formas fuertes (tĕnto, *tiento*, y lo mismo tĕntas, tĕntat, tĕntant; tĕntem, tĕntes, tĕntet, tĕntent; tĕnta), y *e o* en las siete débiles (tĕntamus, *tentamos*, tĕntatis; tĕntemus, tĕntetis; tĕntate; tĕntantem, tĕntandum). En igual caso están trĕmulo, *tiemblo;* re-paenĭtes [1], *arrepientes;* crĕpo, ant. *criebo*, mod. *quiebro, quiero, enciendo, vierto;* cŏllŏco, *cuelgo;* decŏllo, *degüello;* fŏllĭco, *huelgo, ruego, suelo, cuento*, y todos los demás verbos con ĕ ŏ.

2] Pero esto no es absolutamente regular. Las siete formas débiles sin diptongo y todos los otros tiempos de la conjugación influyeron sobre las nueve formas con diptongo para que lo perdieran: expendo se decía en la Edad Media *espiendo, espiendes, espiende, espendemos, espendedes*, y las últimas formas atrajeron las primeras, y hoy se dice *espendo, espendes;* lo mismo sucedió con praesto *priesto*, intĕgro *entriego*, mŏrat *muera*, confŏrtat *confuerta*. En el siglo XVI se decía todavía *vie-*

[1] Esta es la ortografía de los mejores manuscritos latinos, no poenitet, y la apoya la fonética española.

da vĕtat, *tiempla* tĕmperat, *aniega* nĕcat, *arriedro* ad-rĕtro, *pretiendo*, hoy desusados, y siempre se decía *atiesta*, *derrueca*, que hoy tienden á suprimir el diptongo. En *aterrar* quieren los gramáticos hacer una distinción entre *atierro* en sentido de echar por tierra, y *aterro* en el metafórico de consternar, creyendo, sin duda, que en esta segunda acepción el verbo se deriva de *terror*. Siempre se dijo *tornan*, *compran*, etc. Sólo dialectalmente se halla *respuendo* en Asturias, *suerbo* en Asturias y América, *avientan* en Salamanca. El literario *aventan* es chocante contra el número siguiente.

3] El caso contrario de que las nueve formas con diptongo influyan sobre toda la conjugación es, naturalmente, más raro. Sólo se pueden señalar ejemplos de verbos derivados de un nombre con diptongo, la forma del cual está presente á la memoria del que pronuncia el verbo; así, el substantivo *diezmo* ó el adjetivo *grueso* influyen para que se diga *diezmar*, *engruesar*, y de igual modo *deshuesar*, *amueblar* [1], *adiestrar*, *entiesar*, cuyas formas sin diptongo se van desusando, y el vulgo añade otros muchos: *empuercar*, *regüeldar*, *meriendar*, y nunca se dice sino *aviejar*, *ahuecar*, por ser de formación posterior á los antes citados. Fuera de este caso de verbos de origen nominal, el leonés y aragonés antiguos ofrecen bastantes ejemplos, como *emiendar*, *tiengades*, *ruegamos*, etc.; en la lengua literaria se puede señalar uno: lĕvare en la Edad Media se conjugaba etimo-

[1] Adviértase que *mueble* lleva diptongo, derivando de mōvĭlis por influencia del verbo mŏveo.

lógicamente *liévo, liévas, liéva, levámos, levádes; ly-* se pronunció *ll-* y se extendió á todo el verbo: *llevo, llevamos, llevar.*

4] La abundancia de los verbos de doble forma, con y sin diptongo, atrajo á sí á otros que no tenían en su tema ĕ ni ŏ. En la Edad Media se usaban las formas etimológicas *sembran*, sēmĭnant; *pensa*, pēnsat, al lado de las analógicas *siembran, piensa;* en el siglo XVI era usual *frega*, frĭcat, y hoy día se usa *plega, rep-, desp-*, plĭcat, juntamente con *friega, pliega.* Así se introdujeron también *riega nieva,* que en latín tienen ĭ, y *cuela, cuesta, consuela, muestra,* que tienen ō. En los dialectos hay más ejemplos: *cueso, cueses*, cō(n)suo, se usa en Asturias y América; en Buenos Aires y Montevideo es general el diptongo para los verbos en *o: ruempa, tueses, duebla.*

113. Presentes con yod derivativa.—Muchos presentes de las conjugaciones -ere, -ire, ofrecen una yod en las personas Yo pres. indic., y en las seis del pres. subjuntivo; esta mezcla de formas, con yod y sin ella, trae complicaciones en el desarrollo que no existen en los verbos en -are, ya que en éstos, si se ofrece la yod, es uniformemente en toda la conjugación como parte del tema y no como elemento flexional; se comprende la diferencia de doleo doles, y al-līneo al-līneas, calceo -eas, malleo -eas, lanceo -eas, spolio -ias.

En el resultado fonético de la yod derivativa deben considerarse tres casos:

1] Si el tema acaba en las consonantes continuas -ny -ly, en vez de resultar *-ñ -j* (§ 53 ₅, ₆)

(que sólo se ve en el aislado mŏneo, *muño*), se halla *-ng -lg*, pues queriéndose conservar la *-n* ó *-l* que aparece en todas las demás formas sin yod, se modelaron sobre los verbos en *-ngo*, como *plango, plañes* (§ 112 ₂), diciéndose tĕneo *tengo*, tĕnes *tienes*, *vengo*, y analógico, aunque sin yod latina, *pongo*. A imitación de los verbos en *n* se hicieron los en *l*: *valgo, salga*, junto á los ant. *valo, sala*, á los que primitivamente se añadió *suelgo sueles, tuelgo tuelles*, y uno en *r*: *fiergo fieres*. Se vino á añadir también un verbo en *-s*: *asir* (problamente del germánico sazjan), que hasta el siglo XVI era *aso ases*, y hoy es *asgo ases*. Estos verbos con *-g* en las siete formas con yod tuvieron fuerza para asimilarse otros del núm. 2 y 3 de este párrafo, según diremos.

2] Si el tema acaba en explosiva sonora + yod, resulta *-y*, que se pierde cuando la precede *e-* ó *i-* (§ 53 ₃): *cadĕo (vulgar *cadēre, por cadĕre), ant. *cayo*; *cades, *cades, caes*; video, ant. *veyo*, mod. *veo*; vides, *vedes, vees, ves*; sedeam, *seya*, mod. *sea*; rīdeo, *riyo, río*; rīdes, *ríes*; audio, ant. *oyo*; audis, ant. *odes*; habeam, *haya* (§ 53 ₁); y analógicos vadam, *vaya*; rado, *rayo*; radis, *raes*; rodat, *roya*; rodis, *roes*; *trago, ant. *trayo*; *tragis, *traes*; credo, ant. *creyo*.— Este estado primitivo sufrió dos alteraciones principales. El verbo *oir* propagó la *y* á otras formas (véase abajo ₅); en fugio, el segundo verbo donde vemos la *y* en todo él, puede tenerse por etimológica fugis, *huyes* (§ 43 ₁), y por analogía de éste todos los verbos cultos en *-uir*, destrŭĕre, *destruye*; de-, re-stĭtuĕre, *destituyes*; dis-, con-,

at-tribuĕre, *contribuyen; in-, ex-, re-, con-cluyes, arguye; in-, re-fluir, disminuir.*—Varios verbos tomaron la *g* de los del núm. 1 de este párrafo; en el siglo XVI aún se decía *cayo, caes; trayo, oyo;* y luego se generalizó *caigo, caes; traigo, traes; oigo, oyes,* y junto á *rayo* se dice *raigo,* y aunque no son hoy usados deben recordarse otros presentes en *-ay* y los en *-uy,* que nuestros clásicos hacían alguna vez *haiga, vaiga, huiga, destruigo, restituigo;* el vulgo sigue aún usando los tres primeros y añaden otros, por ejemplo en Bogotá: *creiga, leiga, reiga* = ría.

3] En tres casos en que el tema acaba en explosiva sorda + yod, ésta se atrae á la sílaba anterior capio **caypo, quepo* (v. § 9 ₂, y para la conservación de la sorda tras el diptongo *ay,* comp. lo dicho § 47 ₃), capis *cabes,* sapiat *sepa,* sapit *sabe,* placeat *plega,* placet *place.* Este último desacuerda de los dos anteriores en debilitar la sorda; además, estando aislado entre los terminados en *-c* (v. núm. 4 de este párrafo), y usándose frecuentemente unido á otro subjuntivo de la conjugación *-ar,* «que pese ó que plega,» se dijo á veces *que plegue,* sin que nunca haya existido un verbo **plegar* con sentido de placer ó agradar.—Los verbos en *-c* siguieron más generalmente otro camino, asimilándose á los del núm. 1 en tomar la *g;* la alternancia de consonante en *yago, yaces* (núm. 4), provocó la mezcla de ambas en *yazgo,* y lo mismo en *plazgo:* coquo da *cuego;* coquis, *cueces;* luego, nuestros clásicos dijeron á veces *cuezgo, cueces.* Igual *conduzgo, conduces, aduzgo, reduzga,* usado por Cervantes y hasta no hace mucho.

4] Falta aún advertir que gran porción de los verbos -ere, -ire, perdieron su yod derivativa por influencia de las muchas formas que carecían de ella. Ya en latín existían fĕrvo, ŏlo (romance *hiervo, huelo*), de la conjugación -ĕre, junto á las formas corrientes de la conjug. -ēre [1]. Ejemplos de temas acabados en consonante continua: dŏleo, *duelo* (ant. también *dolgades*); sŏleo, *suelo* (leonés *suelgo*), y todos los en *-r:* fĕrio, *hiero* (ant. *fiergo*); apĕrio, *abro;* pario, *paro.* Ejemplos con explosiva sonora: dēbeo, *debo;* mŏveo, *muevo;* ardeo, *ardo.* En los temas de explosiva sorda debe notarse que los en *-t* nunca modifican ésta á causa de la yod, aunque esa yod influya en la vocal temática: recŭtio, *recudo;* mētior, *mido;* foeteo, *hiedo;* partio, *parto;* vĕstio, *visto;* sĕntio, *siento;* paeniteo, *arrepiento;* mĕntio, *miento,* y que los en *-c* tampoco, así: fac(i)o jac(e)o *hago yago,* facis jaces *haces yaces*, confundiéndose con el paradigma dico dicis.—La yod contada ó no para la uniformación de acento (§ 106 ₁).

5] Mucho más raro es el caso contrario de uniformación del paradigma generalizando la yod á todas las formas: mŏneamus, *muñamos, muño,* etc., sirven para formar todo el verbo *muñir;* en igual caso está *enchir,* citado (§ 53 ₇); audio, ant. *oyo, oya*, etc., propagaron la *y* á las otras formas: *oyes* (en vez de audis, *odes*, **oes*), *oye*, menos cuando sigue otra *i;* para esto había también el apoyo

[1] Los verbos cultos pierden también la yod: persuadeo, *persuado;* nutrio, *nutro.*

del gerundio *oyendo* y del perfecto *oyo*. En cuanto á *huir* y sus afines, véase arriba punto 2.

114. Influencia de la yod derivativa en la vocal de los verbos en **-ir**.—Según la fonética, la yod debe obscurecer la vocal precedente, sea tónica ó átona; pero ya sabemos que esto sólo sucede en los verbos *-ir*, no en los *-er* (§ 105, con la excepción de *oir*). Veamos los pormenores de la influencia de la yod; en los ejemplos que á continuación se pondrán van muchos que no tienen yod en latín, ó que la perdieron en latín vulgar (§ 113 $_4$), en los cuales señalaremos expresamente las formas como analógicas sólo en cuanto á la vocal temática, no en cuanto á la yod.

1] Según la fonética, ē ĭ y ō ŭ bajo la influencia de la yod deben hacerse *i* y *u*, tanto cuando son tónicas (§§ 11 $_2$, 14 $_2$), como cuando átonas (§§ 18 $_2$, 20 $_2$). Pero las siete formas del presente con yod (yo indic. y todo el subj.), atrajeron á sí en más ó menos número las cinco formas sin yod, viniendo aquéllas á tomarse como características de la conjug. *-ir*, á diferencia de la *-er*.

a) En el caso de vocal temática ē ĭ la atracción analógica fué sólo de las formas fuertes; que, pues en la conjug. *-ar* y *-er* eran todas iguales (*tiento, -as*, *-a*, *-an, tentamos*), se igualaron también en la *-ir;* las débiles llevaban una ī tónica, que impidió por disimilación el cambio de la *e* protónica en *i*. Así tenemos en indicativo: mētio, *mido;* mētis, **medes*, y analógica *mides;* mētit, **mede*, *mide;* mētīmus, *medimos;* mētītis, *medís;* *metent (§ 115 $_1$), **meden*, *miden;* el subjuntivo todo con yod: mētiam, *mida*, *-as*, *-a*, *-amos*, etc.; en igual caso están cĭngĕre, *ciño*,

ciñes, ceñimos; tĭngĕre, *tiño;* fĭngĕre, *hiño;* rĭngĕre, *riño;* concĭpĕre, *concibo.* A este paradigma se afiliaron analógicamente muchos verbos con ĕ y algunos con ī; los de ĕ acaso por reducción del diptongo *ie* á *i*, y por coincidir en nos y vos con los de ēĭ: (*hiramos* = *midamos*, § 18 $_2$, *herimos* = *medimos*), coincidencia que pudo servir de base á la asimilación; según ella, sĕrvio, que en leonés y aragonés se conjugaba como *herir* (núm. 2 de este párrafo), *siervo sierves servimos, sierva sirvamos,* vino en castellano á asimilarse á *medir*, y lo mismo vĕstio, *visto;* pĕto, *des-, ex-, pido* (dialectal antiguo *viesten, pieden*); invĕstio, *embisto;* dētĕro, ērĕre, *derrito;* sĕquor, *con-, pro-, per-sigo;* *rendo (rĕddo, influído por prendo), *rendir;* ingrĕdio, *engrío*[1]. Algunos verbos con ī, que la debieran mantener tanto tónica como protónica, se asimilaron á éstos por una disimilación de la ī protónica ante *í* acentuada: dīco, *digo;* dīcimus, *decimos;* frīgo, *freímos;* rīdeo, -ēre, *reímos;* véase § 105 $_2$, para otros verbos arcáicos y vulgares, *vevimos*, etc., y para el caso contrario de *recibimos* contra *concebimos.*

b) En el caso de ō ŭ sólo pŭtreo guarda hoy entera analogía con los verbos de ē ĭ, haciendo *pudro pudres podrimos;* antes era general este paradigma (y se decía *foid, sobimos, complides*); pero ya desde los tiempos primeros del idioma viene mar-

[1] Y los verbos cultos ēlĭgo, *elijo, colijo, corrijo*, y de ĕ: rĕgo, *rijo;* gĕmo, *gimo;* compĕto, *compito, repito.* El habla vulgar añade á éstos también el verbo *hervir*, que hace *hirvo, hirve, hervimos.*

cándose la tendencia, que hoy triunfó completamente, de generalizar la imitación del vocalismo de las formas con yod, no sólo á las formas fuertes, sino á todas, uniformando en absoluto su conjugación: fŭgio, *huyo;* fŭgis, *huyes,* y además fŭgimus, *huímos* (ant. *foimos*); *huís* (ant. *foides*), etc.; en igual caso están los demás: ōrdio, *urdimos;* recŭtio, *a-, sa-, re-cudís;* confŭndo, *confundís;* excŭrro, *es-, in-, re-currir;* sŭbeo, *subimos;* *sŭfrio (por sŭffĕro), *sufrimos;* bŭllio, *bullís* [1]. Esta conjugación, uniforme en sus vocales, atrajo á sí á los verbos con ŏ, como mŏllio, *mullimos;* cŏperio, *cubrís;* mŏneo, *muñís;* excŏnspuo, *escupís;* cŏmpleo, *cumplimos;* abhŏrreo, *aburrís.* Todos estos verbos, uniformando en la conjugación su vocal en *u*, se confundieron con los verbos que tenían ū, la cual había de permanecer inalterable siempre, como addūco, *adugo;* addūcīmus, *aducimos;* mūgio, *mujimos;* la lengua antigua conocía también cambios entre la conjugación de los verbos con ū y ōŭ, y á semejanza de *complimos* decía *adocimos;* pero la lengua moderna desechó siempre la *o*, y aun la única excepción, *podrir,* se va usando mucho *pudrir*, y más aún *repudrir.*

2] Bajo la influencia de la yod, ĕ y ŏ no se diptongan cuando tónicas (§§ 10_3, 13_3), y se reducen á *i* y *u* cuando átonas (§§ 18_2, 20_2). De hecho, los verbos en ĕ y ŏ (salvo la única excepción de vĕnio, que cumple la primera de estas leyes y no la segun-

[1] Y los verbos cultos, como ŭngĕre, *ungimos;* restŭĕre, *restituís* (comp. pág. 33, nota [1]).

da, para amoldarse á su gemelo el verbo en *-er*, tĕneo, y hace *vengo, vienes, venga, vengamos*), todos cumplen únicamente con la segunda ley, por ser común con los verbos del paradigma *mido*, y para, no cumpliendo la primera ley, conseguir la igualdad de las formas fuertes, que también había conseguido por otro medio el paradigma *mido*.

Así tenemos, enteramente paralelos, *siento*, con alternancia *ié* tónica, *e* átona: *mido*, con alternancia *i* tónica, *e* átona, y ambos con *i* átona en nos vos subjuntivo:

Indic.	sĕntio	†*siento* (por **sento*)	*mido*
	sĕntis	*sientes*	†*mides*
	sĕntit	*siente*	†*mide*
	sĕntīmus	*sentimos*	*medimos*
	sĕntītis	*sentís*	*medís*
	*sĕntent	*sienten*	†*miden*
Sub.	sĕntiam	†*sienta*	*mida*
	sĕntiamus	*sintamos*	*midamos*

Siguen el paradigma *siento* otros verbos con ĕ: *con- re- pre-sentir;* mĕntio, *mienta, mintamos;* repaeniteo, *arrepiento;* fĕrio, *hiero, ad- za-herir, re- pre- pro- trans- con-ferir, con- ad- contro-vertir, hervir, requerir;* pero muchos se pasaron en todo al tan semejante paradigma *mido*, según se dice en el núm. 1, *a*, de este párrafo, y los en ŏ se pasaron todos al paradigma *huyo* (núm. 1, *b*), salvo dos solos que permanecieron con diptongo, como *siento*, y son: dŏrmio, *duermo, duermes, dormimos, duerma, durmamos*, y mŏrio, *muero*. Antiguamente había al-

gún otro; en leonés y aragonés se decía *cuebre*, cŏperīre; *nuezen*, nŏcēre.

3] La -ī final de la persona Tu del imperativo de los verbos *-ir* produce inflexión igual á la de la yod (§§ 10 ₃, 11 ₂), y en realidad esa persona Tu tomó igual vocal que la Yo Pres. indic.: *mide, huye, siente, duerme, ven*. Como el verbo *-er*, *temer* es en todo igual á *venir*, hizo un imperativo *ten*, cual si derivase de *tĕnī, en vez de tĕne.

115. Los paradigmas.—1] He aquí el del Presente de indicativo [1]:

canto *canto*	tĭmeo *temo*	dŏrmio *duermo*
-as *cantas*	-es *temes*	-is *duermes*
-at *canta*	-et *teme*	-it *duerme*
-āmus *cantamos*	-ēmus *tememos*	-īmus *dormimos*
-ātis *cantades* *cantais* *cantás*	-ētis *temedes* *temeis* *temés*, *temís*	-ītis *dormides* *dormís*
-ant *cantan*	-ent *temen*	*dŏrment *duermen*

Para tĭm(e)o, § 113 ₄. La pérdida de la conjug. ĕre hace que Nos y Vos de esta conjug. se acentúen, como en -ēre (§ 106 ₄ c). Además, en Ellos, vendunt es suplantado por *venden;* el latín vulgar de España, al contrario de la generalidad de los romances que usan la terminación -unt olvidando -ent, introdujo ésta también en la conjug -ire en vez de -iunt. Para la persona Vos recuérdese el

[1] En los cuadros de paradigmas que seguirán, marco con letra del tipo ordinario las formas modernas; en tipo chico las arcáicas, dialectales ó vulgares, y con una † las analógicas.

§ 107$_{1}$; como contracciones vulgares de esta persona Vos pueden señalarse *presumás, acordás, sabés,* usadas en el siglo XV–XVI y hoy en la Argentina, y *vís, comís, querís* de que se señalan ejemplos en Aragón y Chile; esta última no es una asimilación á la conjug. *-ir,* porque también se ofrece en el *-eis* del subjuntivo *-ar: juntís.*

2] Presente subjuntivo:

cantem	*cante*	tĭmeam	*tema*	dŏrmĭam	*duerma*
-es	*cantes*	-eas	*temas*	-ĭas	*duermas*
-et	*cante*	-eat	*tema*	-iat	*duerma*
-ēmus	*cantemos*	-eāmus	*temamos*	-iāmus	*durmamos*
-ētis	*cantedes* *cantéis* *cantés, cantis*	-eātis	*temades* *temáis*	-iātis	*durmades* *durmáis*
-ent	*canten*	-eant	*teman*	-iant	*duerman*

Las formas débiles Nos Vos se uniforman con las fuertes en Andalucía y Bogotá, diciendo en las conjugaciones *-er, -ir: téngais, áyais, véamos, véais, váyamos, váyais.*

3] Imperativo (Véase § 107$_{2}$ y 114$_{3}$):

cantā	*canta*	tĭmē	*teme*	dŏrmī	*duerme*
cantāte	*cantad* *cantá*	tĭmēte	*temed* *temé*	dŏrmīte	*dormid* *dormí*

Para vendĭte igualado á timēte (§ 106$_{4\,c}$); para *sal, pon,* etc. (v. § 107$_{4}$). Es de notar que *haz* no deriva del literario fac, sino del arcáico face; de los imperativos latinos acabados en *-c* sólo se conserva dic, di; antiguamente el imperativo de *aducir* era *adú,* que responde á addūc. Antiguamente los pro-

nombres *nos* y *le* se fundían con Vos imperativo mediante metátesis: *dandos, yndos* = idnos; *daldas, dezildes, valelde,* metátesis que con *nos* se desusó ya en el siglo XIV; con *le* se usaba aún en el período clásico; con (*v*)*os* en la Edad Media se decía indistintamente *venidvos* ó *venidos;* en la época clásica se usa esta segunda forma, y *-ios,* que es la moderna.

4] El Gerundio y Participio presente tienen igual vocal tónica y protónica: cantandum *cantando,* timendum *temiendo,* dormiendum *durmiendo;* cantantem *cantante,* timĕntem *temiente,* dormiĕntem *durmiente.*

En Aragón el gerundio tiende á seguir el tema del perfecto: *supiendo, hiciendo, dijendo, quisiendo.*

La *-e* del participio se perdía en la Edad Media: *dormient, amanezient,* y después *envolvién, andán, hazién;* formas éstas muy usadas por los judíos españoles, y de las cuales admite el idioma literario *recién,* como adverbio.

116. PRESENTES IRREGULARES.—1] El verbo esse tomó algunas de sus formas de sedēre. Indicativo:—1.ª, sum, *yo son*, rara (§ 62 ₁), sustituída por *so*, usada aún algo en el siglo XVI, en que la reemplaza *soy* (comp. *doy, estoy, voy*);—2.ª, ĕs fué en leonés y aragonés *yes;* pero el castellano tomó extrañamente el futuro eris, *eres* (§ 73);—3.ª, ĕst, *ye,* en leonés y aragonés; pero en castellano no diptonga como voz empleada átona, *es;*—4.ª, sŭmus, *somos*. Según Suetonio, Augusto pronunciaba simus, de donde el vulgar *semos;*—5.ª, ĕstis desdice de la 4.ª y 6.ª y se uniformó á ellas haciendo *sutis, ant. *sodes,* mod. *sois;*—6.ª, sŭnt, *son.*

Subjuntivo. El clásico sim, sis, y el arcáico siem, sies, se perdieron en todo el territorio romance, donde se dijo *sīam, que en España sólo vivió en Aragón: *sia, sias, sia*. En Castilla se empleó sĕdeam, ant. *seya,* y *sea, seas,* etc.

Imperativo. También ĕs, ĕste, dejaron su puesto á sĕdē, *se;* sĕdēte, ant. *seed,* luego *sed.*

Gerundio. Falta á esse, y se dijo sĕdĕndum, *seyendo;* luego, *siendo.*

2] Habēre tenía antiguamente formas derivadas del clásico habes (no de la 1.ª habeo) habet: *ave* (§ 41 ₁) *aves avemos avedes aven.* Pero prevalecieron otras derivadas de una contracción que en latín vulgar sufría este verbo para facilitar su frecuente uso como auxiliar; en ella se conserva la vocal acentuada y la desinencia: 1.ª, haio, *heo* ó *hey*, anticuadas, y *he;*—2.ª, has, *has;*—3.ª, hat, *ha*, y unido al adverbio *y* resulta el *hay* impersonal;—4.ª, (hab)emus, *hemos;*—5.ª, (hab)etis, *hedes, heis;*—6.ª, hant, *han.* Estas formas son las que prevalecieron, duplicando la 4.ª con *habemos,* y reservando la 5.ª para el empleo como auxiliar (*amar-eis,* y clásico *heis de estar,* etc.), poniendo en su lugar *habeis* para los demás casos.

Subjuntivo. El clásico habeam se refleja claramente en el dialectal asturiano *eba, ebas,* etc. La contracción vulgar hajam, -s, -t, es la que produjo la forma corriente *haya, hayas*, etc. § 53 ₁.

Imperativo: habē, *ave,* usado aún por nuestros clásicos; habēte, *habed,* poco usado hoy.

3] Sapĕre no debe citarse sino por Yo Indic. Lo mismo que capiam *quepa,* sapiam hace

sepa (conservada la *p* tras el dipt. ai, comp. § 47$_5$), y como *quepo* capio, debiera ser **sepo,* de sapio; pero en los romances esta persona se hizo igual que la del verbo *haber*, y como *he,* se dijo *se* (port. hei, sei; catal. hé, sé; ital. so, ho; franc. ai, sais). Dialectalmente se dice *sabo* por analogía con *sabes, saben,* etc.

4] Dare y stare hacían en vulgar Yo Indic. *dao, *stao (provenz. dau, estau), de donde el asturiano *dou, estóu;* castell. ant. *do, estó,* usadas aún en el siglo XVI en que las reemplazan *doy, estoy* (comp. *soy, voy*).—Junto al subjuntivo clásico dēm dēs dēt (ésta arcáica por el clás. dĕt), que produce *dé des dé demos, esté,* etc.; existió en vulgar *dēam, *stēam, que produce el leonés *día, estía,* cuya vocal *i* (§ 117$_1$, fin) se mudó por la de *de, esté* para ser en asturiano *dea, estea.*

5] Ire fué sustituído casi enteramente por vadĕre, (salvo actualmente *id, yendo, ir*). El presente indic. ĕo no dejó más rastro que īmus, ītis, ant. *imos, ides,* aún algo usados en el período clásico, pero hoy dialectales (astur. *yimus, yidis;* aragonés *in, is,* § 107$_1$). La flexión completa la posee *vao, asturiano *vou*, castellano *vo,* sustituído en el siglo XVI por *voy* (comp. *soy, doy*); 2.ª, *vas, *vas;* 3.ª, *vat, *va;* 4.ª, *vamus (§ 106$_{4\,c}$), *vamos;* 5.ª, *vatis, *vades, vais;* 6.ª, *vant (por vadunt), *van.*

Subjuntivo: eam se perdió; vadam dió el analógico *vaya* (§ 113$_2$) ó el etimológico arcáico y raro *vaa, vaas, vaamos*, etc., que en la lengua común se usó sólo en las personas 4.ª y 5.ª, «hacedme merced que os vais,» y aun hoy en frases optativas *vamos!*

Imperativo: ī se perdió; īte *id* — vade reducido á *vae, *ve;* vadĭte, perdido.

Gerundio: eundum trocó su arcáica terminación -undu (repetudae, gerundae, oriundus...), por la corriente -endu, *iendum, *yendo.* Se perdió vadendum.

EL IMPERFECTO

117. Su formación y paradigmas.—El subjuntivo amarem se sustituyó por el pluscuamperfecto (§ 103). Veamos sólo el indicativo:

1] En latín clásico los verbos -are tenían su imperfecto con la terminación -āba-; los -ēre y -ĕre con -ēba-, y los -īre con -iēba-, que el latín arcáico y vulgar hacia -iba-, hallándose hasta en Ovidio y Catulo audībat. El romance conservó la *b* de -aba-, escrito hasta el siglo XVII -*aua* (§ 41 ₁); en las otras conjugaciones la -*b*- subsiste en limitadas regiones: *podeba, teneba, dormiba,* en Sobrarbe y Ribagorza; *veniban, traiva,* en Salamanca; en general -ē(b)a-, -ī(b)a-, se confundieron en -*ia*- (como vĭa, *vía,* comp. § 10 ₂, fin).

2] Este -*ia*- se conservaba hasta hoy. Pero en la Edad Media se convertía en -*ie*-, salvo en la Pers. Yo, que mantuvo generalmente -*ia*-. Ese -*ie*- llevaba etimológicamente el acento en la *i,* y aún perdía la -*e* final, diciéndose *aví, tení, traí;* esto era raro, siendo más común deshacer el hiato formando un diptongo con trasposición de acento: *tenién, comién, vinién,* consonante de *bien.* Estas formas dominaron en el siglo XIII, pero ya en el XIV perdían terreno; no obs-

tante, se usaban algo aún en el siglo XVI, en que *hazien* era un defecto de pronunciación «con que los toledanos ensucian y ofuscan la polideza y claridad de la lengua castellana,» al decir del zamorano Doctor Villalobos.

3] He aquí los paradigmas (para el acento de Nos y Vos, véase el § 106 $_{4\ a}$):

-ābam	*cantava* *cantaba*	-ē(b)am	*temía* *temeba*	-ī(b)am	*dormía* *dormiba*
-ābas	*cantauas* *cantabas*	-ēbas	*temías* *temies*	-ības	*dormías* *durmies*
-ābat	*cantaua* *cantaba*	-ēbat	*temía* *temie, temí*	-ībat	*dormía* *durmie*
-ābāmus	*cantáuamos* *cantábamos*	-ebāmus	*-íamos* *temiemos*	-ibāmus	*-íamos* *durmiemos*
-ābātis	*cantauades* *cantábais*	-ēbātis	*temíais* *temiedes*	-ībātis	*dormíais* *durmiedes*
-ābant	*cantauan* *cantaban*	-ēbant	*temían* *temien*	-ībant	*dormían* *durmien*

Nótese que hoy el tema del imperfecto es igual al de las formas débiles del Pres. Indic. (Pers. Nos y Vos); pero antiguamente en los verbos *-ir* de vocal temática *o* ó *e*, á causa de su diptongo *ie*, sufría inflexión, de modo que su tema era igual que el de las mismas formás débiles del Pres. Subj.: *sirvien, diciemos, murien*, y lo mismo con *-ia-: requiria, sirvia* (§ 105 $_1$). La terminación *-ia-* era un monosílabo aun para los poetas del siglo XVI, como se ve en el endecasílabo de Garcilaso, «que me haviades de ser en algun dia,» ó en el de Francisco de Figueroa, «quando en mi libertad vivia seguro,» y aun en el octosílabo de Tirso, «esto que havia de humillarme.»

4] Imperfectos irregulares. Un verbo en *-ir* conserva su *b* en el imperfecto: ībam, *iba -as,* etc. El imperfecto ĕram tampoco diptonga su vocal (como en Tú, Él, Pres. Indic, § 116 ₁), *era -as,* etc., salvo en leonés y aragonés: *yera, yeras.* Habere, como auxiliar de un infinitivo para formar el condicional (§ 123 ₁), conserva sólo su vocal acentuada y la terminación (hab)ē(b)am (§ 116 ₂), *ía, ías, ía, íamos, íades* ó *íais, ían,* anticuado *ía, íes, íe* ó *í, iemos,* etc.

EL PERFECTO Y TIEMPOS AFINES

118. Perfecto de las conjugaciones -ere -ire.—1] La forma latina ordinaria -āvi fué olvidada en vulgar, el cual contrajo en una las dos sílabas de esa terminación, como ya hacía á veces el latín literario. En éste era muy frecuente la contracción cuando -āv era protónica (Tú, Vos, Ellos), prefiriendo acentuar uniformemente la ā: amāvī, amā(vī)sti, amāvit, amāvĭmus, amā(vī)stis, amā(vē)runt. Pero, aunque rara vez, también las formas Yo, Él, Nos, perdían su *v:* Yo, probai, en inscripciones; Él se contraía en las inscripciones, ora -ait ó -aut, prevaleciendo en latín vulgar -aut, que ya se halla en las inscripciones de Pompeya; Nos, enarramus, señalado en Terencio; mutamus, en Propercio. En los tiempos análogos al perfecto las contracciones literarias son también vulgares.

2] Los perfectos en -īvi usaban más contracciones en el latín literario, ya que junto á ivi tenía las dos formas Yo -ii, Él -iit, en las cuales hay que advertir que aunque los poetas miraban como breve

la primera *i*, por la regla de «vocal ante vocal se abrevia,» contando áudĭī, dórmĭit, esta regla es sólo para los efectos de la métrica, mientras en prosa esa *i* seguía larga como antes de hacerse la contracción, pronunciándose audīi, acentuado audíi. El latín vulgar sustituyó la contracción Él audiit por audiut, y al lado de Ellos audierunt hizo *audīrunt; por lo demás conservó las literarias Yo audii, Tú audīsti, Vos audīstis, y dijo Nos audīmus ó audīĭmus. En los tiempos análogos al perfecto las formas españolas reposan sobre las contracciones del latín literario audieram, audīĭssem, audiero.

3] Así tenemos los paradigmas del latín popular:

cantāi	*canté*	dormīi	*dormí*
cantāstī	†*cantaste* *canteste -esti -est* † *cantastes*	dormīstī	*dormiste* *dormist -isti* † *dormistes*
cantāut	*cantó*	*dormīut	*durmió*
cantāmus	*cantamos* †*cantemos*	dormīmus ó dormīĭmus	*dormimos* *durmiemos*
cantāstis	*cantastes* † *cantásteis* †*cantésteis*	dormīstis ó dormīĭstis	*dormistes* †*dormísteis* *durmiestes*
cantārunt	*cantaron* †*cantoron* †*cantoren*	dormierunt ó dormīrunt	*durmieron* *dormiron* † *durmioron* † *durmioren*

Para Tú *cantastes* y Vos *cantasteis* § 107 $_3$; para Él *durmió* §§ 105 $_3$ y 6 $_2$. Para las apócopes *cantest*, etc. § 107 $_4$ y lo mismo para los paradigmas que siguen: *cantas*(*e*), *cartar*(*e*).

Pluscuamperfecto indicativo:

cantāram	*cantara*	dormīĕram ó *dormīram	*durmiera* *dormira*
cantāras	*cantaras*	dormīĕras ó *dormīras	*durmieras* *dormiras*

Pluscuamperfecto subjuntivo (Imperfecto en romance):

cantassem	*cantasse -as -ase*	dormīĭsem ó dormīssem	*durmiesse -ies -iese* *dormisse*
cantasses	*cantasses -ases*	dormīĭsses ó *dormīsses	*durmiesses -ieses* *dormisses*

Futuro subjuntivo:

cantāro	*cantaro* † *cantare -ar*	dormīĕro	*durmiero* † *durmiere -ier*
cantāris	*cantares*	dormīeris	*durmieres* *dormires*

4] El Perfecto Tú *canteste*, que domina en el siglo XIII, lo mismo en textos leoneses que castellanos que aragoneses, debe explicarse como etimológico de -astī con *a* tónica hecha *e* á causa de la ī final (comp. § 11 ₂), más bien que como analógico con *e* tónica tomada de la persona Yo; se conserva aún en Asturias y Santander; luego se sustituyó por *-aste* para uniformar la vocal con las demás personas del plural y tiempos afines al perfecto. O al revés, se propagó la *é* al plural Nos *levantemos*, *alcontremos*, Vos *bajésteis*, usadas en leonés, y *-emos* general al vulgo de las dos Castillas. *Subiemos, perdiemos*, se conserva aún en Asturias. Ellos con *ó, ió* tónica es analó-

gico de la persona Él; se halla en textos aragoneses *plegoron, establecioren,* y más abundante en leonés *guioron, cobrioron, pedioron,* y hoy en el Alto Aragón se dice *puyoron, contoron* (Ansó), *dioren, dicioren* (Bielsa), y en Asturias y Salamanca subsiste *echoren, mudoren, salioren;* la *e* final es analógica de la desinencia general (echen, salen, saliesen, etc.), como en el asturiano oriental de Ribadesella, que dice *echaren, gastaren, prendieren.*

5] En la conjugación *-ir* es especialmente leonesa antigua la *-i* en vez de *-ie-* en los tiempos afines al perfecto y en Ellos del Perfecto: *feriron, bastiron, servira, oíra, acrecíramos, morisse, sentiren, vencires.*

6] En el Futuro Subjuntivo la persona Yo con *-o* final etimológica fué usada en los siglos XII á XIV: *fallaro, tomaro, pudiero, sopiero,* junto á las formas en *-r* ó *-re* que luego prevalecieron completamente. En leonés se sincopaban las formas esdrújulas Nos, Vos: *pecarmos, parardes, destroírmos, comirdes, quisiermos, podierdes;* el castellano aceptaba antes la síncopa de Vos, como advierte Nebrija: «por *amáredes, leiéredes, oiéredes,* dezimos *amardes, leierdes, oierdes.*» En algunas regiones esta síncopa debe remontarse á época muy remota, pues se halla *obiertes, prisiertes, quisiertes, finartes* en Oña, Arguedas, etc., tratando *rt* como grupo latino (§ 54 ₁).

119. Pérdidas sufridas por el perfecto fuerte de las dos conjugaciones -ere.—Creación de un perfecto débil para la conjugación -er.—1] En el perfecto hay que distinguir dos clases: una que entre el tema y la desinencia pone la vocal ā ó ī propia de los verbos derivados, esto es,

de los verbos -ā-re, -ī-re, que acabamos de examinar, los cuales á causa de esa vocal derivativa tienen acentuación DÉBIL en todas sus formas (am-ā-vi, am-ā-vĭmus); otra propia de los verbos primitivos de la conjugación -ĕre, que, careciendo de vocal derivativa, tienen en latín las personas Yo, Él, Nos, Ellos, con acentuación FUERTE (dix-ī, dix-ĭ-mus). También los verbos -ēre mantenían la primitiva forma fuerte del perfecto: flor ui, dol-ui, ten-ui, momordi, mōvi, etc.; algunos como ferb-ui conservaban fuera del perfecto al lado de la flexión débil ēre una completa flexión ĕre (§ 110). Los pocos que en el perfecto adoptaron vocal de unión, como impl-ē-vi (este se hizo en romance verbo *-ir*), su-ē-vi, qui-ē-vi, no pasaron á los idiomas modernos. Así los verbos -ĕre ēre no ofrecían á las lenguas romances un perfecto débil análogo á -ā-vi, -ī-vi, y los romances, en su tendencia á la uniformación de los paradigmas, dieron á los verbos *-er* el perfecto débil de los *-ir* (tendencia que ya apunta á latín, por ejemplo: sapĕre, sapīvi, junto á sapui; cupĕre, cupīvi; capessĕre, capessīvi; comp. § 111), y por cecĭdi dijo el español *cayó*, y por timui, valui, dijo *temío, valío*, más ejemplos en el § 120 $_2$ á $_5$), y lo mismo en los tiempos afines, *temiera, valiere*, etc. En el § 120 se verá también cómo el español antiguo conservaba aún muchos perfectos fuertes que la tendencia uniformadora hizo perder en el español moderno.

2] El único rastro de un perfecto -ēvit lo ofrece el leonés en la persona Él únicamente: *metéo, vendéo, escoyéo, conoscéo,* que subsisten hoy en asturiano: *metéu, rompego, nacego.*

120. Perfectos fuertes conservados en español.—1] El perfecto fuerte latino, no sólo domina en las conjugaciones -ĕre, -ēre, sino que se conserva aún en varios verbos -īre, como salui, aperui, cooperui, sensi, veni, y en varios en -are, como fricui, tonui, vetui, etc. Este gran arraigo del perfecto fuerte hizo que se mantuviese aún en romances como el español que perdió toda la flexión fuerte -ĕre (§ 106 $_4$ *c*). Pero se mantuvo con mucha pérdida, pues la mayoría de los verbos rehicieron un perfecto débil, como va dicho en el párrafo anterior; y en los pocos conservados, si bien el latín tenía débiles sólo las personas Tú Vos, los romances hicieron débil también Nos dixĭmus, y el español escogió la forma débil de Ellos, que en latín tenía doble acentuación, dixĕrunt y dixērunt, ó mejor dicho, tomó esta forma de los perfectos débiles en *-ir*, domierunt; además, se perdió la acentuación fuerte de todos los tiempos afines al perfecto dixĕram, dixĕro, etc. En resumen, quedan como únicas formas fuertes Yo y Él Perf. Indic.; Él con *o* final analógica de las débiles: dixit, *dixo*, pues **dixe* se confundiría con Yo (con la excepción única de *fué*); el plural del perfecto y todos los tiempos afines fueron uniformados al paradigma de los verbos *ir*.

3] Ningún perfecto fuerte de la conjugación -are se conservó en español, que dice *fregué*, *vedé*, etc.; ya en latín la mayoría tenían, al lado de la forma fuerte, una débil: crepui increpavi, secui exsecavi, domui domavi, sonui sonavi, implicui implicavi. No pertenecen á la conjugación -are los

dos verbos d a r e y s t a r e, cuya *a* es radical, y sus dos perfectos fuertes subsistieron:

dĕdī	*die*, *diey*, *di* (§ 10 ₂)
dĕdĭstī	**deiste* (§ 11 ₂), *diste*
dĕdit	*diéo*, *dió* (comp. *Diós*, § 10 ₂).

El plural y tiempos afines idénticos al paradigma débil de los verbos *-ir*, y en vez de d ĕ d ĭ m u s, **deemos*, **deestes*, **deeron*, se dijo *diemos* ó *dimos*, *diestes* ó *distes dísteis*, *dieron; diese*, *diera*. S t ĕ t ī dió antiguamente un resultado semejante: *estide*, *estidiste*, *estiedo estido*, *estidiemos*, etc.—Como estos dos verbos hacen su infinitivo en *-ar* atrajeron á unos cuantos acabados en *-dar* ó *-tar*, como andar *andide*, demandar *demandit* (§ 107 ₄), catar *catido*, entrar *entridiere*. Todos perdidos hoy menos *dió*.

D e d i y s t e t i son los únicos perfectos con reduplicación que dejaron descendencia. Todos los demás: vendĭdi, momordi, totondi, tetendi, pependi, fefelli, cucurri, cecĭdī, etc., rehicieron un perfecto débil.

3] Los perfectos en *-ui* son los ordinarios de los verbos ēre y se perdieron en gran cantidad: timui, salui, ferbui, cooperui, aperui...; hasta los conservados en otros varios romances, como dolui, debui, valui, parui, se hicieron débiles en español, lengua que con el portugués son particularmente refractarias á la flexión fuerte. Sólo dejaron descendencia h a b u i, s a p u i (á pesar que el latín tenía también el débil sapīvi), *c a p u i (por cēpī de capio), j a c u i, p l a c u i, *t r a x u i (por traxi, de traho),—p ŏ t u i, p ŏ s u i, c o g n o v u i (por -ovi, de cognosco). De estos

verbos los que tienen vocal temática *a* la hacen *o* por atracción de la *u* postónica (§ 9 ₃), *ove, sope, cope, jogue, plogue, troxe*, y los que la tienen *o*, al mezclarse con la *u* la hacen *u: pude, puse, conuvo.* Los verbos con *e* se asimilaron ora á **ovo**, ora á *pude*, según su consonante final fuese *v* ó *d*, y *crevui (por crevi, de cresco) dió *crove, crovo;* tribuit, *atrovo;* *cre(d)uit (por credĭdi, de credo), *crovo, crovieron;* se(d)ui (por sēdi, de sedēre), *sovo;* te(n)ui, *tovo* ó *tudiere;* *stetuit (junto á stetit), ora *estovo*, ora *estudo*, como *andovo* ó *andudo*. La mezcla de las dos vocales *o* y *u* y la tendencia de la lengua moderna por la *u* protónica (§§ 16, 20 ₂), trajeron la uniformación de la misma en *u;* modernamente se dijo *hube, supiste, plugo, cupimos, trujiste* (antic. y dialect.); *tuvieron, estuviera, anduviese*, de igual modo que *pude* y *puse*. Los otros se sustituyeron por las formas débiles *yací, conociste, creció, atrevimos, creísteis.*

4] Los perfectos en *-si* se perdieron también en gran número; -ēre: arsi, torsi; -ĕre: planxi, junxi, strinxi, sumpsi, rexi, erexi, direxi, finxi, y los que se conservaron no resistieron mucho, olvidándose casi todos en la época moderna del idioma. Hasta ahora duran dïxi, *dixe, dije;* dūxi, *a- con- re-duje;* traxi, *traje;* *quaesi (por quaesii, de quaero), *quise.* Pero hoy se sustituyeron por débiles los perfectos fuertes antiguos: *requisiemos*, hoy requerimos; *conquiso* (de conquerir, hoy conquistar); mīsi, *mise*, metí; rīsit, *riso*, rió; remansit, *remaso* (hoy incoativo, remaneció); destrūxit, *destruxo*, destruyó; cīnxit, *cinxo*, ciñó; tīnxit, *tinxo*, tiñó;

scripsit, *escriso,* escribió; cŏxit, *coxo, coxiere,* coció; *tanxit (por tetĭgit), *tanxo,* tañó; *fūxit, (por fūgi), *fuxo,* huyó; *presit (por prēndit), *priso, apriso,* prendió; *dispesit (por dispendit), *despiso,* comp. expendió; *resposit (por respŏndit), *repuso,* respondió; éste se conservó hasta hoy con la forma *repuse* (comp. repuesta por resp.), que se creyó del verbo *reponer:* «podrá decirse eso, pero es fácil reponer que...» Como la mayoría de los verbos tenían ū ó ī temática, se asimilaron á ellos *prise, quise* y *repuse* (§ 105 ₄).—Aparte debe citarse vixit, que dió un perfecto fuerte culto, trastocando la doble consonante *x* en *sc: visque, visquiste, visco,* etc.; á semejanza de éste también se dijo *nasco, nasquiestes,* etc.

5] De los perfectos con inflexión vocálica se salvaron menos; lēgi, vĕrti, frēgi, sēdi, vīci, rūpi, recēpi, etc., se perdieron; sólo cuatro se transmitieron á los romances y esos subsisten en el español moderno. El resultado fonético de fēcī es *fize* (§ 11 ₂) el de fēcīsti es *feziste,* fēcit *fezo,* y en plur. *fezimos* ó *fiziemos* (§ 18 ₂), *fezistes* ó *fiziestes, fizieron;* pero en el mismo siglo XII se practicaba ya la uniformación *fizist, fizo* (§ 105 ₁), que rige hoy *hice, hiciste, hiciesse,* etc. En igual caso está vēnī, que al lado del etimológico *vin, venist, veno, viniemos,* tuvo ya desde los más antiguos tiempos las formas analógicas *viniste, vino.* Por su ī no tuvo estas vacilaciones: vīdī, *vide* (conservado hoy en el habla vulgar) *vid,* de donde el moderno *vi,* vīdistī, *viste;* vīdit, *vido* (hoy vulgar) *vío* (en los textos antiguos consonante de río), y moderno *vió* (§ 5 ₂), *viemos* ó *vimos,* etc. En fin: fūī ofrece un desarrollo complicado porque supone dos

etimologías; al lado de la forma literaria existía otra contracta vulgar; ambas, salvo en la persona Yo, llevaban vocal breve inexplicada:

fūī	*fúe, fúi, fué* (vulgar en Astur., Salamanca y Bogotá), *fuí*		
fŭĭstī	*fuiste* (§ 11$_3$), † *fueste*	fŭstī	*fust(e)*, ast. † *fosti*
fŭit	*fúe, fu, fué*	fŭt	*fo*, leonés ast. *foy*
fŭĭmus	*fuemos*, † *fuimos*	fŭmus	*fomos*, † *fumos*
fŭĭstis	*fuestes*, † *fuistes*	fŭstis	*fostes*, † *fustes*
fŭērunt	*fueron*	fŭrunt	*foron*, † *furon*

Todas estas formas existían en la lengua antigua y hoy se conservan dialectalmente; las formas analógicas obedecen á la uniformidad de la vocal, que la lengua literaria en tiempo de Nebrija lograba así: *fue fueste fue fuemos fuestes fueron;* pero para el triunfo del paradigma moderno se tuvo en cuenta el perfecto ordinario *temí temimos temísteis temieron*. En los tiempos afines existían las tres formas: *fuera*, *fora, fura; fuesse, fosse, fusse,* etc.; pero prevalecieron naturalmente las formas con *e* por ser las etimológicas y contar con la analogía de los verbos *-er -ir: temiera*, etc.

EL PARTICIPIO PASADO

121. El participio débil.—1] Para el participio pasado de los verbos *-ar -ir* se siguen los tipos latinos:

cant-ātum *cant-ado* dorm-ītum *dorm-ido*

Estos tipos se aplican hoy sin confusión alguna entre sí; pero en textos del siglo XIII ó XIV se hallan

algunos verbos *-ar* con partic. *-ido, robido, amodorrida, desmaido,* y en ast. oriental subsiste *condeníu* por *condenado;* comp. lat. domare domĭtus, crepĭtum, y en Varon dolitus por dolatus. También para los verbos *-ar* hay un participio sin sufijo, muy común en italiano y no desconocido en el español dialectal: en Asturias se dice «está *pago,*» los judíos de Oriente *canso*, en ant. arag. «el día era *nublo*,» hasta el clásico Francisco de Figueroa escribe: «mi esperança ha *seca,* i sin vigor dexado,» aunque quizá por italianismo.—Sólo hay que advertir que en el habla vulgar se pierde la *-d-* en *-ao -aa*, *-io -ia*, y lo mismo en los plurales; pero el habla culta sólo la pierde en *-ao -aos;* la razón es que estando la lengua baja y extendida para pronunciar *a,* y teniendo que elevarse de atrás y retirarse para pronunciar la vocal posterior *o*, esquiva la elevación de adelante que exige la *d*, mientras esa elevación anterior no dificulta la pronunciación de otra *a* siguiente *-ada;* en cuanto á *-ido* también es más fácil que *-ado,* pues la *i* es vocal que se pronuncia con elevación anterior muy próxima á la que exige la *d*.

2] Como en el perfecto, los verbos -ere carecían de la correspondiente forma débil de participio -ētum; los pocos verbos que lo tenían se perdieron en romance: implētum (impleo pasó á verbo *-ir*), flētum, delētum, quiētum (sólo vive adjetivado *quedo*), así que tomó también su forma ordinaria de la conjugación *-ir: metido* por mĭssum, *corrido* por cursum, *vendido* por vendĭtum, *habido* por habĭtum, *cabido* por captum, etc.; comp. en latín quaesītum capessītum. La forma propia de la conjug. *-er* es -ūtum,

que correspondía en latín á algunos verbos -ĕre con perfecto *-ui:* statūtus, consūtus, minūtus, acūtus, tribūtus *atrevudo,* battūtus *batudo,* y analógicos *conosçudo, vençudo, esparzudo, ardudo, sabudo, defendudo, ascondudo;* esta forma *-udo*, muy común en el siglo XIII, y que en otros romances es la regular de los verbos *-er*, cayó muy luego en desuso en español.

122. PARTICIPIO FUERTE.—Pueden dividirse en dos clases:

1] Terminados en -su, escasos en español. Antiguamente se usaban prēnsus *preso,* expēnsus *espeso*, defensus *defeso*, y analógico *repiso* junto á *repentido;* pero modernamente sólo se usa *preso* y el culto *impreso* junto á *imprimido.* Como simples adjetivos ĭncēnsus *enceso*, rasus *raso*, tēnsus *tieso, confuso, circunciso,* y como substantivos *dehesa, remesa.*

2] Terminados en -tu.—En -stu hay posĭtu *puesto,* *vistus (por visum) *visto*, y analógicamente el participio débil quaesītum se convirtió en el adjetivo *quisto.*—En -ltu choca también hallar dos participios débiles hechos fuertes: vŏlūtus *vuelto*, y sŏlūtus *suelto* (éste hoy sólo aplicado á los compuestos de *-solver*, *ab- re- di-*, pero en el simple sustituído por *soltado*); además *tollitus (por sublatum) *tuelto* anticuado.—En -rtu: *abierto, cubierto, muerto;* como simples adjetivos expergĭtus *despierto*, tortus *tuerto.*—En -ptu: scriptus *insc- prosc-, escrito.* ruptus *roto.*—En -ctu: dĭctus *dicho,* factus *re- contra- hecho, satisfecho,* frīctus *frito*, y como simples adjetivos subsisten los partici-

pios antiguos *cocho* coctus, *trecho* tractus (junto á maltraído), *ducho* ductus, *correcho* correctus. —En -nctus subsisten como adjetivo ó substantivo tres que antes eran participios: *tinto* tīnctus, *cinto* cīnctus, *junto* junctus.—En vocal + tu hay sólo ītus *ido* y el anticuado natus *nado*, usual antes junto al moderno *nacido*.

3] En cuanto al tema, si bien *preso* se aparta del perfecto *priso*, se igualan con él *dicho* (que en leonés y en castellano prehistórico fué *decho*), *quisto, miso*, que debieran llevar *e*. La tendencia uniformadora se manifiesta en la creación de los participios débiles modernos en vez de los fuertes arcáicos indicados, y en la admisión de duplicados, como *rompido, freído, proveído*, que probablemente acabarán por desterrar á los fuertes correspondientes; los dialectos avanzan más en este camino, ora prefiriendo el tema del perfecto fuerte *dijido* (que se extiende extrañamente á otros participios débiles en su origen, como *supido tuvido*), ora prefiriendo el tema del presente *decido, escribido, ponido, volvido, morido*, etc.

EL FUTURO Y EL CONDICIONAL

123. Su formación é historia.—1] Entre los tiempos de creación romance (§ 103) sólo merecen examen los compuestos de infinitivo + pres. ó imperfecto indic. de *haber*, por haberse verificado entre sus dos elementos una fusión más íntima que en los otros. El auxiliar *haber* reviste las formas contractas que hemos apuntado ya (§§ 116 $_2$ y 117 $_4$). El infinitivo se antepone proclítico al auxiliar, y la vo-

cal de la sílaba *-ar -er -ir* queda así en calidad de protónica; y como la *a* no se afecta por esta cualidad (§ 23), los verbos *ar* unirán simplemente el infinitivo al auxiliar: *cantar -é -ás, -ía -ías*, etc.; pero la *e* y la *i* protónica debe perderse (§ 24).

2] Y en efecto: la lengua de los siglos XII-XIV perdía la *e* ó *i* de los verbos *-er -ir*, lo mismo cuando la consonante final del verbo podía unirse simplemente á la *-r* del infinitivo: **b-r**, *concibredes, recibrían, bevrás, vivrán, movríen;* **r-r**, *conquerrá, ferredes, parrá;* **d-r**, *comidrán, eñadrá, cadrá;* **rd-r**, *ardrá, perdrás;* **rt-r**, *partríemos;* **nd-r**, *prendríe, rendriedes, entendremos, fendrá;* **nt-r**, *repentremos, consintrá, mintrien;* que cuando la unión de ambas consonantes exigía alguna epéntesis ó metátesis que venían á desfigurar el tema: **m-r** (§ 59$_2$), *com-b-ré;* **n-r** (§ 59$_4$), *reman-d-rán, pon-d-rá* ó *porná, verná, ternía*, también *porrá, verrá, terría*, ó simplemente *ponrá, venría, tenrá;* **l-r**, *mol-d-ríe, doldrá* (vulgar en España y América); *faldrá* de fallir, *toldrien* de toller ó simplemente *salré, valrá*. En el caso de **z-r**, ó se usaba la simple unión: *yazremos, dizré, luzrá*, ó la epéntesis de la dental sonora (como sonora era la *z*, § 35$_2$), *yazdrá, bendizdré*, ó la supresión de la fricativa *diré, adurá;* en el caso de **ç-r** ó simple unión *creçrá, pareçredes, vençríemos*, ó la epéntesis de la dental sorda (pues sorda era la *ç*) *falleztrá, conoztría*. Pero la tendencia á mantener entera la forma del infinitivo hizo ir olvidando todas estas contracciones á partir del siglo XIV. La lengua moderna sólo conserva estos casos esporádicos: *hab'ré, habrás, habría*, etc., *cab'rá, sab'ré, quer'ré, po'd-ré, ven'd-ré, pon'*

d-ré, *ten'd-ré*, *val'd-ré*, *sal'd-ré* y *di'ré;* no es de comparar con éstos *haré*, porque no envuelve el infinitivo *hacer* sino el contracto *far*, usual antes junto á *fer* (§ 106 $_4$). La misma tendencia á mantener entero el infinitivo coexistía en el siglo XIII con la contracción, y no sólo se decía como hoy *morirá*, *temerás*, etc., sino *haberé*, *saberas*, (usual en Salamanca), *podería*, *saliré*.

3] La lengua no perdió el sentido de la composición de estos tiempos sino muy entrada la Edad Moderna. Hasta el siglo XVII se admitía la interposición entre el infinitivo y el auxiliar de uno ó más pronombres: *venir vos edes*, por *os vendréis*, *dar le has* por *le darás*, *dezir uos lo he*, *traer nos lo ha*, *holgaros híades*.

FORMACIÓN VERBAL

Podemos considerar la derivación inmediata ó sin sufijo, la inmediata, la prefijación y la composición.

124. LA DERIVACIÓN INMEDIATA se hacía en latín agregando inmediatamente las terminaciones de la flexión verbal al nombre que se habilitaba como verbo: color-are, autumn-are, pens-are (del participio de pendo), alb-ēre, fid-ēre, fin-īre. Pero los romances no admitieron derivación sino en -are é -ire, prefiriendo la primera, así que en vez de fidĕre el latín vulgar dijo fidare *fiar*, en vez de studēre, *estudiar*, en vez de invĭdēre *envidiar*; además el español rechaza también los derivados en *ire*, así que de finīre dijo *finar*, de custodīre *custodiar*, y otros muchos nuevos, lo mismo derivados

de substantivos *gran-ar*, *card-*, *roci-*, *escud-*, *ocasion-*, *parlament-*, *fech-*, *dat-*, *fusil-*, *timbr-*, que de adjetivos *igual-ar*, *grav-*, *estrem-*, *limpi-*, *vaci-*, *llen-*, *mejor-*. Se asocia con la prefijación (§ 126 $_5$).

125. Derivación mediata.—El latín aplicaba á los sufijos todas las conjugaciones caec-utīre balbutire, fac-essĕre cap-essĕre incip-issĕre, ama-turire; pero ya la mayoría seguían la conjugación -are, única que el romance conoció, exceptuando sólo el caso del sufijo -scĕre.

1] Este sufijo, de significación incoativa, clar-esco, flor-, es de gran vitalidad en romance. El español á muchos verbos *ir* creó un doble en *-ecer*: *fallir* y *fallecer*, *seguir* y ant. *seguecer*, *adormir* y *adormecer*, *aburrir* y *aborrecer*, *pudrir* y *podrecer*, y en general la incoativa hizo olvidar la simple, así *contecer* prevaleció, olvidándose *cuntir*, y *bastecer*, anticuado *bastir; establecer*, ant. *establir; endurecer*, anticuado *endurir; embravecer*, ant. *embravir; enflaquecer*, ant. *enflaquir; agradecer*, ant. *gradir; padecer*, ant. *padir*. Lo mismo en derivados de verbos germánicos: *escarnecer*, ant. *escarnir; guarecer*, ant. *guarir; guarnecer*, ant. *guarnir*. Este sufijo da las únicas formaciones nuevas de la conjugación *-er* que son generalmente de adjetivos: *obscur-ecer*, *verd-*, *fortal-* (adjetivo desconocido), *empobr-*, *emblanqu-*, *envej-*, *envil-*, *embell-*, *ensord-*, *amort-*, aunque también de substantivos: *vell-*, *favor-*, *tard-*, *enmoh-*, *encall-*, *ensarn-*, *embosqu-*, *aman-* (ant. *man* por *mañana*). Un prefijo ayuda muchas veces la derivación en este sufijo (§ 126 $_5$). Para la conjugación especial de este sufijo y verbos analógicos, v. § 112 $_3$.

2] Los sufijos -are son muchos. Los más importantes son: *a)* -icare, judicare; *judgar*, moderno *juzgar;* vind- *vengar*, *auctor- *otorgar*, mast- *mascar*, *caball- *cabalgar*, *matur- *madrugar;* es sufijo muerto que no produjo nuevos verbos desde el período histórico de las lenguas romances.— *b)* También es muy antiguo -ntare, tomado del participio presente para formar factitivos; el latín clásico no admitía esta derivación sino en praesentare, pero el vulgar la practicaba mucho, de donde expaventare *espantar*, sedentare *sentar*, *acrece-*, *apace-*, *quebra-*, *cale-*, *ahuye-*, etc.—*c)* Los dos sufijos propiamente activos de los romances eran desconocidos del latín clásico y salen del griego -ίζειν que designa una imitación (ἑλληνίζω), y el latín vulgar en la época imperial lo acogió en la forma -ĭdiare, en español *-ear* (comp. sea, correa, § 53 $_{3}$), que es el sufijo más comunmente empleado, á veces junto al derivado inmediato y sin diferencia de significado: *colorar*, *color-ear*, ó con diferencia *pasar pasear, plantar plantear;* estas formaciones son innumerables y siempre crecientes, para crear toda clase de verbos nuevos: *blanqu-ear*, *amarill-*, *guerr-*, *cabec-*, *zapat-*, *señor* , *victor-*, *cañon-*, *telefon-*; para acentuaciones y confusiones, v. § 106 $_{3}$. El mismo sufijo griego, interpretado por los autores eruditos de la decadencia, fué -izare; así baptizare fué *bautizar*, y según la forma vulgar *batear*, latinizare *latinizar*, *barbar-*, *juda-*, *español-*, *colon-*, *autor-*, *sutil-*, *suav-*, etc.

126. Prefijación.—1] El antiguo latín al modificar un verbo con un prefijo acentuaba éste y de-

bilitaba la vocal temática: ā en *e* ó *i* (ex- con-spergĕre, per ficĕre), ĕ, ae en *i* (com-primĕre, in-cīdĕre), au en *u* (ex-clūdere); pero ya en latín mismo hubo en época posterior la tendencia á mantener la identidad del tema, y así llegó á decirse luego consacrare por consecr., conquaerĕre por conquīr., y nunca se dijo sino prae-paro, com-placeo (frente á dis-pliceo), ex-pendo. El romance siguió esta tendencia: *consagrar*, *conquerir*, *preparar*, etc., y muchos verbos con vocal reducida los compuso de nuevo, y por re-ficĕre dijo *rehacer*, por attingĕre *atañer*, por re- de-cĭdĕre *re- de-caer*, retĭnēre *retener*. Sólo cuando la composición no fué sentida por la lengua se mantuvo la reducción de la vocal como en re- con-cipĕre *re- con-cebir*, commendare *encomendar*, los demás romances rehacen *comand*. como demandare. Raro es que el corriente comparare fuese en vulgar com-perare (§ 23). También en el acento el romance busca la identidad del tema verbal en composición con el mismo sin prefijo (§ 6 $_3$).

2] No sólo los prefijos latinos que han subsistido en romance como partículas independientes son aptos para la formación de verbos nuevos; alguno de los prefijos inseparables del latín ha persistido útil para la composición, como re- y dis-, que merecen citarse entre los más fecundos, el uno señalando repetición: re-nŏvo, renĕgo, redūco, resŏno, relūceo, *recontar*, *recortar*, *retoñar*, *recomponer*, el otro indicando separación dis-puto, diffīdo, *desconfiar*, *descoser*, *deshonrar*, *deshacer*. De los separables merecen citarse ad-: adduco, at-

tendo, accurro, *adbattĕre, apparesco, *aco-meter, asaltar, acoger;* in-: implico, includo, impedio, inclīno, involvo, *emprestar, encubrir;* ex-: excoquo, exspīro, exsucare, excurro, *escoger, estirar;* sub- con muy diversas formas en romance: succurro *socorrer*, subrideo *sonreir*, *sonsacar*, suffumo *sa-humar*, suffundo *zahondar*, *za-bullir* y *zam-bullir*, *san-cochar*, *subpotare *cha-podar*[1] (v. §§ 20_3, $37_{2\,bc}$, 128_4).

3] El papel principal de los prefijos no es el de unirse á los verbos latinos para modificar su sentido; más fecundos son para formar parasintéticos (§ 88_5); éstos son verbos nuevos de temas nominales logrados mediante la derivación inmediata, que muy á menudo se acompaña de un prefijo: ef-feminare, in-carcerare, *a-mujerar*, *a-barquillar*, *des-corazonar*, *en-des-cabezar*, *en-des-carrilar*, *en-bar-car*, *re-trasar*, *re-patriar*, *en-simism-ar*, *son-rosar*, *son-rojar*, *cha-puzar*. Nótense los muchos verbos con prefijo y sin sufijo, que tienen otro derivado sin prefijo y con sufijo, *-ear*, como *en-plumar*, *plumear*, y lo mismo *en-bromar*, *en-cartar*, *a-puntar*, *a-codar*, *a-rastrar*, *a-ojar*, *a-sombrar*. A veces también la derivación mediata se acompaña de prefijo inexpresivo, como *a-pedr-ear*, *a-pal-ear* (frente á *em-pedrar*, *em-palar*), *acrecentar*, *amamantar*, *amedrentar*, *agradecer*, añadiéndose el prefijo aun á muchos verbos ya derivados latinos: *a-nochecer* por noctesco, *a-dole-*

[1] Las voces cultas conservan la forma latina del prefijo *disputar*, *disentir*, *inhibir*, *explorar*, *suceder*, *suscribir*, *suspirar* (ant, *sospirar*).

cer por dolesco, *a- es-clarecer*, *en-calvecer*, *en-canecer*, *en-sordecer*, *en-ternecer*, *en-vilecer;* no obstante la derivación mediata tiende á prescindir del prefijo cuando no es claramente expresivo; así han desaparecido *en-cabal-gar* incaballicare, *es-calentar*, *en-prestar*, etc., que se usaban antes.

4] Además de la suposición de sufijo (*enmendar* por emendare) ó confusión del mismo (*escuchar*, *esconder*, § 71), y del trueque (*convidar* invitare), debe tenerse muy en cuenta la acumulación de sufijos, pues á menudo los compuestos latinos ofrecían al romance aspecto de simples, que se prestaban á nueva composición. Así cŏm-edĕre pudo agregar de nuevo el mismo prefijo haciendo *con-comer;* aparecía como un simple con-sŭĕre *coser*, y en vez de dis-suĕre se dijo *des-coser*, *des-consolar*, sumando dos prefijos contrarios, como en vez de dif-fidĕre se dijo *des-confiar* (más anómalamente, ya que existe el simple *fiar*). Son frecuentísimos casos de acumulación, como *de-ex-pergitare *despertar* por expergère, *in-, *ex-com-initiare, *encomenzar*, *escomenzar*, etc.; ya en latín se decía in-commendare, *encomendar*. Sobre todo es de considerar el caso de en-ex-; se comprende que ex- ante *s* buscase su salvación trocándose por *en-*: exsiccare *ensecar*, exsaniare *ensañar*, exsucare *enjugar* (§ 37 ₂ *b*); pero también sin *s-* siguiente hallamos *exaltiare (por exaltare) *ensalzar*, examinare *enjambrar*, *exaquare (por exaquescĕre) *enjuagar*, *exalbicare (por exalbare) *enjalbegar*. Véase el § 85 ₂.

127. Composición propiamente dicha.—Es

muy pobre. El latín componía verbos con facĕre de segundo elemento, procedimiento no imitado en los romances, salvo casos aislados: calefacĕre, *calefare, *escalfar*, y muchos en -fĭcare que dan derivado en *–iguar* (§ 24_{2}): *sant–iguar*, *atest-*, y antic. *much–*, *fruch–*, *viviguar*, etc. Con un tema nominal manumittĕre, manū tēnere *mantener*, manifestare, ant. *manfestar* (mod. culto *manifestar*, ambos sin valor de compuestos, como tampoco *zaherir*, § 67_{1}), *maniatar*, *alicortar*, *perniquebrar*. Con dos tema nominales: *mancornar*, *machihembrar*, *justipreciar*. Con preposición y nombre *compangar*, que debe ser del latín vulgar *com–pan–icare, forma muy antigua á juzgar por el sufijo (§ $125_{2\,a}$).

CAPITULO VIII

PARTÍCULAS

128. ADVERBIO.—1] Los adverbios latinos se conservan en gran número: adhuc *aun*, ante, anticuado *ante*, mod. *antes*, cĭrca *cerca*, hodie *hoy*, jam *ya*, magis *más;* non, ant. *non*, mod. *no;* quando *cuando*, quōmodo, ant. *cuomo cuemo*, mod. *como;* sic *si*, tantum *tanto;* además los anticuados en español: aliquando *alguandre*, cras *cras*, ĭbī *i*, inde *ende end en*, post *pues*, («nin pues nin ante non ovo compannera»); prŏpe *prob* («Sanct Per de Cardenya prob de Burgos»), ŭbī *o*, unde *onde on;* sūrsum, vulgar sūsum *suso*, y la vocal acentuada de éste influyó para que deorsum, vulgar deōsum, dejase de decirse *yoso*, como se dijo antiguamente, para hacerse *yuso*.

2] En el latín antiguo ó imperial aparecen las combinaciones de preposición y adverbio abante, deintus, deforis, demagis, extunc, inante, insursum, perinde, y los gramáticos del Imperio censuran algunas de estas combinaciones y otras por el estilo, como «de post illum.» El romance continuó practicando esta unión: *afuera*, *defuera*, deintro *dentro*, *adentro*, *de dentro*, *demás*, *a-demás;* ant. *eston*, extŭncce, ant. *estonce*, in-

tuncce, *entonces;* ant. y vulg. *enantes*, dein-ante *denantes* (it. dinanzi, prov. denan), *delante*, *adelante; porende*, *después*, de-ex-post *después*, de trans *detrás*, *atrás*, ad-ĭllic *allí*, ad-ĭllac *allá*, ad-hic *ahí*, y los anticuados ad-vix *abes*, *acerca*, *ayuso*, *desuso*, *dende*, rĕtro *arriedro*, etc.—Otras combinaciones: la conjunción dŭm con el adv. intĕrim da *domientre*, que confundido con los compuestos con *de-*, fué *demientre*, *demientres*, y como hay tantas dobles formas como *demás más*, *dende ende*, *defuera fuera*, etc., se creó una *mientre* ó mod. *mientras*. Dos adverbios: jam magis *jamás*, eccum (arcáico y vulgar por ecce eum) + hīc ó hāc ó ĭnde ó ĭllāc, *aquí*, *acá*, *aquende*, *acullá*, y análogamente ellum (arcáico por en illum) + ĭnde *allende*, si no viene de illīc + ĭnde; la *a* de todos estos compuestos quizá es la conjunción ac ó la preposición ad antepuesta. Preposición y nombre ad satiem *asaz*, *aprisa*, *de prisa*. Con un verbo *quisabe*, *quisab*, mod. *quizá*.

3] Lo que apenas conservó el romance fueron los modos de formación adverbial que usaba el latín. Las terminaciones -ter (firmĭ-ter, turbulenter), -e del antiguo caso instrumental (certe firme, turbulente), -im, antiguos acusativos (cert-im, conjunct-im, partim, passim), -tus (caeli-tus, radici-tus), se han perdido en romance; sólo hay derivados aislados del adverbio en -e: bene *bien*, male *mal*, longe *lueñe*, tarde *tarde*. El romance formó sus adverbios nuevos mediante la combinación del substantivo mĕntem, ant. *miente*, *mientre*, mod. *mente*, y un adjetivo antepuesto: *buenamente*,

fieramente, que de expresiones en que *mente* tiene su sentido propio, pasó á toda clase de usos: «corría *velozmente*,» etc.; la lengua antigua se servía también de *guisa* (germánico wīsa), «lloráronle muy fiera guisa,» como en alemán gleicherweise, folgenderweise, y en inglés otherwise, anywise. Como el latín hacía advervios de adjetivos, ablat. certo, cito, directo, multo; acus. neutro multum, tantum, minus, secundum, commodum, etc.; así el romance, no sólo conservó *cedo*, *mucho*, *tanto*, *menos*, *segundo*, etc., sino que formó otros también de cualquier adjetivo: *fuerte*, *poco*, *algo*, «ella hablaba *recio*,» etc. Participio *durante*, *mediante*. Numerosas frases de subst. ó adj. con preposición *amenudo*, *de pronto*, *de frente*, ant. *de so-uno*, *de con-so-uno*, mod. *de consuno*. Subst. y adj.: además del latino quōmŏdo hay hāc horā *agora*, mod. *ahora*; hoc anno *ogaño*.

4] La analogía fonética se deja sentir en los adverbios. La *-s* de *menos*, *más*, *jamás*, *después*, *atrás*, y de los anticuados *fueras* foras, *amidos* invītus, *abés*, *cras*, *aprés* appresum, se propaga á *antes*, *entonces*, *mientras*, *quizás*, al árabe *marras*, y á los anticuados *nunquas*, *certas*, *sines* (por *sin*, usado á veces como adverbio «sines de licencia»), y á las frases *á ciegas*, *á tontas*, *de veras*, *á hurtadillas*, *á pie juntillas*, arag. *de noches*, *de baldes*, ant. *aosadas*.—La *-n* de *non* ant. por *no*, *bien*, y de la conjunción *sin* se extiende á *aun*, por *adú*, aragonés, y á los anticuados *allín*, *asín*, *otrosín*, así como á la preposición *son* sub, comp. § 126 ₂, con la conjunción *nin* por *ni* (como *ninguno*).—La *-a* de *contra*, *nunca*, *fue-*

ra, etc., influyó en *mientra,* mod. *mientras* por *domientre.*

129. Preposición.—Las principales latinas se conservan: ad *a*, ante *ante,* circa *cerca,* contra *contra*, ant. *escuentra escontra*, cum *con*, de *de*, in *en,* inter *entre,* post *pues*, pro *por* y pro ad, ant. *pora,* mod. *para,* secundum ant. *segundo segund*, mod. *según,* sine *sin*, sub ant. *so* (mod. *bajo, debajo*), super *sobre,* trans *tras*. Las perdidas son ab, ex, reemplazadas por *de* y *desde* (de-ex-de); apud, sustituída por caput *cabo*, ó *en cas de*, *en, junto;* cis por el adv. *acá* ó *de la parte de acá;* erga, ant. por *contra* (piadoso contra sus padres), mod. *hacia*, etc.; extra por *fuera;* intus por el adv. *dentro;* juxta y prope por *junto;* ob, propter y per por *por*, *por causa de;* praeter por *salvo, fuera,* supra por *sobre*, tenus por el árabe *fata*, *hata,* mod. *hasta,* arag. *entro*, *tro a* de ĭntro; ultra por *además*, *más allá;* versus por *hacia*, de *faza*, ant. (viníe faz a él), que también se decía «miró *cara* al cielo,» luego *carra* y con la inserción de la misma *i carria.*

130. Conjunción.—La copulativa ĕt era en castellano mirada generalmente como átona, y por lo tanto resultaba *e*, pero en leonés *ye*, y así en castellano cuando se la consideraba acentuada por estar junto á un enclítico (los cuendes ye los res), y el diptongo se reducía á *i* (§ 10 ₂, quel guardasse yl sirviesse... is acorvan), especialmente cuando precedía á una *e* (por él y ella); luego la *i* se generalizó, y hoy domina, salvo cuando sigue palabra que empiece con *i-*. Las otras conjunciones conservadas son

nec, ant. *nen*, *nin* (su *-n*, § 128 $_4$), aut *o*, si *si*, quare, arag. ant. *car*, cast. ant. *ca*. Entre las perdidas están etsi *aunque*, ant. *maguer* (del griego μακάριε), etiam *también*, ut *que* (del pron. neutro quid), sed *mas*, *pero*, *empero*, nam y quia *pues*, igitur y ergo *luego*, quum *cuando*. El romance forma conjunciones de adverbios y preposiciones, ora solos (*como*, *pues*), ora asociados á *que* (*aunque*, *antes que*, *porque*, *ya que*, etc.)

BIBLIOGRAFIA

Pueden apuntarse entre las obras más útiles las siguientes:

Tratados generales:

F. Diez, *Grammaire des langues romanes*, trad. par A. Brachet, G. Paris y A. Morel-Fatio: París, 1874-1877. Tres tomos.

P. Foerster, *Spanische Spachlehre:* Berlín, 1880.

W. Meyer-Lübke, *Grammaire des langues romanes*, trad. par E. Rabiet, E. et A. Doutrepont: París, 1890-1900. Tres tomos.

A. Bello, *Gramática de la lengua castellana, sexta edición, con notas de* R. J. Cuervo: París, 1898.

R. J. Cuervo, *Apuntaciones-críticas sobre el lenguaje bogotano*, cuarta edición: Chartres, 1885.

G. Göber, *Grundriss der romanischen philologie*: Strassburg, 1890-1902. Tres tomos, y especialmente tomo I, págs. 689, etc., que contiene el trabajo de G. Baist, *Die spanische Sprache.*

E. Gorra, *Lingua e letteratura spagnuola delle origini:* Milano, 1898. (Reseñas de A. Farinelli, en «Rassegna bibliografica della letteratura italiana,» tomo VI, pág. 225. —Ch. C. Marden, en «Modern language notes:» March, 1898, pág. 170.—A. Tobler, en «Archiv für das Studium der neueren Sprachen,» tomo C, pág. 469.)

El Conde de la Viñaza, *Biblioteca histórica de la Filología castellana:* Madrid, 1893.

Para el § 7, véase

F. d'Ovidio, *Della quantità per natura delle vocali in posizione.* (Miscellanea Caix è Canelo: Firenze, 1886, página 393.)

Para las vocales:

J. Cornu, *Études de phonologie espagnole et portugaise:* (Romania, 1884, XIII, 285.)

C. Joret, *Loi des finales en espagnol:* (Romania, 1872, I, 444.)

E. Porębowicz, *Revision de la loi des finales en espagnol:* París, 1897.

Sobre las antiguas consonantes b u, ss s, ç z, x j h:

R. J. Cuervo, *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas.* (Revue Hispanique, 1895, II, 1.)

El mismo asunto (salvo la *b*, *u*), trata

J. D. M. Ford, *The Old Spanish Sibilants* (Studies and Notes in Philology, tomo II, 1900; Harvard University), y las reseñas de esta obra, que versan principalmente sobre la *ç z*, de Horning y de Herzog (Zeitschrift für romanische Philologie, Halle, XXVI, 359); en fin,

J. Saroïhandy, *Remarques sur la phonetique du ç et du z en ancien espagnol.* (Bulletin Hispanique, 1902, IV, 198.)

Para el § 88 2.

A. W:son Munthe, *Observations sur les composés espagnols du type* «aliabierto.» (Recueil de mémoires philologiques présenté à M. Gaston Paris, págs. 31-56.)

G. Baist, *Longimanus und manilargo.* (Romanische Forschungen, X, 471.) Véase Romania, XXX, 605.

Munthe, *Bemerkungen zu Baists Schrift Longimanus und Manilargo.* (Särtryck ur Uppsatser i Romansk Filologi tillägnade Prof. P. A. Geijer: Upsala, 1901.) Véase Romania, XXXI, 444.

Para los pronombres:

J. Cornu, *Le possessif en ancien espagnol:* Romania, 1884, XIII, 285, y Zeitschrift, XXI, 415.

E. Gessner, *Das spanische Personalpronomen* (Zeitschrift, 1893, XVII, pág. 1).—*Das sp. Possessiv- und Demons-*

trativpronomen (Zeit., XVII, 329).—*Das sp. Relativ- und Interrogativpronomen.* (Zeit., XVIII,449.)

F. Hanssen, *Das Possessivpronomen in den altspanischen Dialekten:* Valparaiso, 1897.—*Sobre los pronombres posesivos de los antiguos dialectos castellanos:* Santiago de Chile, 1898.

R. J. Cuervo, *Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano:* (Romania, 1895, XXIV, 95.)

Sobre el verbo en general:

A. Gassner, *Das altspanische Verbum:* Halle, 1897.

F. Hanssen, *Sobre la Conjugación de Gonzalo de Berceo:* Santiago de Chile, 1895, y *Suplemento á la conjugación de Berceo,* 1895.—*Estudios sobre la conjugación leonesa,* 1896.—*Estudios sobre la conjugación aragonesa,* 1896.—*Sobre la conjugación del Libre de Apolonio,* 1896.

Para el § 105:

W. Förster, *Beiträge zur romanischen Lautlehre* (Zeit., III, 507), y las observaciones á este trabajo hechas por H. Schuchardt (Zeit., tomo IV, pág. 121) y por J. Cornu. (Rom., XIII, 296-297.)

Para el § $107_{1\ y\ 3}$:

R. J. Cuervo, *Las segundas personas de plural en la conjugación castellana:* Rom., 1893, XXII, 71.

Para el § 117:

F. Hanssen, *Sobre la formación del imperfecto en las poesías de Gonzalo de Berceo:* Santiago de Chile, 1894.

F. Hanssen, *Sobre la pronunciación del diptongo* ie *en la época de Gonzalo de Berceo:* Santiago de Chile, 1895.

Para el § $118_{3\ y\ 4}$:

J. Cornu, *La troisième personne du parfait en* -ioron *dans l'Alexandre:* Romania, 1880, IX, 89.

G. Baist, *Noch einmal* -ioron. (Zeit., 1893, pág. 1.)

Para el § 119 3 y para el perfecto en general:

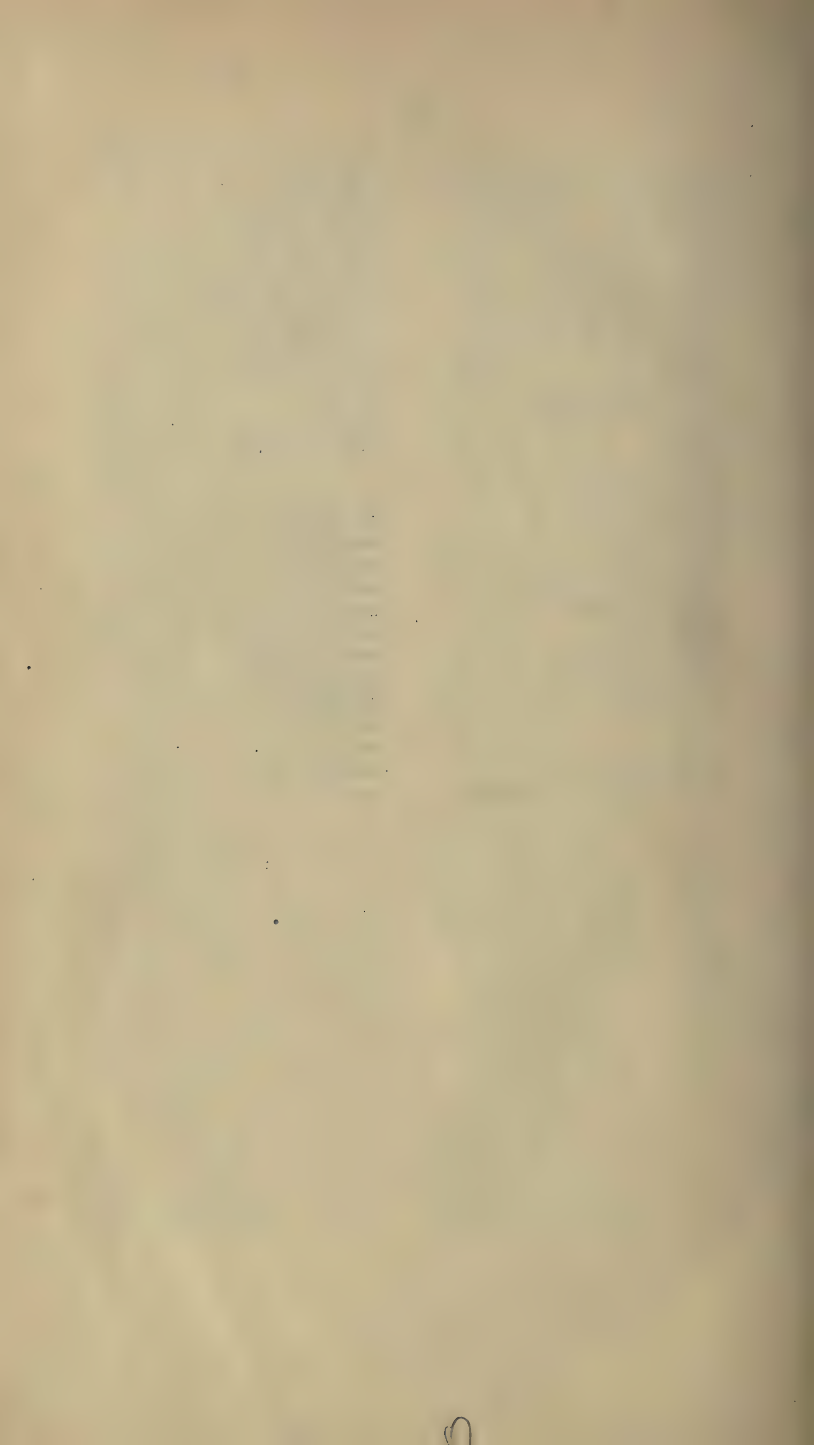
F. Hanssen, *Ueber altspanischen Präterita von typus* «ove pude:» Valparaiso, 1898.

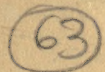
Para el § 123 2:

J. Cornu, *Recherches sur la conjugaison espagnole au* XIII^e^ *et au* XIV^e^ *siécle* (en la Miscellanea di filologia e linguistica in memoria di N. Caix e U. A. Canello Firenze, 1886, pág. 217).

ÍNDICE ETIMOLÓGICO

*




63